

REVISTA CONTEMPORANEA

---

Madrid, 1876.—Imprenta de la REVISTA CONTEMPORÁNEA,  
San Miguel, 23, bajo.

---

REVISTA



CONTEMPORÁNEA

TOMO IV.

JUNIO—JULIO

MADRID

**REDACCION—ADMINISTRACION**

SAN MATEO, 11, BAJO

1876

COMPTON

COMPTON

COMPTON

COMPTON

COMPTON

---

---

# EL HIJO DEL DESIERTO <sup>(1)</sup>

## POEMA DRAMATICO EN CINCO ACTOS

---

### PERSONAJES

EL TIMARCO DE MASALIA.  
POLYDORO, *comerciante*.....  
MYRON, *armero*.....  
ADRASTO.....  
AMYNTAS.....  
ELPENOR.....  
LYCON, *pescador*.....  
INGOMAR, *jefe de una horda de Tectosagos*.  
ALLASTOR.  
TRINOBANT.....  
AMBIVAR.....  
NOVIO.....  
SAMO.....  
ACTEA, *mujer de Myron*.  
PARTENIA, *hija de Myron y de Actea*.  
THEANA, *vecina de Myron*.

Ciudadanos de Masalia.

Tectosagos.



*Un heraldo, consejeros de Masalia, griegos y griegas.*

Pasa la escena cien años despues de la fundacion de Masalia por los Focios.

## ACTO PRIMERO.

---

MASALIA.—PLAZA DEL MERCADO.

(A la derecha del proscenio está la casa de Myron.—Actea se halla sentada en el umbral de la casa, y á poca distancia Partenia hilando y con una cesta al lado llena de lino.)

ACTEA.—Reflexiona, hija mia, que Polydoro me pide tu mano, y que aunque es cierto que es viudo, es rico, está en sus mejores años y es además opulento y respetado.

---

(1) Frederick Halm, autor del drama que hoy traducimos á nuestros lectores, es el nombre literario del gran autor dramático, el baron de Münch-Bellinghausen. Escrito este drama en 1842, traducido á casi todos los idiomas europeos menos al nuestro, hemos creído oportuno hacer su version española.

PARTENIA (*levantándose*).—El sol se pone y me parece que ya he hilado bastante hoy. Están cogiendo olivas en casa del vecino, y me voy para allá.

ACTEA.—No, eso sí que no. Te quedarás á escucharme. ¡Basta ya de locuras y niñerías! Ya es tiempo de que renuncies á esas costumbres desordenadas y vagabundas y de que oigas con formalidad las cosas serias.

PARTENIA (*volviéndose á sentar*).—Ya lo hago, madre mia.

ACTEA.—Eso dices siempre. Y mientras que yo me pongo ronca hablando, tu ligera imaginacion corre al través de los campos como corrias tú antes en pos de las mariposas. Tiempo es ya de que las flores de la primavera aseguren los frutos del otoño. Solo la juventud se hace amar, mas todavía no se manifiesta cuando empieza á desaparecer, pareciéndose á un rápido sueño. El porvenir de la solterona es la soledad y la burla de todos; ese ha de ser el tuyo, pues cierras tus oidos á la razon y juegas con tu destino. Has rechazado á Medon.

PARTENIA.—¡Pero si es tan viejo y está todo cano! Luego, casi no podia andar, siempre iba cayéndose.

ACTEA.—Y Evandro, ¿tambien lo era?

PARTENIA.—¡Ah! pero siempre olia á aceite y ungüentos. Me hacia el verle el efecto de una medicina.

ACTEA (*levantándose enfadada, mientras Partenia sigue hilando*).—Eso es, continúa así, pisotea tu felicidad. ¡Insensata! Pero nunca ha dejado de tener toda falta su arrepentimiento. ¿Crees, acaso, que el destino te prepara una suerte particular y maravillosa? ¡Te imaginas hermosa, y quizás hasta rica!

PARTENIA (*levantándose*).—Yo sólo sé que soy jóven y alegre; que vos, madre, me amais. ¿Qué más puede hacerme falta?

ACTEA.—En cuanto á lo de amarte, tienes razon; aunque no lo merecieras, siempre te amariamos. Pero no, ¡eso no puede ser! Te estoy besando y, sin embargo, estoy muy enfadada, mucho... véte. Sí, es cierto que te queremos mucho; mas tú no nos quieres nada. Sólo por desagradarnos no quieres casarte. ¿Quién es ese gran jefe á quien esperas?

PARTENIA (*despues de una pausa*).—¿A quién espero? Voy á decírtelo, madre mia. Aunque yo era muy niña á la

sazon, recuerdo muy bien lo que me contaste de la historia de Hero y Leandra. Me hablabas de su amor, y cuando te pregunté qué era el amor, tú, sonriendo, me decias cómo principia y cómo crece, que á la manera de una luz interior ilumina nuestra alma, y que, en fin, cada latido del corazon dice: ¡Es él, es él, quien guarda en su pecho la mitad de mi alma: por él deseo vivir y con él deseo perecer! Sí, madre mia, así me lo digiste, y yo no lo he olvidado. Pues bien; cuando Medon y Evandro vinieron á pedir mi mano, yo puse con disimulo la mano en mi corazon para sentir su latido: en vano escuché y esperé, mi corazon estaba mudo. ¡Me parece muy natural que yo espere á que hable!

ACTEA.—¡Qué escucho! Yo misma te habré dicho.... (Aparte.) ¡Ah! ¡Dioses clementes! Así los corazones jóvenes se dejan arrastrar por las lenguas viejas. (Alto.) ¡Pobre loca! ¿Es eso lo que esperas? ¿Quieres que tu corazon hable? No pienses nunca en cosa tan extraordinaria, y si te he hablado de esas locuras, solo ha sido para entretenerte: son cuentos de niña, ilusiones vanas, y que en la vida sólo tienen un bonito nombre. Vuelve tus miradas á la realidad y piensa que la ocasion la pintan calva, y que no se te presentará otro Polydoro tan rico y respetable.

PARTENIA.—¡Respetable! Estafa á mi padre cuando le vende sus mercancías, y además es avaro y mezquino.

ACTEA.—Tú no atiendes á nada. Es, sí, muy económico; pero así que seas su mujer, las cosas cambiarán. Sé, pues, formal, aunque sea sólo una vez. Accede por mí, hija mia, díle que sí.

PARTENIA.—Mira, madre, no iré más á correr en los bosques y los prados; me estaré sentada á tu lado como las otras chicas; no te enfadaré más, leeré tu voluntad en tus ojos; pero con Polydoro yo no quiero, yo no puedo ni podré jamás casarme.

ACTEA.—¿Jamás?

PARTENIA.—Te enojas porque digo esto; pero es preciso que así sea.

ACTEA.—Pues bien, oye lo que digo: nosotros envejecemos y aspiramos al reposo; nuestra casa y las pocas fanegas

están llenas de deudas. Tu padre es un pobre armero que durante el día trabaja en el campo y por la noche en su fragua, y cuando ya todo sobre la tierra reposa, él vá cargado enormemente á vender sus armas en las aldeas de las cercanías.

PARTENIA.—¡Pobre padre mio!

ACTEA.—Sí, pobre; pero yo lo soy aún más. Mientras estoy en casa mi cariño sigue sus pasos cuando lleva su pesada carga y bajo cuyo peso se ahoga al subir el camino de la montaña. Siento la tempestad que azota sus cabellos blancos, y tiritó bajo la lluvia que le hiela. A veces me imagino que los salvajes Alobrogos, ó aún peor, los Tectosagos, emboscados en sus sombríos barrancos, se precipitan sobre él, le despojan ó matan, y entónces lloro sin cesar. Pero tú, á quien ama él como á las niñas de sus ojos; tú, por quien arriesga su sangre y su vida; tú podrias libertarle de todas sus penas. Tú podrias secar mis lágrimas y hacernos felices, y serlo tú tambien; puedes hacerlo, y sin embargo, no quieres. Eres una hija desagradecida, y puesto que lo eres, es preciso que te lo diga. (*Entra.*)

PARTENIA (*despues de una pausa*).—¡Desagradecida! ¡No! ¡Los dioses saben que no lo soy! ¡Ah! ¡Por mí es por quien expone su cabeza á la tempestad, por mí sube casi ahogado bajo el peso de la carga á la montaña! ¡No, esto no puede seguir así!... Quiero desmentir á mi madre. Quiero... ¿Qué es lo que quiero?... ¿Casarme con ese comerciante? ¡Dioses eternos! No puedo acostumbrarme á esta idea. Eso seria la muerte, enterrarme viva; y, sin embargo, ¿por qué me he de entristecer? Los dias pasan. Yo veia ante mí un porvenir claro y brillante, y mi corazon se estremecia con el presentimiento de una felicidad desconocida. ¡Todo esto son ilusiones! ¡Cuentos de niños el amor! ¿No acaba mi madre de decírmelo? ¿Pero será todo mentira, al fin, y vana quimera cuanto á la vida adorna? ¡Entónces, por el cielo que no perderé nada, y que escaparé al dolor de la desesperacion, aunque acaso sea aún más terrible el renunciar á las ilusiones fantásticas de la juventud! ¡Sea lo que fuere, yo ya no titubeo; no quiero que mi padre sufra más por mí! Quiero..... ¿Quién viene ahí?

¡Polydoro! (*Hace un movimiento para entrar.*) Pero no, me quedo; que si es preciso vender mi felicidad, es preciso tambien ponerla buen precio. ¡Ya viene; cómo se infla, qué alta lleva la cabeza, cómo arruga el entrecejo! Su mirada, su porte, todo en él respira orgullo. ¡Ser yo su mujer! Ante esta idea me siento desfallecer. (*Toma otra vez la rueca mientras Polydoro entra al fondo de la escena por la izquierda.*)

POLYDORO (*sin haber visto á Partenia*).—Esto no puede seguir así; esa esclava me roba el alma. De nada me sirve querer economizar con mis hijos, porque no puedo vigilarlos todos á la vez. Me es preciso un ama de casa.

PARTENIA (*aparte*).—¡Diríase que lleva el mundo sobre sus hombros! ¡Apostaría á que combina alguna economía!

POLYDORO.—Es cierto que yo no podré reemplazar nunca á Calínica, que era tan buena, y sobre todo tan económica. Pero la hija del armero es pobre, y será una buena ama de casa. Me parece que he estado acertado al escogerla. ¡Hola! Ella en persona. No sé por qué considero este encuentro como una señal del cielo. ¡Eh! ¡Buenos dias, niña, buenos dias!

PARTENIA.—Mejor buenas noches, puesto que el sol se pone.

POLYDORO.—Donde tu mirada brilla nunca es de noche.

PARTENIA (*aparte*).—Se esfuerza por imitar una sonrisa. (*Alto*). Déjate de bellas palabras, pues tenemos que hablar con mucha seriedad. ¿Piensas casarte conmigo?

POLYDORO (*aparte*).—¡Hola, hola! ¡Qué prisa me da! Lo concibo; estará impaciente. (*Alto.*) Ciertamente.

PARTENIA.—Eso me ha dicho mi madre, aunque estoy admirada, á decir verdad, de que me hayas escogido y de que te hayas olvidado tan pronto de Calínica.

POLYDORO.—¿Olvidarla? Jamás. Un hombre como yo no olvida nunca lo que ha perdido: ni dinero, ni bienes, ni valores: á Calínica la consideraba como á un valor. Pero razones muy importantes me obligan á una nueva eleccion..... ántes de todo por mis hijos.....

PARTENIA.—¡Pobres huérfanos!

POLYDORO.—En cuanto á pobres, no; pero sí son unos tra-

gones y unos bellacos de los que no se puede sacar partido alguno. Seria preciso traer un pedagogo de Samos ó de Mileto. ¿Pero no es la dulzura la que da mejores resultados para dominar la fuerza bruta? Tú eres dulce y lo conseguirás.

PARTENIA.—¿Que soy dulce? (*Aparte.*) Sí, dulce como la oveja que llevan al matadero.

POLYDORO.—Mis ocupaciones me tienen casi siempre fuera de mi casa, ora en el mercado, ora en el puente, y no es posible que yo descansa en una esclava, abandonándola mi casa, mis almacenes y algunos armarios bien repletos. Para todo esto me es preciso una esposa buena y fiel. Yo, por otra parte, estoy aún muy bien conservado; y cierto que á veces me siento muy jóven; pero las señales de la vejez se anuncian, ya en un cabello blanco, ya en la gota que me suele atormentar. ¿Quién me prestará los cuidados que yo y mi casa necesitamos? ¿Quién me preparará las tisanas y las sopitas sino una mujer amada?

PARTENIA (*aparte*).—¡Yo pierdo el valor, dioses!

POLYDORO.—Aún me queda esta otra razon, y esa brilla en tu mirada y en tus mejillas. Se llama, rosa mia...

PARTENIA (*interrumpiéndole*).—Basta. Guarda esa razon para tí. Dime solamente una cosa. Sabes que mi padre cultiva su campo, que lleva sobre sus espaldas pesadas mercancías, y que ya viejo, há menester de reposo. Dime, ¿pensarás en todas estas cosas cuando yo te pertenezca?

POLYDORO.—Ya lo creo que pensaré. ¿Cómo no habia de pensar en ello? Reflexionaré mucho.

PARTENIA.—Está bien. Pero, ¿qué harás por mi padre?

POLYDORO.—¿Me preguntas qué haré? No tengo la costumbre de alabarme; pero haré todo lo que puedas desear. Por de pronto, será mi suegro, el suegro del rico Polydoro, el pariente de un hombre cuyos antepasados se remontan hasta los dioses ¡sí! hasta los dioses: figúrate qué honor, hija mia.

PARTENIA.—Bueno; pero el honor no dá de comer.

POLYDORO.—Ya pensaré en todo eso. Por de pronto, le seguiré tomando sus mercancías á buenos precios.

PARTENIA.—¿A buenos precios? Es decir, buenos para tí.

POLYDORO.—Y luego, otra cosa, en la cual tienes que

fijarte, hija mia, y es que te tomo sin dote, completamente sin él, tal como estás ahora, sin una dracma.

PARTENIA.—¿Y de veras harás todo eso por mi padre?

POLYDORO.—Sin duda, y casi es ya demasiado.

PARTENIA.—¡Por todos los dioses! ¿Conque es demasiado? Pues buenas noches. (*Quiere entrar.*)

POLYDORO.—Espera, es preciso que me contestes.

PARTENIA.—Puesto que lo exiges, hé aquí mi respuesta y no la olvides. Puedes poner á tus hijos un pedagogo que te cueste lo que quieras, y del país que te parezca; para guardar tu casa pon candados y rejas en todas partes, y en caso de que estés malo, encontrarás en esa esquina una herbolaria y podrás prepararte las tisanas tú mismo. Con respecto á mí, has de saber, que no hay en todo el mundo una yerba que me repugne tanto como tu presencia. (*Entra en su casa.*)

POLYDORO (*solo y siguiéndola con la vista*).—¿Qué es esto, Dios mio? ¿He oído acaso bien? ¡Darme calabazas, á mí, al rico Polydoro! ¡La hija del armero despreciando al hijo de los dioses! Ella no me quiere y me lo dice tan frescamente como si yo fuera el herrero compañero de su padre. Y para remate de cuenta, se burla de mí. ¡Que no hay en todo el mundo una yerba tan amarga como mi presencia! ¡Ah! yo te prometo que mucho ha de amargar esa yerba á tí y á todos los tuyos. Que ese viejo enfermo fabrique sus armas para arruinarse, porque yo no le compraré ni una espada más. Adquiriré las deudas de sus acreedores, le citaré ante la justicia, le haré echar de su casa, y hasta de la poblacion, con su insolente hija. Sí, aunque tenga que perder la última de mis dracmas, no descansaré hasta que vea su destino cumplido. (*Mientras se pasea á lo largo de la escena, en el fondo aparece por la izquierda Lycon el pescador.*)

LYCON.—Me dijeron que bajara derecho por toda la calle y que al volver la esquina, la primera casa en frente de la fuente. Debe, pues, de ser esta. ¡Ea! ¡hola! ¡abrid! ¡que abran! ¡Ah! Os haceis los sordos; pero la desgracia llama demasiado fuerte, y fuerza será que la oigais.

POLYDORO (*á la izquierda de la escena, aparte*).—¿Qué querrá ese hombre?

THEANA (*abriendo la puerta de la casa*).—¿Quién es, que hace tanto ruido?

LYCON.—Salid.

THEANA.—¿Qué ha dicho?

LYCON.—¿Eres la mujer del armero?

THEANA.—¿Quién, yo? Mi marido murió ya.

LYCON.—Pues dá gracias á los dioses por ello, pues es mejor la muerte que la esclavitud.

THEANA.—¿Qué dices? ¿Cómo? Myron.....

LYCON.—Ha sido cogido por los salvajes Tectosagos y hecho prisionero.

THEANA.—¡Myron hecho prisionero!

LYCON.—Sí, yo lo he visto con mis propios ojos.

THEANA.—¡Dioses eternos! ¡Ah! Pero aquí vienen sus amigos. (*A Adrasto y Elpenor que llegan por el fondo de la escena.*) Llegad, Adrasto y Elpenor; este hombre que veis acaba de decirme que Myron ha sido cogido por los Tectosagos.

ADRASTO Á LYCON.—¿Cómo? ¿Es cierto lo que dices?

ELPENOR.—¿Y cómo ha sido eso?

LYCON.—Estaba yo cortando en el bosque, y no léjos de la costa, vergas para mi barco, cuando ví llegar á un hombre enormemente cargado. Yo estaba oculto por la maleza y él se echó sobre el musgo, casi á la distancia de una flecha, cuando repentinamente oigo ruido detrás del zarzal y los gritos de los Tectosagos semejantes á los aullidos del lobo.

POLYDORO (*aparte*).—¡Dioses vengadores! Vosotros, indudablemente, lo habeis hecho.

ACTEA (*baja las gradas de la casa hablando con la criada*).—Vamos, que Partenia, como de costumbre, ha olvidado su rueca; métela.

LYCON (*á Adrasto y Elpenor*).—Yo estaba al abrigo; pero el otro no pudo escaparse y le despojaron de todo.

ACTEA (*á la criada, que coje la rueca*).—Llevaté tambien la cesta. (*La criada coje la rueca y la cesta, y entra.*)

LYCON.—En seguida le preguntaron quién era, y apénas hubo él respondido que era armero, prorumpieron en exclamaciones de alegría: «¡Es preciso que nos le llevemos!» de-

cian. Le ataron y le llevaron á empujones delante de ellos, flotando al viento sus cabellos blancos.

ACTEA, *que seguía á su criada, se detiene súbitamente en el quicio de la puerta. (Aparte.)*—¡Cabellos blancos!.... ¡Un armero!.... atado..... prisionero. *(Alto.)* ¿Quién era ese armero? Decidme, ¿quién era ese hombre?...

LYCON *(después de una pausa, y dirigiéndose á los hombres que están pensativos)*.—¿Es esta la mujer de Myron?

ACTEA.—¡Dioses eternos, la mujer de Myron! ¿Sería Myron?.... Pero no, no puede ser Myron..... ¿Pero qué haceis, que no me respondeis? ¿No es cierto que no puede ser Myron? *(Nadie la responde.)* ¡Desgraciada, desgraciada de mí!

ADRASTO.—Pierde el sentido.

ELPENOR.—No puede sostenerse.

THEANA *(sosteniéndola)*.—¡Socorro! ¡Socorro!

POLYDORO *(aparte)*.—Ya pagaste tu deuda. Ahora falta la hija.

AMYNTAS *(llega á los gritos de Theana seguido de varios hombres y mujeres)*.—¿Decís que Myron ha sido hecho prisionero?

THEANA.—Pero ayudadme, por lo ménos, á entrar en su casa á esta pobre mujer. *(Theana y varias mujeres cargan á Actea.)*

AMYNTAS.—¿Y son los Tectosagos los que le han cogido?

LYCON.—Sí, eran los Tectosagos. Hace ya tres semanas que una bandada de esos vagabundíos han abandonado sus montañas para, como acostumbran siempre, devastar el país, cojer los viajeros y robar nuestros rebaños. Ellos han sido los que se han llevado á Myron.

PARTENIA *(precipitándose á la calle)*.—¿Dónde está el hombre que ha traído esa noticia? *(A Lycon.)* ¿Eres tú? Dime si es cierto y si le has visto.

LYCON.—Yo he visto pasar á diez pasos de distancia al viejo y á los bárbaros que iban cantando.

PARTENIA.—Tú te salvaste y él.....

LYCON.—Yo estaba sólo en el zarzal y apenas me atrevía á respirar. Yo no huí hasta que toda la partida había pasado por completo; pero el viejo me apercibió y me gritó con acento

suplicante: «Soy Myron, armero de Masalia; por el amor de los dioses, véte y dí en mi casa que paguen mi rescate.» Entónces uno de los salvajes añadió en tono burlesco: «¡Sí, corre, vé y díles que si lo quieren rescatar que no ha de ser con ménos de treinta onzas de plata, pues el hombre bien las vale!» Y yo recorrí mi camino mientras ellos se dirigian hácia Cevenes.

PARTENIA.—¡Prisionero!.... (*Enjuga sus lágrimas.*) ¡Basta de lágrimas cobardes! ¡Quiero que mis ojos estén secos! ¡Que mi alma sea de acero! ¿Dices que se dirigian hácia Cevenes y que pedian rescate? Debemos los campos y la casa; pero tenemos amigos.

POLYDORO (*aparte*).—Más valdria tener oro.

PARTENIA.—Vosotros, Amyntas y Adrasto, nos ayudareis á salvarle; vosotros que os habeis criado juntos y que habeis compartido los juegos de la niñez y los desvelos de la vejez. Vosotros le salvareis, porque sois ricos y podeis y porque sois buenos. ¿No es cierto, hombres generosos, que nos prestareis el rescate?

ADRASTO.—¡De dónde voy yo á sacar treinta onzas de plata! Ojalá que los dioses me las concedieran para mis hijos.

AMYNTAS.—El mar guarda todos mis bienes. ¿Quién puede fiarse de lo que está al arbitrio de las olas? Quizás en el momento en que os hablo esté mi ruina consumada.

POLYDORO (*aparte*).—¡Hola! ¡Qué buenos amigos!

PARTENIA.—¡Tened piedad á fin de que los dioses la tengan con vosotros! (*A Amyntas.*) ¡Que tus barcos lleguen á sus puertos con felicidad! (*A Adrasto.*) ¡Que nunca lleguen á estar tus hijos bajo el yugo de la esclavitud ni soporten jamás la dura carga de la pobreza! ¡Salvadnos! ¡Dejaos conmover por la desesperacion de mi madre y por mis súplicas!

ADRASTO.—¡Basta ya! Quizás más tarde podré hacer algo, pero ahora me es imposible.

PARTENIA.—¡Oh, dioses!

AMYNTAS.—Sí, los tiempos son crueles y cada uno lleva su propia carga.

PARTENIA.—¡Oh, amistad, cuento de niños!

(*La voz de un heraldo fuera de la escena.*)—¡Sitio, ciudadanos, sitio al Timarco!

PARTENIA.—Idos, pues. ¿Qué tengo de hacer con vosotros? La madre vela y Masalia protegerá á sus hijos.

(*El heraldo con una varita blanca por la izquierda en el fondo de la escena.*)—¡Ya os he dicho que hagais sitio al Timarco!

PARTENIA (*cayendo á los piés del Timarco, que aparece rodeado de algunos consejeros.*)—¡Socorro! ¡Salvadnos!

(*El heraldo levantando la varita.*)—¡Atrás!

EL TIMARCO.—No, déjala. Jóven, ¿para quién pides ayuda?

PARTENIA.—Salva á Myron el armero..... á mi padre..... que está en las montañas..... Los Tectosagos le han prendido. ¡Oh, tú le salvarás y le arrancarás de la esclavitud!

EL TIMARCO.—Compadezco la suerte de ese buen ciudadano; pero en cuanto á salvarle.....

PARTENIA.—Haz resonar las trompas; ordena á los ciudadanos que tomen las armas, esas armas que han sido hechas por mi padre y cuyo acero es bueno. ¡Que Masalia salve á uno de sus hijos, que le arrebaté á esos bandidos y que le vuelva libre á su libre patria!

EL TIMARCO.—Todo esto es imposible, nuestras leyes antiguas se oponen. Cuando apenas se habia fundado Masalia y disputaba su reciente existencia á los pueblos salvajes de la costa, decidióse, á fin de que la felicidad de uno sólo no comprometiera la de todos y que la prudencia refrenara á la temeridad, que Masalia protegeria á sus ciudadanos hasta la sombra de sus muros.

PARTENIA.—¡Favor! ¡Favor! (*Levantándose.*) No quiero favor, sino el derecho, mi derecho. ¿No está acaso sólidamente fundada Masalia? ¿No se extiende acaso el poder de su brazo más allá de las sombras de sus muros? Que use de su fuerza. Y si no, ¿qué clase de leyes son estas que sujetan, pero no defienden? Mi padre es prisionero, líbrale, Timarco.

EL TIMARCO.—Es imposible, hija mia; una sola piedra que falte al edificio del derecho lo hace rodar por el suelo. Haz lo que tú puedas, porque yo nada puedo hacer. (*Hace un movimiento para irse.*)

PARTENIA (*cayendo otra vez á sus piés.*)—¡Misericordia!

EL TIMARCO.—¡La misericordia se encuentra sólo en los dioses! En la tierra habita el derecho y á mí solo me toca guardarle. ¡Paso!

EL HERALDO.—¡Sitio! ¡Sitio al Timarco! (*El Timarco sale por el fondo de la escena á la derecha.*)

PARTENIA (*gritando detrás de él.*)—¡Favor!.... ¡Desgraciada de mí! ¡Ni uno solo me escucha! (*Queda arrodillada con la cabeza oculta entre las manos.*)

POLYDORO (*imitando al Timarco y frotándose las manos.*)—  
«¡No puedo hacer nada!» Quisiera poder abrazarte, hombre de imponderable valor, que has dicho: «¡No puedo hacer nada!»

ELPENOR.—Puesto que no puedo serle útil, me eclipso, ¡porque sus lágrimas me desgarran el corazón! (*Se aleja con varios de los espectadores, de los cuales una buena parte habia seguido ya al Timarco.*)

ADRASTO.—Ven y síguenos, pescador, que te daré hospitalidad y te pagaré tu servicio de mensajero. Y vosotros, amigos míos, venid á mi casa para tratar con calma de lo que podemos hacer en circunstancias tan apremiantes. (*Se va con Amyntas, Lycon y los pocos que quedaban. Partenia, siempre de rodillas y oculto el rostro, se encuentra sola en medio de la escena con Polydoro.*)

POLYDORO (*sentado con las piernas cruzadas en las gradas de la casa.*)—Sí, sí, idos, que yo á mi vez la he de mortificar de modo que nunca lo olvide.

PARTENIA (*mirando en torno suyo.*)—¡Todos se han ido; todos huyen de mí! ¡Ni un solo brazo para protegerme! ¡Oh, ya veo bien que la desgracia aísla! (*Levantándose repentinamente.*) Y sin embargo, es preciso que yo busque auxilios. Quiero ver á Polydoro.

POLYDORO.—¡Ah! ¿Conque quieres ver á Polydoro? ¡Preciso ha ser que estés muy mala para que busques yerba tan amarga!

PARTENIA (*aparte.*)—¡Asistidme ahora, dioses, y convertid en humildad la altivez de mi alma! (*Alto.*) ¡Mírame á tus piés y en el polvo!

POLYDORO.—Sí, á mis piés.

PARTENIA.—¡Olvida y perdóname! ¡Compra la libertad de mi padre, y yo me comprometo á servirte como esclava!

POLYDORO.—¿De veras?

PARTENIA.—Yo guardaré tu casa y tus bienes, te cuidaré en tu vejez y educaré á tus hijos.

POLYDORO.—¡Hola, hola! ¿Conque de veras harás todo esto?

PARTENIA.—Todo esto y mucho más, por una cosa... ¡Liberta á mi padre!

POLYDORO (*poniéndose en pié*).—Creo que son treinta onzas lo que piden los Tectosagos. No me conviene; sube demasiado. Prefiero los buenos consejos, y voy á seguir los tuyos. Tomaré un pedagogo para mis hijos, pondré candados y rejas á mi casa, y si enfermo, iré á comprar yerbas en casa de la herbolaria de la esquina. Este es el partido que tomo. Ahora tú, hija mia, liberta á tu padre como puedas. Vete á ofrecerte como esclava á los bárbaros; haz lo que quieras; yo te pido solo una cosa, espinosa rosita, que de aquí en adelante no cuentes para nada conmigo. (*Aparte*). Ya le clavé su espina, y se ha de acordar de ella. (*Sale por la derecha.*)

PARTENIA (*que durante este discurso se ha levantado y alejado de Polydoro*).—¡Goza con la idea de que la desesperacion se va á apoderar de mí y de que sus sarcasmos van á anonadar mi pobre alma! Mas, ¡cuánto se equivoca! Los hombres huyen de mí; pero siento que se me aproximan los dioses, y que su aliento poderoso llena mi alma, inspirándome un valor invencible. ¡Pobre loco! Has venido á envenenar mi dolor, y los dioses te han hecho hablar, enseñándome el camino escabroso de la salvacion. Tú me has indicado el modo de romper las cadenas de mi padre. ¡Partamos! ¡Partamos! La noche empieza á extender su negro manto. Reposen en buen hora los otros mientras tú velas. ¡Partenia, tu mision empieza!... Mas, ¡mi pobre madre!...

THEANA (*que al salir de la casa ha oido estas últimas palabras*).—Todo ha pasado, y creo que tranquila el sueño va á concederle el reposo necesario.

PARTENIA.—¡Quiera el cielo que por largo tiempo ampare su alma con sus rayos sombríos!

THEANA.—Vete á prepararle la pocion de beleño y de nenta amorosa.

PARTENIA.—Conozco una yerba aún mejor, y voy á buscarla.

THEANA.—¿Cómo?... ¿Ahora?... De noche...

PARTENIA (*poniéndose la mano en el corazon*).—Aquí es de dia.

THEANA.—¿Y vas sola?...

PARTENIA.—Los dioses me acompañan.

THEANA.—¿Tú á buscar yerbas ahora? Preciso es que hayas perdido el juicio. No debes...

PARTENIA.—Vela al lado de mi madre, que mi alma me aleja de este sitio. Si es verdad lo que mi doble vista ha creido entrever, el fin no está lejos, y cerca creo la salvacion. ¡Todo lo expongo, para ganarlo todo!

THEANA.—¿A dónde vas?... ¿Qué quieres decir con todo esto?... ¡Quédate, Partenia!...

FIN DEL ACTO PRIMERO.

FEDERICO HALM.

---

## ALFREDO DE MUSSET.

---

Tres poetas líricos de alto renombre ha tenido Francia en nuestro agitado siglo; tres hijos de su tiempo que han sabido cantar con acentos inmortales las ilusiones, las tristezas y el genio de este memorable período crítico de la historia. Esos tres poetas son: Víctor Hugo, Lamartine y Musset. Cuando leemos una poesía de Hugo levántanse airadas las tempestades del alma, y el estremecimiento de las grandes ansiedades pugna por dominar al espíritu. En sus robustos versos, en sus imágenes sublimes, en sus grandiosas inspiraciones cobramos nuevas fuerzas para luchar con todos los terribles contrastes de la vida presente. Víctor Hugo es el poeta de las alturas, y tiene como estas una fascinación misteriosa, y como en ellas parece azotar de pronto nuestras frentes un aire frío y saludable que respiran gozosas las almas fuertes, cuando leemos esos cantos entonados vigorosamente por el poeta insigne entre las construcciones que se hunden y los edificios que se levantan. Este poeta es el digno intérprete de los grandes misterios de la historia contemporánea. Lamartine es también de alta inspiración. Su alma está teñida de los tristes colores de hondas tristezas. Detesta la ironía, rechaza el apólogo, huye con invencible repugnancia de la poesía didáctica más ó menos disfrazada. Ha llegado al pie de los altares, ha visto vacilar á impulsos del aire frío de la duda la sagrada llama de las lámparas encendidas por la piedad de nuestros mayores, y ha sentido en su corazón voces místicas que hablaban del cielo en nobilísimo lenguaje; ha recorrido los campos, los valles, ha

subido á las altas montañas, á las cumbres cubiertas de nieve; ha surcado en frágil barquilla las tranquilas aguas del sereno lago; ha visto con emocion la alborada; ha contemplado la llegada misteriosa de la noche, y en todas estas escenas el alma del mundo se ha revelado á su alma; ha pronunciado al oído de una mujer querida palabras ardientes, sus lágrimas y suspiros se han confundido en misteriosas y santas horas con los suspiros y lágrimas de esa mujer, ha experimentado en sublimes trasportes la inmensidad del amor que funde en la unidad de una transfiguración indescriptible el espíritu y la naturaleza y que reduce todo el universo á una sola escena que se siente y no se dice, porque el imperfecto instrumento que llamamos lenguaje se rompe cuando queremos expresar esas armonías; ha reconocido el espíritu de Dios en todos los tiempos y en todos los lugares, en todas las existencias y en toda la realidad, y ha entonado los cánticos más puros, más tiernos, más tristes, más apasionados y más sublimes que han domeñado la lengua humana hasta convertirla en un símbolo que habla á todos los hombres y rompe las fronteras que los dividen.

Alfredo de Musset es también un poeta de poderosa originalidad. No busca las grandes cimas para confiar sus acentos á los ecos solemnes, ni los misterios del corazón para entonar cantos tristes y tiernos, elegías conmovedoras que deben recitarse en horas de recogimiento. Es un hijo del siglo, y vive como los hombres de su tiempo. El ímpetu de la juventud le lleva á las borrascas y canta su ansiedad ó sus esperanzas cuando el relámpago cruza las nubes y el trueno vá resonando por el espacio, las borrascas de la pasión en que el alma se enciende, el deseo que hierve en las venas, la fiebre que devora, la exaltación que rinde, el dolor que mata. Ama á una mujer que le atrae y le subyuga, se embriaga en los goces de este amor, siente el calor vivificante de un beso y sabe expresar esta emoción; es engañado ó se desengaña y maldice la hora en que su felicidad se partió para no volver jamás; pasa al lado de un gótico campanario en hermosa noche de luna y describe con extravagancias felices el espectáculo, contento con oponer su musa ingénuo y resuelta á todos los artificios

en que á la postre vienen siempre á parar los modelos insignes de los grandes maestros; es un niño revoltoso que sabe coger las más bellas flores del jardin de la poesía y juega con ellas con encantadora imprevision, hasta que viéndolas caer destrozadas hoja por hoja á sus piés, llora al mirarlas muertas, y las llora con destrozado corazon; fantástico y real hasta la exageracion, sublime y sencillo hasta la extravagancia, con grandes cosas en la cabeza y el corazon y amigo de ocultar la magnificencia de aquellas con la sencilla naturalidad de la forma, indócil y voluble, tocado de sensuales estímulos y penetrado hasta la desesperacion más trágica y conmovedora de las desdichas, amarguras y penalidades de la duda y el dolor del alma, es Alfredo de Musset uno de los génios más llenos de vida, de juventud, de fuerza, de inspiracion, que saludará en la literatura de nuestro siglo la justicia de la posteridad.

Se ha dicho que para comprender á Goethe nada es quizás más á propósito que aplicarle su conocido canto *El pescador*. Un pobre pescador se acerca al borde del mar, arroja el anzuelo á las olas y se sienta confiado en que pronto recojerá el fruto de su trabajo. Surge de pronto, resplandeciente de hermosura, en medio de las aguas, la ninfa que habita en ellas. Pinta en dulces y seductores acentos al pobre pescador la ventura de que se disfruta en las aguas, cómo refresca la sangre de aquel que en ellas vive; cómo el rumor de las olas acaricia su oido con blanda música; cómo los rayos del astro que brilla en el cielo se quiebran en la tersa superficie; cómo revisten nueva y deslumbradora belleza todas las cosas al reflejarse en el límpido cristal de la tranquila corriente. El pescador se siente al fin fascinado por esta embriagadora voz de la ninfa, y se arroja á las traidoras ondas y en ellas se sepulta para no volver á mirar nunca la luz, el cielo, la tierra, el bosque. Se ha dicho (1) que esta bellísima composicion, que en imperfectísimo trasunto he tratado de recordar al lector, nos ofrece acabada imágen de la vida poética de Goethe.

---

(1) Demogeot.—*Histoire de la litterature francaise*. Pág. 580.

El gran poeta, enamorado perdidamente de la naturaleza, que en su noble panteísmo llegó á mirar con verdadera adoración, es atraído, fascinado, subyugado por ella hasta que se sumerge para siempre en el insondable océano de la *objetividad*, de la eterna y viva realidad del mundo. Lo contrario puede decirse sin temor de Alfredo de Musset. Su personalidad está siempre delante del lector; el poeta imprime á la naturaleza, á la crisis del siglo, á la sociedad, á las pasiones el sello de su espíritu fuertemente impregnado de creadora poesía. Es esta una subjetividad, como ahora se dice, que no sabe privarse del goce de ostentar su fuerza y su ímpetu, imponiéndose sin cesar con todos sus impulsos y aspiraciones, con toda su originalidad y sus peculiaridades más características. El sentido que daba Hegel en uno de los más notables y profundos análisis que en su *Estética* se encuentran al término *humour* y al género humorístico en general, es pocas veces tan aplicable como á Musset cuando se quiere fijar la verdadera índole de su poesía, el privativo carácter de su inspiración. Un poeta que ha sabido sentir y cantar de este modo todo lo que en nuestro siglo se siente y se canta por las almas superiores; un poeta de tanta originalidad y de tanto génio, que presenta también otros caracteres literarios dignos de apuntarse en los diversos géneros que cultivó, merece á la verdad estudio y consideración detenidos que correspondan á la simpatía que á todos nos inspira y á la gloria que todos le reconocemos.

## I.

Alfredo de Musset nació en París el 11 de Noviembre de 1810. Satisface al ánimo que naciera en la gran ciudad moderna, en la ciudad de la revolución, en esa tierra volcánica en que el riego de tantas lágrimas y de tanta sangre ha hecho florecer las mayores ansiedades del siglo, el poeta que había de cantar con más inspirados y entusiastas acentos las penalidades y amarguras de las nuevas generaciones que han ido llegando á las pruebas y á las tristezas del siglo. Cuando llegó la hora de pensar en convertir la actividad de

su inteligencia á los ramos de la cultura humana que demandan más frecuentemente la aplicacion de los hombres, el carácter independiente y genial de Musset reveló muy pronto sus más características dotes. Estudió diversas ciencias, en que su claro entendimiento recorrió pronto grandes distancias, sin sujetarse dócilmente á las reglas, á los preceptos, á los hábitos á que la generalidad de los estudiantes se rinde sin resistencia, tal vez porque hay ciertos espíritus llamados á cumplir en la educacion un destino semejante al de la cera en mano de los artistas. En la *Confession d'un enfant du siecle* hay un trozo bellísimo en que el protagonista revela los combates que se libraban en el fondo de su alma cuando era excitado á seguir uno de esos rumbos que toma casi obligatoriamente la actividad de los contemporáneos. Amaba la verdad, el bien, la belleza; sentia la atraccion de estas grandes realidades tan fuertemente como puede sentirlas el más ferviente adorador de ellas; pero se reconoce indócil, independiente, incapaz de sujetarse á moldes arbitrarios, ansioso de recorrer el camino sin otro guia que la estrella de la inspiracion, que allá en los cielos del alma nos conduce por misteriosas vías con tanta seguridad como la estrella que el pueblo de Dios siguió tambien entre las angustias de una larga peregrinacion por la abrasada arena del desierto; pueblo que desfallecia y dudaba, pero que se rehacia luego en su fé para avanzar resueltamente al cumplimiento de su providencial mision en la historia. Musset era sobre todo un poeta, uno de esos poetas que nacen tales, un hijo predilecto de la humanidad, destinado á glorificarla en sus obras, á enaltecerla con su génio.

Jóven, muy jóven aún, la lírica nueva, la que se llamó romántica, aquella que Hugo y Lamartine habian revelado con aspectos distintos á un público entusiasta, empezó á conmoverle y arrebatarle, decidiéndole á buscar los laureles que no debia tardar en conseguir y que habian de señalarle muy pronto un honrosísimo lugar en la moderna literatura. Halló dos amigos dignos de recibir el depósito de las esperanzas del jóven poeta; estos dos amigos fueron Nodier y Víctor Hugo. Ellos animaron á Musset, le enseñaron á descubrir todas las

grandes perspectivas de la nueva poesía y á buscar en el fondo del alma el más puro manantial de sublimes inspiraciones. Eran los tiempos en que los literatos empezaban á darse cuenta de aquel profundo pensamiento, tan brillantemente expresado por el gran Lamartine cuando dijo que muchas veces los poetas buscan lejos de sí la inspiracion, teniéndola cerca, muy cerca, en el corazon, en ese instrumento divino en que un solo sonido, cuando es dado hacerlo vibrar, basta para enternecer á todo un siglo.

La primera coleccion de poesías que entregó Musset al juicio y á la admiracion de sus contemporáneos titulábase *Cuentos de España y de Italia*. No hemos de ocuparnos ahora en el exámen de estas poesías, porque exige que lo demoremos el órden que seguimos en este artículo. En ellas muéstrase Musset como era en verdad á la sazón. Figuraos un jóven de veinte años, que ha oido hablar de las caballerescas aventuras de España, de los trágicos lances en que abunda la historia de Italia; que se imagina tal vez cambiando apasionados acentos amorosos con una hermosa hija de nuestra pátria, en cuyas largas pestañas brilla una lágrima de pasion como una gota de rocío en el cáliz de una flor; hablando con ella de este modo en una de esas sombrías callejuelas alumbradas tristemente por la vacilante luz que anuncia el abrigo de un retablo á las almas piadosas; ó bien en las venecianas lagunas, en elegante góndola, que se desliza rápidamente sobre las ondas, con una de aquellas rubias hijas de Venecia, cuya belleza sin par nos han legado Ticiano y el Corregio en lienzos inmortales mirándole fijamente, mientras sus lábios se entreabren para dejar salir una palabra dulcísima que interrumpe amorosos suspiros, y en tanto que en la proa, con la vista clavada en clarísimo cielo tachonado de puras estrellas, entona el marinero una melancólica cancion, cuyas notas van acariciando la cristalina superficie hasta que se pierden lejos, muy lejos, en misteriosa gruta; figuraos á este niño soñador y apasionado creando tantas escenas arrebatadoras á que convidan la naturaleza, la tradicion y las costumbres en meridionales pueblos de larga, dramática y gloriosa historia, no olvidando que al evocarlas llegan á él sin que haya visto todavía esos

pueblos, sin que las imperfecciones y la pobreza de la realidad haya ostentado sus andrajos entre la pompa y las maravillas de esas bellas descripciones, y tendreis clara idea de las principales cualidades y de los principales defectos de esas primeras composiciones en que el alma de Musset logró expresar sus sueños, sus pesares, sus dudas, sus ilusiones y su riquísima sensibilidad.

Un nuevo período vá á abrirse para el jóven poeta, un período triste y grande, en que la pasion presentida llega por fin con sus amarguras y sus tesoros. Conoció entónces Musset á la célebre escritora Mme. Dudevant, ó sea Jorge Sand. Nuestros lectores nos permitirán que obremos cual indiscretos, en vista de que, al fin y al cabo, vamos á revelar cosas que son ya del dominio público. Por otra parte, ¿no es, por ventura, muy cierto que, como decia el ilustre Sainte Beuve, no es una deshonra para una mujer haber sido amada y cantada por un verdadero poeta, áun cuando parezca despues que la maldice? (1). Esta misma maldicion es, como decia el gran crítico, un postrer homenaje, porque el confidente perspicaz puede exclamar con mucha razon: «¡Tened cuidado, la amais aún!» Conoció, pues, á la gran escritora nuestro poeta; la vió de cerca, y pudo muy pronto apreciar los encantos de un carácter extraño, inmensamente avalorado por los resplandores del génio. El poeta la acompañó á Italia. No eran muy á propósito para avenirse perfectamente dos caractéres como estos. El carácter altivo y viril de Jorge Sand no se compadecia muy bien con los arrebatos, los desfallecimientos, los caprichos, las excentricidades y la vehemencia de Musset. Como sucede siempre que se encuentran en la vida dos caractéres que se repelen, la simpatía, que es una misteriosa atraccion que suele nacer demasiado pronto, no puede luchar victoriosamente mucho tiempo con los obstáculos que acumula sin cesar la fatalidad de las cosas. Estas relaciones debieron durar muy poco y ser muy accidentadas. Cuando murió Musset tuvo una gran indiscrecion la mujer que habia querido tanto. En lugar de ir á orar en silencio al lado del sepul-

---

(1) Sainte Beuve: *Causeries du lundi*, t. I, pág. 302.

cro del joven poeta; en vez de acudir á su hora, envuelta en el misterio de una santa intencion, á arrojar algunas flores á la fria losa de ese sepulcro, regándolas con lágrimas que hubiesen podido ser de compasion si fuese ya imposible que las arrancara un amor desdichado, Jorge Sand escribió un libro que se lee con pena. En este libro la mujer 'acusada tantas veces de haber condenado al gran poeta con sus rigores y su ingratitud á una melancolía inagotable, aspira tan solo á sincerarse, á levantar el orgulloso edificio de su justificacion sobre las faltas, las exageraciones y los defectos de aquel alma sublime de niño que padece, encerrada por el destino en el cuerpo de un hombre. Poco tiempo tardó en aparecer una defensa del pobre poeta de génio, escrita por su hermano, que aprovechó los apuntes, las notas, los recuerdos de carácter autobiográfico dejados por el poeta. Esta controversia, entablada en forma de novela, no es ni puede ser simpática á ninguna persona de corazon sensible. Críticos hay que culpan severamente á Jorge Sand, y sin ir tan lejos como Kreyssig, que no puede ménos de observar con este motivo que vivimos en un tiempo en que personas de gran talento hacen dinero con la memoria y el honor de amigos muertos (1), diremos por nuestra parte, que la posteridad no la perdonará nunca sin gran resistencia ese rasgo de egoismo que puso el corazon de un hombre, que, despues de todo, la amó mucho, en manos de la malevolencia para que se complaciera en desgarrarlo, despues que la muerte, más piadosa que esa mujer, le habia dado la única paz duradera y firme á que puede aspirar el hombre en su triste y apesadumbrada existencia, la paz del sepulcro (2).

Este fué el gran suceso de la vida de Musset. Este amor desgraciado que agitó fuertemente su espíritu, que le impresionó hasta lo más íntimo del alma, estaba destinado á descubrirle nuevas fuentes de inspiracion. El alma del poeta pierde aquella ligereza, aquella inestinguible alegría, aquel abando-

---

(1) Fr. Kreyssig: *Geschichte der franzosischen National Literatur*, 1873; pág. 368.

(2) J. Sand: *Elle et lui*. P. de Musset: *Lui et elle*.

no con que dejaba vagar su fantasía por espacios nuevos y regiones desconocidas, aquella juvenil naturalidad que caracterizaba muy bien Lamartine cuando en una célebre poesía que le dedicó llamábale

*Enfant aux blonds cheveux, jeune homme au cœur de cire,  
Dont la lèvre a le pli des larmes ou du rire,  
Selon que la beauté qui regne sur tes yeux  
Eut un regard hier, sévère ou gracieux (1).*

Notas que no han resonado todavía en su lira inmortal van á llegar muy pronto al oído de sus lectores. Cuando se estudia con detención la historia de la literatura, adviértese muy luego que no hay tal vez en el fondo del alma humana nada que inspire cantos tan sublimes á la poesía como el dolor, como la tristeza que se apodera de los corazones experimentados en los trances más difíciles y en las más duras pruebas de la vida. Es natural que el espíritu se despierte y obre con nueva desconocida fuerza y se remonte á más imponente altura cuando su lucha con la realidad, que inmediatamente se percibe, es más encarnizada; cuando el ángel y el demonio están empeñados en más ríco combate; cuando el alejamiento del sér natural, que es nuestro punto de partida, aparece mayor, y más próximo, por tanto, el advenimiento del principio eterno y divino á las profundidades de nuestra vida interior. El egoismo arrojado á los pies del amor; la malevolencia recluida á una penumbra que disipa á cada instante el rayo de luz de una pasión contenida, mas no derrotada; el espíritu viviendo más de sí propio, al paso que sus padecimientos le obligan á reconcentrarse más en la personalidad íntima que pasa por cima de todas las tempestades y de todos los desórdenes, como si fuera un querubín dispuesto á sacudir sus alas y á quedarse tan puro, tan inmaculado, como si jamás hubiera descendido al barro de la tierra; todo este drama silencioso, oculto, es tal vez la más alta y suprema glorificación á que llega el hombre y una de las más grandiosas y sublimes manifestaciones de su esencia y origen divinos.

---

(1) Lamartine: *A. M. de Musset en reponse á ses vers*. Fragment de meditation. 1840.

No es esto decir que la musa del dolor se revelara por vez primera á Musset con motivo del desgraciado amor á que aludo, sino afirmar con los más ilustres críticos que á la sazón adquiere su génio una fuerza, un vigor, una elevacion que nunca hasta entónces tuviera. «Ese amor, dice Sainte-Beuve, fué el gran suceso de la vida de Mr. de Musset, y cuenta que solo hablo de su vida poética. Depuróse en un instante su talento y ennoblecióse.» Desaparecen, sin duda, al llegar á este supremo momento de su vida los defectos que muy fácilmente se descubrian ántes en sus poesías, y en cambio adquieren sus cualidades una transparencia, un predominio, una grandeza, que no es este el momento de estudiar; pero que son, sin embargo, acreedores á la más detenida atención. Corresponden á este nuevo y grandioso período de la vida de Musset sus más preciadas composiciones, *Las Noches*, *La Esperanza en Dios*, *El Recuerdo*, *La Carta á Lamartine*.

Deslizábase en tanto la vida ordinaria de Musset sin lances muy dignos de apuntarse. El valimiento de un amigo egregio y querido, el duque de Orleans, le proporcionó el puesto de bibliotecario en el ministerio de lo Interior. La revolucion de Febrero le arrebató esta modesta retribucion dispensada por el Estado á los grandes servicios literarios de un hombre de genio. El imperio le devolvió ese puesto, ganoso de atraerse hombres ilustres que prestaran al triste régimen de su funesto cesarismo el brillo de su talento y de su inspiracion.

La Academia francesa llamó á su seno al gran poeta en 1852, y el 27 de Mayo de dicho año tomó posesion con un elegantísimo discurso, que figura en la magnífica edicion de sus obras que publicó el editor Charpentier en 1867 y que tenemos á la vista (1). Estenuados su cuerpo y su alma, cansado prematuramente, murió Musset el 2 de Mayo de 1857, perdiendo las letras con él muchas cualidades que le adornaban, y dejando un nombre preclaro, digno de ser recordado en mármol y bronce á la justiciera posteridad para ser admira-

(1) *Œuvres de Alfred de Musset, ornées de dessins de Mr. Bida, gravés en taille douce par les premiers artistes.* París; Charpentier, 1867.

cion de los doctos, recreo de todos, torcedor de la envidia, pasmo de la crítica, deleite de los amigos del buen decir, dechado de poetas, maravilla de los críticos, gloria de su pátria y asombro de los extraños, en que se reconoce á un siglo por lo que siente y á un génio por la expresion que supo dar á tan distintos afectos en bellísima coleccion de rimas varias, y tan dulces y acordadas, que bastan para universal elogio de su lira.

En la bellísima elegía titulada *Lucie*, como si quisiera comenzarla con un verdadero grito del corazon, escribió Musset estos inolvidables versos:

*Mes chers amis, quand je mourrai,  
Plantez un saule au cimetière.  
J'aime son feuillage éploré,  
La paleur m'en est douce et chère  
Et son ombre sera légère  
A la terre où je dormirai (1).*

¿Cumplióse este deseo del poeta? En el cementerio del padre Lachaise, ó del Este, que se llamaba ántes Mont Louis, duerme eterno sueño el gran poeta. Cuando en invierno, única estacion del año en que conviene visitar los cementerios, porque es la única en que la naturaleza toda, cielo, tierra, árboles sin hojas, lejanos montes, se armoniza con la tristeza del alma, entraís en esa ciudad de los muertos; cuando avanzáis en los senderos que al uno y al otro lado muestran al que los recorre largas filas de sepulturas, y sentís que vuestro corazon es presa del dolor, que las lágrimas llenan vuestros ojos, y oís las melancólicas elegías en que prorumpen los cipreses azotados por el cierzo; cuando todas las sombras en que se envuelve la muerte para ser un eterno misterio, descienden sobre vuestras almas, y descienden preñadas de tempestades de la pasion y de la idea, seguís tristes y silenciosos el camino que os habeis trazado, y saludáis con una respetuosa mirada las sepulturas en que descansan aquellos séres que conocísteis por sus obras, su génio, su hermosura ó su virtud, aquel que ama á la poesía y á los poetas, no

---

(1) A. de Musset: *Œuvres*; Ed. Charpentier, pág. 91.

puede ménos de detenerse con cariñoso respeto ante la tumba de Musset. Vedla ahí. El sáuce que ambicionaba en vida extiende una sombra misteriosa y querida que acaricia también la funeraria losa de Danton. Cerca, muy cerca, reposan Arago y Royer Collard. Las almas crédulas dicen que en altas horas de la noche el alma de Musset vá de sepulcro en sepulcro hablando á las de los amigos que yacen en el mismo cementerio.

El sáuce está allí. Su sombra, su tristeza, el ruido que producen sus ramas cuando el aire las mueve y que parece un sollozo, la sepultura al pié, las lágrimas del amigo ó del admirador, las tristes memorias que llenan el alma cuando se posa como una paloma herida en los fúnebres monumentos, son un sencillo y conmovedor panegírico que no todos entienden.

## II.

Conocemos ya al hombre, le conocemos en cuanto es dado revelar una existencia, un carácter, un alma, en tan pocas palabras. Convirtamos ahora exclusivamente nuestra atención al poeta, á sus creaciones, á sus versos y á su génio.

En una de las más bellas comedias de Musset están reunidos en derredor de una mesa varios estudiantes alemanes. Uno de ellos, que es un personaje muy simpático, admirablemente trazado por el autor, pide que le llenen un vaso para beber. El calor sube á su rostro y lo tiñe de subidos colores. Entónces uno de sus compañeros, que se llama *Hartman*, dice á *Fastasio*, que es el estudiante á quien nos referimos: *Tienes el mes de Mayo en las mejillas*. *Fastasio* contesta á su vez con esta bellísima frase: *Es verdad; y el mes de Enero en el corazón. Mi cabeza se parece á una chimenea vieja en que no hay fuego; solo se encuentra en ella viento y cenizas*. Estas frases de Musset, dignas por más de un concepto de uno de los autores que más admiraba, de Juan Pablo Richter, nos han venido á las mientes más de una vez al leer las primeras poesías del ilustre y malogrado poeta francés. Hay,

sin duda, que hacer una salvedad. Aquel *niño encantador*, como recuerda Pontmartin que se le llamaba cuando se dió á conocer (1), recuerdo que consignaremos sin discutir en este instante las apreciaciones con que está acompañado en el escrito de Pontmartin, aquel niño de veinte años, lleno de vida, de espontaneidad, de ilusiones, no podía ciertamente decir de su juvenil cabeza la triste frase de Fastasio. Conviene, sin embargo, tener en cuenta que Musset perteneció á una generacion que vivia rápidamente, y que se acostumbró á estimar como propia la experiencia ajena, con tan triste aspecto presentada á volcánicas imaginaciones por Chateaubriand y Byron, por Goethe y Beyle, á quien el mismo Musset tenia por autor de la mejor novela del mundo, pues no menor encarecimiento le mereció la animada é interesante historia de *Clarisse Harlowe* (2). *René*, *Manfredo*, *Childe-Harold* y *Don Juan*, *Werther* y *Fausto*, *Lovelace*, *Clarisse Harlowe* y los otros famosísimos personajes concebidos por la poderosa cabeza de Beyle, ó Stendhal, que es como se le suele llamar, todos esos personajes, juntamente con aquellas hermosas figuras que dejaron Diderot y Rousseau, y que seguan resplandeciendo como resplandecerán tambien en lo futuro, tenian que ejercer una gran fascinacion sobre almas juveniles y apasionadas y, por consecuencia, sobre la de Musset, que la tuvo, sin disputa, más juvenil y fogosa é impresionable que todos sus contemporáneos, como lo acreditan sobradamente todas las producciones de su soberano ingénio.

Este mal ó enfermedad del alma que lleva á los jóvenes á que se anticipen á los años que han de vivir, y que á las veces no viven, es muy propio de tiempos críticos como los presentes, y no ha perdido aún su intensidad. ¿No nos sorprenderia, por ventura, si así no fuera, que á los diez y ocho años escribiese lord Byron los amarguísimos versos que siguen:

---

(1) A. de Pontmartin: *Nouveaux Samedis*. Deuxième série. París. Michel Levy, 1866, pág. 339.

(2) Musset: *Préface de la première édition des contes d'Espagne et d'Italie*. (Janvier, 1830.)

*I have tasted the sweets and the bitters of love;  
In friendship I early was taught to believe;  
My passion the matrons of prudence reprove;  
Y have found that a friend may profess, yet deceive (1).*

y que han sido puestos correctamente en castellano por el Sr. D. Enrique Godinez, de este modo:

Del amor los encantos y amarguras  
Ya probadas, formaron mi experiencia;  
De la amistad conozco las dulzuras;  
El amor es causante de locuras;  
Mentir puede el amigo sin conciencia (2).

Lord Byron contestando de este modo, siendo aún tan mozo, á los buenos consejos del reverendo J. T. Beecher, es cumplida encarnacion de esa juventud, que dura y durará no poco, falta de experiencia, pero sobrada de tristes presentimientos y educada en períodos trágicos y para memorables destinos. Alfredo de Musset es con razon uno de los poetas favoritos de su siglo, y desde un principio demostró que no tardaria en conquistar esta gran popularidad que han alcanzado las creaciones de su fantasía y de su inspiracion.

Una de las composiciones en que con más frescura, naturalidad y pasion revélase el carácter poético de Musset, tal como primeramente se manifestó al público, es el cuento en verso titulado *Don Paez*. Basta fijarse en el título de este pequeño poema, cuyo argumento se supone ocurrido en España, como desde luego se descubre en los versos con que empieza, y que son los siguientes:

*Je n'ai jamais aimé, pour ma part, ces begueules  
Qui ne sauraient aller au Prado toutes seules.*

para comprender que, como hemos dicho ya, era muy vago é imaginativo el conocimiento que de España y sus cosas tenia el jóven poeta. *Don Paez* es, en efecto, un nombre que ningun compatriota nuestro llevó ni lleva ni llevará jamás

(1) *Lines addressed to the Rev. J. T. Beecher on his advising the author to mix more with society (Hours of idleness). Dick's Byron, pág. 115.*

(2) REVISTA CONTEMPORÁNEA, Marzo 15, 1876; t. II, págs. 313-14.

sin que se subviertan por completo las reglas á que en los bautizos nos sujetamos.

Un martes del estío, á las dos de la mañana, finge el poeta que todo el que pasaba por la *Plaza de San Bernardo* descubria, á través de una persiana, lujosísimo gabinete, lleno de perfumes, de objetos ricos, de frascos vacíos y otras cosas por las cuales se venia en conocimiento de que una cena se habia verificado allí. Todo dormia, y los plateados rayos de la luna penetraban suavemente hasta el fondo de la habitacion;

*Si bien que dans le coin le plus noir de la chambre,  
Sur un lit incrusté de bois de rose et d'ambre,  
En y regardant bien, frère, vous auriez pu  
Dans l'ombre transparente, entrevoir un pied nu:*

pié tan pequeño que, con ser tan grande España y tan hermosas las mujeres que en ella nacen, ninguno podria hallarse que con él compitiera. En ese gabinete, templo del amor, entréganse á los trasportes de la más ardiente pasion una hermosísima dama y un apuesto galan. Este galan es militar y los deberes de su profesion le obligan á separarse en hora temprana de la mujer que adora. Encamínase al puesto que el deber le señala, y allí se encuentra con alegres compañeros de armas, acostumbrados á toda clase de aventuras y galanteos. Cuenta cada cual los lances de amor y fortuna en que se vió envuelto, fijándose muy particularmente en las dichas que el amor le deparó. Ensalzan todos las gracias y gentileza de las damas que adoran, y un apuesto oficial de dragones que en apartado rincon reposa, pretende á su vez que nunca fuera mujer tan hermosa é idolatrada como aquella á quien rindió su albedrío. La de Orvado, dice, Juana, que en la *Plaza de San Bernardo* vive, es mi dama:

*Lui, baillant á moitié, par Dieu! c'est l'Orvado,  
Dit-il, la Juana, place San Bernardo.*

Don Paez se estremece presa de celos y cólera; cambian uno y otro galan palabras duras y violentas, y un duelo se concierta entre los dos. Aquel que sobreviva á su adversario queda encargado de asesinar á la traidora mujer que los engañó á entrámbos, pues resulta, en efecto, que los dos tenian

razon en la disputa que al lance precede. El duelo se verifica y D. Paez vence. La tempestad que ruge en su alma le obliga á buscar nuevas fuerzas en ocultas ciencias, y en este intento visita á Belisa, grandísima hechicera que daba entónces abundante pasto á las supersticiones madrileñas. Procúrale Belisa mágico filtro, de tal virtud, que postra primero el cuerpo y luego le dá vigor más grande, con lo cual vá más derechamente, pero con más goces tambien, á inevitable muerte. Es este filtro diabólico brebaje que enciende en indescriptible lascivia las venas. D. Paez toma este brebaje; pasa las horas de letárgico sueño en brazos de la hechicera, y cuando el mayor efecto del filtro enardece su sangre, acude á casa de la condesa de Orvado, donde ocurre la más terrible escena, pues entre locos trasportes de amor, cumple el inexorable hidalgo su feroz proyecto de asesinarla. Esto resulta, al ménos, de los misteriosos versos en que se describe la escena.

*Qui le saura? Pour moi j'estime qu'une tombe  
Est un asil sur ou l'esperance tombe  
Ou pour l'éternité l'on croise les deux bras,  
Et dont les endormis ne se reveillent pas.*

Hé aquí el dramático argumento de este pequeño poema escrito en 1829. El carácter español, que los poetas del período romántico se han complacido siempre en pintar, exajerando muchas veces su tinte sombrío y su aspecto caballeresco y trágico, que es sin duda muy importante, suministra á Musset escenas apasionadas y brillantes, no de otra suerte que ofreció tambien á Víctor Hugo el sorprendente asunto de *Hernani*. Lo más notable del poema no es, sin duda, el argumento, sino la forma originalísima y admirable, en que se descubre ya un gran poeta. La descripción de apasionadas escenas amorosas, los diálogos, las breves é ingeniosísimas digresiones que al pié de los episodios figuran, son escelentes trozos de moderna poesía. Musset no es nunca afectado ni altisonante; aún en los momentos en que se eleva á grandes alturas, conserva en esta elevacion una naturalidad que en vano tratará de desconocer la impotente emulacion. Algunos críticos han pretendido que Musset copia en D. Paez el tono fran-

co y genial de Mathurin Regnier. Confesamos ingénuamente que no nos gusta aproximar demasiado á gentes separadas por dos siglos y medio. Reciente aún la reforma de la poesía francesa intentada por Ronsard y la famosa *pléyade*, reforma que, como es sabido, consistió en crear una lengua poética y en calcar la francesa en las del Lacio y Grecia, Mathurin Regnier realiza, sin saberlo, con Malherbe la empresa de corregir los excesos de aquella atrevida reforma. Mathurin Regnier es franco, sencillo, ingénuo, genial. Basta leer la descripción que hizo de su lenguaje y estilo Sainte Beuve, que le llamó el Montaigne de la poesía francesa (1), para comprender los motivos que han tenido en cuenta esos críticos para compararle con Musset. Se nos ocurre, sin embargo, la idea de que sería ménos erudito, pero más cierto, fijarse en que esas nuevas formas que supo aclimatar Musset con tanto génio, eran resultado muy natural de la gran trasformación que estaba cumpliéndose en la literatura. Pues qué, ¿no era uno de los caracteres de esta trasformación el proscribir todo lenguaje convencional y el estilo enfático y afectado y las formas académicas y vacías que los malísimos poetas, que pusieron de relieve la incapacidad del pseudo clasicismo, habían erigido en condiciones indispensables de todo aquel que aspirase á disfrutar del aprecio que se debe á la poesía? ¿Por qué hemos de pretender que imita Musset á Regnier en *Don Paez* por las mismas razones que tenemos para sostener que se acerca á lord Byron en *Namouna* y otras composiciones, en que el tono de la narración, la sencillez del lenguaje y la elocuencia, tan apasionada como espontánea, del estilo, no cede, en verdad, á cuanto admirar podemos y debemos en *Don Paez*, esa creación de los primeros años de la juventud y de la vida poética del autor? ¡Oh! Sin duda tienen que reflejarse los escritores clásicos de Francia en las producciones de sus ingenios más ilustres. Pretender lo contrario fuera pretender que se puede ser poeta ó prosista de alguna reputación sin estudiar detenida y gustosamente las obras maestras de los más esclarecidos autores

---

(1) Sainte-Beuve: *Tableau de la poesie française, au XVI siècle*; t. I, pág. 169.

que comprende la literatura de un pueblo. Regnier influye en Musset; pero no de otro modo que otros grandes poetas y escritores de su nación que estudió también con admiración merecida é indisputable provecho.

Una de las cosas que más llamaban la atención en las poesías de Musset, sobre todo en las primeras, es la encantadora naturalidad con que prescinde, cuando más le agrada, de todos los moldes estrechos é inflexibles en que suelen encerrar los preceptistas el fondo y la forma de las composiciones poéticas. De todas las poesías de Musset que más llamaron la atención en este sentido, la más famosa y la que mejor explica la desesperación que produjo muchas veces el jóven poeta en los corifeos del clasicismo, en los depositarios de las tradiciones académicas, es la ingeniosa *Ballade á la lune*, que hizo extraordinario ruido, y que aprendieron de memoria para recitarla con grandísimo regocijo muchísimas personas que se distinguían á la sazón en el cultivo de las letras ó por la afición con que las miraban.

Hé aquí los primeros versos de esa originalísima composición:

*C'était dans la nuit brune  
Sur le clocher jauni  
La lune,  
Comme un point sur une i.*

*Lune, quel esprit sombre  
Promène au bout d'un fil  
Dans l'ombre  
Ta face et ton profil?*

*Est tu l'œil du ciel borgne?  
Quel chérubin cafard  
Nous lorgne  
Sous ton masque blafard?*

Entre los pequeños poemas, que Musset llamaba *cuentos*, uno de los más notables es, sin disputa, el que se titula *Namouna*. Está dividido en tres cantos y es una de las creaciones más originales del génio de su autor. El héroe del poema es cierto Hassan que nació en Francia y que se trasladó á Turquía, donde se convirtió al mahometismo y entregóse,

sobre todo, á los misterios y á los placeres del amor. Es un D. Juan, en cuya descripcion se complace extraordinariamente el poeta. El primer canto está completamente dedicado á esta descripcion y está lleno de digresiones sin cuento, en que luce Musset su gracia, su naturalidad, su génio humorístico y su incomparable facilidad de rimar. Tan pronto se detiene en discurrir donairosamente sobre la circunstancia de que se hable de un hombre desnudo en la primera estrofa, pues, se lee, en efecto, lo que sigue:

*Il etait nu comme Eve á son premier peché,*

y en tratar de justificarse con brillantísimas digresiones, como se detiene á disertar sobre el corazon humano, haciendo la curiosa observacion de que cada cual tiene *su corazon humano*. Inútil y muy largo seria dar idea de este primer canto, de cuya estructura y tendencia puede formarse una idea sin más que parar mientes en el lema que el autor le dedica, y que es este: «La mujer es como la sombra; corred tras de ella, y »huye; huidla, y os persigue.»

Se ha dicho con razon que el segundo canto es el más notable, pues pinta entónces Musset el tipo de Don Juan tal como se reveló á su fantasía. Don Juan, encarnacion de la audacia, la pasion y el desenfreno recogida en las tradiciones sevillanas por Tirso de Molina para que diera la vuelta al mundo inspirando numerosas creaciones del génio; héroe que Moliere, lord Byron y Zorrilla han elevado á la categoría de los más insignes personajes glorificados con la predileccion de la poesía, que Mozart ha contemplado tambien fijamente para expresar el huracan de las pasiones en admirables notas que no cesarán de conmover á las almas mientras haya amor á lo bello y al arte; pecador empedernido que hemos perdonado por la intercesion del génio, esclavo de los vicios que despiertas peligrosas ideas en la mente del virtuoso, tipo privilegiado de todo un aspecto de la humana naturaleza, ¡cuán pronto sugeriste á Musset una hermosa ficcion que te asegura las simpatías, la benevolencia, la secreta admiracion de muchos que nunca hasta entónces la sintieron por tí y tus locas aventuras! Don Juan ha perdido su nombre, pero ha con-

servado su carácter en los versos de Musset, no de otra suerte que en *El estudiante de Salamanca*, de Espronceda. El poeta francés presenta el contraste de los dos libertinos típicos, el que Beyle personificó en su *Lovelace*, frío, altivo, audaz, sin pasión ni ternura que le disculpen, que corrompe sin gozar, que se acerca á todas las fuentes claras y límpidas para que reflejen su marchita frente y le ofrezcan como espejo el dolor de un alma afligida, sin más ideal que sí propio; hombre sin corazón, sin un solo rayo de sol que ilumine su alma sepultada en la oscura noche de la soberbia y la perfidia; más humano el otro, más grande, más poético, el que cantó Mozart, que es joven y ama y sufre, que peca, pero siente y llora, arrastrado por las tempestades de la vida y de las pasiones, pero no dejando su alma, su corazón en manos de infernal espíritu como aquel Pedro Munk, cuya sencilla pero dramática historia refiere con naturalidad tan encantadora y profunda Guillermo Hauff. El argumento de *Namouna* casi no existe, como que se reduce á que este Don Juan no amó nunca á una mujer más de una noche. En *Namouna* asombra sobre todo la riqueza byroniana de la descripción, de las digresiones, de la amarga ironía, de la sencillez fascinadora, del poético atavío. Y sin embargo, no es una obra perfecta ni mucho menos. Basta fijarse sin embargo en que la imperfección es casi siempre voluntaria para comprender que toda crítica es inoportuna en este artículo.

El talento poético de Musset se ha expresado tan rica y variadamente en diversas producciones, que no es posible analizar detenidamente en un solo artículo aquellas poesías en que con más genio y valentía logró pulsar las cuerdas de su lira. *Rolla* es sin disputa una de las más notables creaciones de Musset, pues con esa obra consiguió asegurarse un puesto honroso y envidiable al lado de los más ilustres poetas. *Rolla* es, como René y Manfredo, como Werther y Jocelyn, un tipo que se reconoce con facilidad en el gran teatro de nuestro siglo, uno de esos tipos que sienten, piensan, lloran y sufren preocupaciones y amarguras muy propias y características de los días que corren. ¡Ah! ¿Cómo es posible negar este carácter á esa composición leyendo los admirables versos con que

comienza? El poeta pregunta si el lector deplora que pasaran para no volver aquellos dias en que la humanidad desplega-  
ba toda la fuerza, toda la vida de su juventud, aquellos dias  
en que toda la naturaleza estaba poblada de dioses, en que  
los bosques, las aguas, las praderas resonaban alegremente  
con la risa de las ninfas, en que la inextinguible alegría de los  
dioses llenaba la creacion, en que para todas las cosas y to-  
dos los trances de la vida habia un dios que los protegiera y  
animara con su inspiracion, *en que Venus Astartea, hija de  
las amargas ondas, sacudia, vírgen aún,* las lágrimas de su  
madre y fecundizaba al mundo retorciendo sus cabellos, en  
que se estremecian las fuentes al contacto de los ardorosos  
besos de Narciso; aquellos dias en que cuatro mil dioses no  
tropezaban con el ateísmo, en que una paradisiaca ventura  
parecia iluminar al mundo: y luego cuanto estas construccion-  
es de la fé se desmoronan cuando empezó á soplar sobre las  
ruinas de la grandeza de Roma el helado viento del Norte  
que empujaba á los bárbaros, pregunta tambien el poeta á sus  
lectores si no ven con dolor la desaparicion de aquellos siglos  
de fé en que heróicas generaciones se prosternaban ante la  
cruz, en que todo resplandecia con la immaculada blancura  
de una virginidad sublime, en que ciudades enteras se ar-  
rodillaban devotamente ante los inmensos reclinatorios de  
piedra que llamamos catedrales, en que el Dios hombre  
abria sus brazos de marfil para recibir en ellos á todos los  
hijos del Padre comun que está en los cielos, en que la  
vida estaba llena de vigor y de fuerza, en que la muer-  
te era una esperanza. Al llegar aquí desgárrase el corazon  
del poeta, y dirigiéndose á Cristo confiesa que no pertenece  
al número de aquellos que lleva la oracion á las gradas de  
los templos, que no es de aquellos que conservan pura y  
serena en el fondo del alma la fé de sus mayores, que ha  
llegado demasiado tarde á una sociedad vieja y cansada,  
que trás de un siglo sin esperanza nace un siglo sin temor,  
tiempos en que los clavos del Gólgota logran apenas sos-  
tener al Salvador, *en que su gloria ha muerto y en nues-  
tras cruces de ébano cae convertido en polvo el celestial ca-  
dáver.*

*Ta gloire est morte, o Christ, et sur nos croix d'ebene  
Ton cadavre celeste en poussiere est tombé.*

Y sin embargo, pide el poeta que dejen besar ese polvo que cae al hijo ménos creyente de este siglo sin fé, y que le dejen llorar sobre la fria tierra que *vivió de la muerte del Salvador, y que sin él morirá.*

Inútilmente quisiéramos reproducir los amarguísimos acentos dictados por un profundo pesimismo, en que prorumpe el poeta al terminar la admirable introduccion de que hemos querido dar una idea.

*Rolla* es un personaje fantástico, un vicioso que ama, y siente y padece, una víctima de la tempestad de las pasiones que cae muerto al lado de la mujer que amaba, que se arranca la vida por morir amando y por ser hasta en el último momento de su vida el triste hijo de su siglo.

*Las noches*, poesías admirables y muy sentidas que señalan tal vez el apogeo del génio de Musset son unas composiciones en que el poeta habla con una musa ó vision, que despierta en el fondo de su alma todas las actividades poéticas que dormian. Las noches de *Mayo*, de *Diciembre*, de *Agosto* y de *Octubre*, que ponemos en este órden, prescindiendo del cronológico, para atenernos al que siguieron en el pensamiento de Musset, le inspiran verdaderas meditaciones poéticas en que el rico colorido de sus versos, su nervioso lenguaje y sus gritos de pasion resuenan con inusitada grandeza. No es extraño que cuando esas admirables poesías se publicaron, que cuando empezaron á ser conocidas en los círculos literarios, hallaran la más simpática y lisongera acogida. Los jóvenes entusiastas por la poesía, los estudiantes, las almas que se estremecen al oír los acentos apasionados y sublimes de un gran poeta, se aprendieron de memoria esos cantos, y los recitaban con puro deleite.

Otras poesías de Musset podriamos recordar que son, sin disputa, verdaderos modelos. ¿Quién puede olvidar, habiéndola leído una vez, la admirable carta que dirige á Lamartine, como éste se dirigió en otro tiempo á Byron y aquella bellísima composicion titulada *Souvenir*, que empieza con estos versos:

*J'espérai bien pleurer, mais je croyais souffrir  
En osant te revoir place à jamais sacrée  
O la plus chère tombe et la plus ignorée  
Ou dorme un souvenir!*

*Que redontiez vous donc de cette solitude,  
Et pourquoi, mes amis, me preniez vous la main  
Alors qu'une si douce et si vieille habitude  
Me montrait ce chemin?*



aquella voz de un alma atormentada por la duda, pero fuertemente atraída, sin embargo, por la fé, que exclama en *L'espoir en Dieu*:

*malgré moi l'infini me tourmente  
Je n'y saurais songer sans crainte et sans espoir  
Et quoiqu'on en ai dit, ma raison s'épouvante  
De ne pas le comprendre et pourtant de le voir.*

y tantos otras en que, ora en forma narrativa, ora en forma de meditacion ó en tono elegiaco, pero sencillo y profundamente conmovedor, supo acreditarse como insigne é inspirado poeta que debieran estudiar muchos que ahora hacen versos sin saber evitar los tres principales escollos con que tropiezan: el prosaismo, el formalismo y la puerilidad.

Otras poesías hizo Musset, que ciertamente no merecen figurar entre las de primer órden, pero que no deben ser olvidadas por ciertas circunstancias que las inspiraron al poeta ó por los nuevos aspectos que reviste en ellas su forma viva, genial y espontánea.

El poeta alemán Becker escribió un caluroso himno patriótico titulado *El Rhin alemán*, en que expresaba su conviccion de que no conquistarían nunca los franceses ese rio, de que no se apoderarían de sus riberas mientras haya un remo que penetre en sus ondas, y las rocas se levanten en medio de ellas, y las catedrales se reflejen en el cristal de su corriente, y los gallardos mancebos murmuren palabras de ardiente amor al oído de las hermosas hijas de Alemania, hasta que se sepulten en esas ondas los huesos del último hombre que pueda defenderlas. Esta poesía hizo una profunda impresion en Alemania y en Francia. Leída en casa de la célebre Delfina Gay, esposa de Girardin, aquella jóven y hermosa poe

tisa de quien dijo Víctor Hugo, describiendo, cuando era aún muy joven, la nueva escuela poética, que pertenecían á ella jóvenes Corinas que, como otras mujeres ilustres, necesitaban que los hombres les perdonaran la gloria que estaban conquistando (1), Musset participó del fuego patriótico, y contestó al poeta alemán. Decíale en fáciles y armoniosos versos que ellos, los franceses, habían poseído ya ese río, y preguntábase si una copla que va cantando la gente borra por ventura la altiva huella de las herraduras de los caballos franceses, impresas en la sangre alemana; y después de arrojar á sus vecinos otras exclamaciones, termina advirtiéndoles que cuiden de no despertar á los muertos de su sangriento reposo con los báquicos cantos que entonaban. Hemos citado esta poesía, porque es merecedora de algun recuerdo. ¡Quién había de decirle al poeta que treinta años después esa entusiasta Alemania arrojaría en el territorio francés una irresistible avalancha de hombres armados, que desmembrarían á la patria de los héroes de Jena, y que luego de ensangrentarla la dejarían abrumada bajo el peso de un tributo exorbitante!

### III.

Alfredo de Musset no fué solamente un gran poeta lírico. Escribió también algunas obras dramáticas de muy diferente carácter, pero todas interesantes, dignas de aprecio y agradables de leerse. Lo primero que se ocurre preguntar es si todas ellas son susceptibles de ser representadas. No es esta nuestra opinión. Tal vez algunas de las más bellas encontrarían en el teatro una gran resistencia. Y no todas se han representado. Ni la *Nuit Venitienne*, ni *André del Sarto*, ni *Fantasio*, ni *Lorenzaccio*, ni *Barberine*, ni *Louison*, ni *On ne saurait penser á tout*, ni *Bettine* han sido puestas en escena. Y sin embargo, hay entre estas obras algunas que son de verdadero mérito. La *Nuit Venitienne* tiene caracteres, vigor dramático y un sello de trágica emoción que el lector no puede mirar sin profunda simpatía; *André del Sarto* es un cuadro

---

(1) *Muse française*, t. I., pág. 33.

muy animado, interesante y conmovedor de la vida y las desdichas del gran pintor; *Fantasio* tiene escenas de tanta sencillez y profundidad, diálogos tan amenos é interesantes que se leen una y otra vez con verdadero deleite, y *Lorenzaccio* es un buen drama en que el desenfado, la naturalidad, la grandeza trágica que asoma muchas veces oscurecen de tal modo los defectos, que pertenece la obra al número de aquellas creaciones del poeta, más queridas y admiradas de sus lectores. Entre las que se han representado las hay muy bellas. *Les caprices de Marianne*, *On ne badine pas avec l'amour*, *Le chandelier*, *Un caprice*, *Il faut qu'une porte soit ouverte ou fermée* son ciertamente notabilísimas producciones. Quisiéramos que nos fuera dable exponer el argumento de estas obras. Sucede con las obras dramáticas lo mismo que con los cuadros. Es preciso que uno mismo las examine para que las comprenda. Y si de algun modo puede suplirse esta necesidad de la observacion propia, de la contemplacion que cada cual se proporciona, esta personalísima comunicacion del alma del lector con el alma del artista, es acudiendo á la descripcion, reproduciendo por medio del lenguaje en cuanto este imperfecto instrumento puede bastar á expresar la realidad, aquellas cosas, aquellos séres, aquellos episodios que han de producir en el espíritu el profundo interés que es inseparable de la emocion estética. Renunciemos, sin embargo, á valernos de este medio y contentémonos con generales consideraciones. Las obras dramáticas de Musset son de dos clases. Ha escrito comedias que más bien son dramas, en que las pasiones rugen y se desencadenan como en las tragedias de Shakspeare, siempre deseoso de arrancar al hombre el secreto de su naturaleza, siempre aspirando á pintarle tal cual es y no en este ó en aquel individuo sin grandeza, sin carácter verdadero, obligado modelo de las medianías que profanan el teatro, sino en esos personajes típicos que la escrutadora mirada del poeta de génio sabe descubrir en medio de la multitud; dramas en los cuales se advierte muy luego, así por la sencillez del correcto lenguaje como por la naturalidad del elegantísimo estilo, acentos trágicos, gritos de pasion, notas desgarradoras que vibran con largas y enternecedoras vibraciones en ese divino

instrumento de que hablaba Lamartine y de que hemos hablado también en este artículo. Otras veces el poeta abandona esas alturas y se complace en vagar por la tierra, recogiendo en los jardines de la vida algunas flores sencillas de muy delicado perfume. Una de las obras de este género que más fama le han valido es *Un caprice*. Nuestros lectores pueden formar exacto juicio del argumento, porque le hemos visto reaparecer en una de las más aplaudidas obras de uno de los poetas contemporáneos de nuestro país que han abandonado las letras por la política, y que sin duda tuvo en cuenta que las obras del alma valen por su difusión, que no pueden ser las buenas ideas propiedad exclusiva de ninguna persona. En las obras de este género Musset es sobre todo muy natural é ingénuo; revela un conocimiento profundo de las costumbres, y muy particularmente de la sociedad aristocrática, una gran delicadeza y una sensibilidad tan profunda y esquisita, que logra dar con ella singular elevación á los asuntos más triviales y á las conversaciones más festivas.

Las cualidades que se encuentran en sus preciosas novelas son las mismas que en todas sus obras le distinguen. *La Confession d'un enfant du siècle* es sin disputa la más importante. Es esta una larga y conmovedora historia de un joven apasionado y sincero que recibe un desengaño amoroso que le hiere profundamente en lo más íntimo del alma. Como tiene todas las amarguras y todas las dudas de su siglo, lleva por consecuencia en su carácter las huellas de las enfermedades que ahora padecen los espíritus, y se queda por tanto incapacitado para vivir como viven los más: tranquilos y venturosos, con las miradas fijas en horizontes serenos y sin atormentarse ciegamente con inquietudes y angustias, con el hastío y agitaciones sin nombre, con la duda y la desconfianza. Los primeros capítulos son una brillante descripción del estado moral de Europa en los primeros decenios de este siglo, en esos decenios primeros que han dejado á la historia muchas desdichas y tristezas, pero que han brillado y brillarán siempre en el cielo del espíritu con los puros resplandores de muchas glorias incontestables en la esfera del pensamiento, en el arte y en la vida toda.

Esta novela no carece de grandes defectos procedentes del mismo plan que se trazó su autor, pero puede y debe ser considerada como una obra notabilísima en que el tono confidencial sirve para descubrir muchos secretos del alma del poeta y en que se encuentran á cada paso bellezas de primer órden que explican la profunda impresion que ha hecho y seguirá haciendo en muchas almas.

Otras novelas de Musset son más bien deliciosos cuentos. *Emmeline*, *Les deux Maitresses*, *Le fils du Titien*, *La Mouche* son bellas é interesantes narraciones cuyo argumento es de actualidad ó histórico, segun los casos. *Emmeline* es una preciosa novela en la cual algun episodio disgusta al lector, pero que tiene pasion y naturalidad bastantes para que se lea con marcado interés. *Les deux Maitresses* es la singular historia de un jóven que tiene la desgracia de enamorarse á la vez de dos mujeres que se parecen en todo ménos en posicion social y es amado por las dos. Musset despliega en este cuento la gracia, el *humour* que le distinguia y esa sensibilidad que un observador paciente descubre muy luego áun en aquellas ocasiones que ménos se prestaban á que sobresaliera. *Le fils du Titien* y *La Mouche* son dos obras muy bellas; en la una nos traslada Musset á Venecia en los dias de su mayor gloria y pujanza, cuando las aventuras se sucedian en la vida de sus habitantes, á la reina del Adriático, rica, poderosa, ofreciendo á la historia tantos dramas de amor como políticos, tantos ejemplos memorables en sus famosos hechos como lances dramáticos en la vida de sus ardientes y bizarros hijos. En la otra el reinado de Luis XV es el campo escogido por Musset para que el argumento que habia concebido se desarrollara en esa córte de decadencia, llena de vicios, ébria de sensualidad, que creia sereno el cielo de su poder porque no queria fijarse en los relámpagos que empezaban á extender sobre las cosas la lívida claridad que infunde temor en el hombre experimentado, ni en los truenos que anunciaban aquella grande y sublime tempestad de 1789 que purificó la atmósfera para que pudieran respirarla más libremente las nuevas generaciones.

Musset escribió tambien artículos de crítica literaria y artística. Tenemos á la vista la crítica que hizo de la Expositi-

cion de pintura de 1836 y las famosas *Cartas de Dupuis y Cotonet*, en que aborda las graves cuestiones literarias que se agitaban á la sazón. En estas *Cartas* se advierte que Musset no aplaudia los excesos del romanticismo, y que deseaba combatirlos enérgicamente. No es esta la ocasión de analizar esas cartas, de discutir las, de decir lo que pensamos de ellas como trozos de crítica aplicables á cuestiones literarias que no carecen de oportunidad. Solo debemos decir en esta ocasión que si Musset demuestra que es un excelente prosista en otros escritos, acredita un conocimiento muy poco común de su idioma en esas *Cartas*, que más de una vez nos han hecho pensar, por el gracejo, naturalidad y castizo lenguaje que las caracterizan, en algunos de los más notables artículos de nuestro inolvidable y malogrado Larra (*Fígaro*).

Algunos escritos sobre la tragedia y la célebre actriz Mlle. Rachel, no deben separarse de la animada y exactísima descripción de una cena *de confianza* en casa de dicha actriz, descripción que figura en las *Obras póstumas*. Musset sintió por la Rachel una verdadera y profunda simpatía, admiraba su génio y se complacía en demostrar esta admiración.

#### IV.

Digamos ahora dos palabras de las *Obras póstumas*. El editor Charpentier las ha publicado en 55 páginas de su monumental edición. Son poesías, fragmentos, *proverbios* y cartas. Los últimos versos de Musset figuran en aquellas.

Hélos aquí:

*L'heure de ma mort, depuis dis-huit mois  
De tous les cotes sonne á mes oreilles.  
Depuis dix-huit mois d'ennuis et de veilles,  
Partout je la sens, partout je la vois.  
Plus je me débats contre ma misere  
Plus s'éveille en moi l'instinct du malheur;  
Et, des que je veux faire un pas sur terre,  
Je sens tout á coup s'arreter mon coeur.  
Ma force á lutter s'use et se prodigue.  
Jusqu'a mon repos, tout est un combat;  
Et, comme un coursier brise de fatigue  
Mon courage eteint chancelle et s'abat.*

Estos tristísimos versos fueron escritos por el poeta en 1857, el año en que murió. Parecen dictados por el presentimiento de una muerte próxima, que abre sus alas, y extiende al abrirlas una sombra misteriosa en que vaga el alma llena de melancolía ante la imponente perspectiva del gran enigma de la eternidad.

Leyendo las *Cartas* de Musset, muchas de las cuales están escritas á personas de mucha intimidad y á su hermano, se ve muy luego que la naturalidad que admiramos en sus versos no es ficticia ni estudiada, que él es verdaderamente como en sus obras aparece; cualidad no comun que es propia del gé-nio y que hace de un escritor favorito, para todo el que lee sus obras, un amigo, cuyas creencias, cuyas quejas, cuyas alegrías, cuyas veladas confidencias se reciben cariñosamente en el corazon.

## V.

Es preciso terminar ya este largo artículo dedicado á la esclarecida memoria de un poeta. ¡Un poeta! Hay gentes nacidas para arrastrarse sobre la tierra é incapaces de mirar fijamente, algunos instantes, á las cosas altas, y por eso sostienen una y otra vez que no hay poesía. El demonio del interés y del utilitarismo les cierra los ojos. Con harta razon les replicaba Víctor Hugo, en estos ó parecidos términos, que decir que ya no hay poesía es lo mismo que si se dijera: ya no hay rosas, ya no hay bellos espectáculos en la naturaleza, ya no hay mujeres hermosas, ya no hay amor, ya no hay vida interior, ya no hay luz en el espacio, ya no hay pasiones en el alma.

Nuestro siglo ha sentido y ha pensado mucho: por eso tiene grandes poetas y grandes filósofos. No hay una sola época memorable en el mundo que no tenga grandes poetas. Las civilizaciones asiáticas los tuvieron para expresar en la grandeza de sus colosales poemas la grandeza informe de aquel primer período del desenvolvimiento del espíritu universal; Homero y Hesiodo son pilares de la gloria de los griegos, como Tirteo, que enciende en sacro fuego á los sol-

dados de Esparta y Píndaro, que somete á la lengua el indócil entusiasmo; cuando os hablan de Roma recordais involuntariamente los armoniosos poemas de Virgilio, las odas de Horacio y os acordais de Ovidio y de Lucano; en la Edad Media, el Romancero es la epopeya de nuestro heroismo y los Nibelungen el glorioso cántico de las tradiciones germanas; cuando la teología acumula sus riquezas, Dante escribe la *Divina Comedia*; Shakspeare y Calderon arrojan al mundo el glorioso monumento de sus obras dramáticas y logran convertirlas en obras vivas del génio de dos pueblos; Voltaire hace versos; Goethe es el gigante que se levanta entre dos siglos resumiendo al espíritu de su tiempo con la olímpica serenidad de su génio. Schiller, Byron, Hugo, Lamartine, Espronceda, son tambien poetas insignes, porque en ellos se expresan grandes aspectos de la realidad y de la vida. ¡Oh! Desconfiad de los pueblos y de las épocas que no tienen grandes poetas.

¿Cuál es la verdadera fisonomía poética de Musset? Es un hombre que canta lo que siente, y que siente como un hijo de su siglo. Se dice que es pesimista. Es pesimista como Leopardi, como Heine, como Campoamor. Su pesimismo no es el que rehusa mirar de cerca las leyes del mundo. Decidme si todo aquel que padece y llora no tiene, aún en su interior, algo de pesimista. Decidme si aquel que no padece ni llora; que no sabe siquiera que se padece y se llora mucho en el mundo, puede ser poeta. Los grandes hombres de la poesía suelen aparecer serenos y magestuosos sobre las embravecidas olas del tiempo. No olvidéis nunca, cuando los mireis, que esa serenidad magestuosa se levanta en el fondo de un alma que no ha sido agena al drama de la vida. Y no hay solamente este drama: hay tambien otro más íntimo: el de un pensamiento, el de una sensibilidad; ¡conmovedora historia sin argumento que no se puede contar, pero que se debe sentir para no pasar por la tierra como los fuegos fátuos por las sepulturas!

Importa mucho para apreciar á un poeta tener cabal conocimiento de su personalidad. Ahora bien; en la personalidad de un hombre hay dos factores: el cuerpo y el alma. Y como

el hombre es sér uno, estos dos factores no son más que dos aspectos. Obran sin cesar lo físico sobre lo psíquico, y lo psíquico sobre lo físico. Por eso importa para conocer á un hombre que no se olvide su temperamento, como es tambien muy necesario que se estudie su educacion. ¿Habeis visto alguna vez un retrato de Musset? Es un jóven delgado y rubio, que parece muy nervioso. Se conoce que las impresiones excitaban fuertemente aquel organismo delicado. Un amigo del autor de este artículo se dedica á la frenología. Hablando con él de frenólogos y casos frenológicos, decíale que no basta el estudio del cráneo, que es preciso completar esa investigacion con el estudio del temperamento. El cráneo, segun él, es un telar; el temperamento es la máquina de vapor que le aplica el hábil fabricante. Hay buenos telares que tienen malas máquinas, y buenas máquinas con un mal telar. Los hombres superiores, el verdadero hombre globo, como diria Larra, es aquel en que la máquina y el telar son de igual calidad; en que la máquina es buena y el telar tambien. No sabemos hasta qué punto el frenólogo á quien aludimos tenia razon. Lo que nos atrevemos á decir es que Musset era un hombre de génio, cuyo carácter le proporcionaba muchos disgustos. Los detalles de su vida privada, que nos hemos visto en el caso de omitir, lo prueban evidentemente. El tono de sus poesías, el carácter de sus obras y el hondo dolor mundanal que á cada paso reaparece en sus escritos, lo evidencian sobradamente.

El aspecto de la naturaleza humana y de la poesía que le tocó expresar á Musset, es de gran importancia. Si no la tuviera, no seria él un gran poeta. Se atribuye á Lamartine esta frase alusiva á los críticos que le censuraban á veces con demasiada dureza, como por ejemplo, Sainte Beuve: *Digan lo que quieran, siempre tendré de mi parte á la juventud y á las mujeres.* A Musset le sucede lo mismo, aunque no por idénticas razones. Es apasionado, sincero, delicado, tiene un gusto esquisito, un lenguaje nervioso y ileno de vigor que impresiona al alma fuertemente. Y luego es un poeta que habla siempre *ex abundantia cordis*, que dice todo lo que siente, que no vacila en infringir todos los preceptos de la

poética á trueque de no callar nada que verdaderamente le interese y pueda interesar al lector. Dificilmente se encontrarán muchos poetas de tanta originalidad. La de Musset consiste en que el carácter y significacion críticos de los tiempos en que vivimos aparecen en su espíritu con un aspecto nuevo; con un aspecto que otros poetas han trasfigurado, que muy pocos se han atrevido á reproducir con tanta fidelidad y exactitud. Parece que este subjetivismo ha de correr por fuerza graves riesgos de caer en la exageracion y en un absorbente personalismo que le arrebate todo sentido verdaderamente poético. El escollo de la poesía lírica es efectivamente el que acabamos de indicar. Es esencialmente subjetiva porque el alma del poeta ha de expresarse ingénua y libremente en sus versos, y deben estos nacer en las profundidades de su naturaleza, y ser un fruto espontáneo de la inspiracion más íntima que pueda conmover á un hombre para hacerle digno de aparecer ante sus contemporáneos y ante la posteridad como un digno intérprete de los sentimientos, de las pasiones, de las ideas que son del dominio general, porque nada que es verdaderamente humano, segun la famosa sentencia del poeta latino, puede ser ageno de ningun hombre. Haced, sin embargo, que esta subjetividad pierda ese íntimo carácter universal, merced al cual todos nos reconocemos en ella; haced que el accidente prepondere y sobresalga de tal modo que el poeta solo aspire á expresar los elementos puramente personales y contingentes que nacen de las particularidades de su vida, que se absorba en la contemplacion de estas particularidades, ó bien que cifrando su interés en ciertas manifestaciones de la vida individual y social que constituyen moldes fijos de la vida de todos, aspire á presentarlos como verdaderas aptitudes para la poesía, y muy luego se precipitarán sobre la composicion poética el prosaismo, la vulgaridad, la insignificancia; todo lo que puede contribuir á que la cabeza del poeta resulte demasiado pequeña para la corona con que quiere adornarla.

No se podia temer que Musset tropezara con este escollo. Su génio le salvaba; tenia por fuerza que salvarle. La fortuna

no ha sido tan complaciente para los imitadores. Sucede con Musset lo que con nuestro malogrado Becquer, lo que con Campoamor; lo que sucede también con los otros ilustres líricos franceses á quienes hemos citado al comenzar este artículo. Sus imitadores no saben evitar los defectos y no saben apropiarse en cambio sus grandes cualidades. Y esto es muy natural. En el filósofo, en el poeta, en el orador, en todos los grandes hombres que aparecen con el carácter de verdaderas y poderosas individualidades, hay un principalísimo elemento que es personal é intrasmisible. Por eso son inimitables, son únicos.

Cuando la posteridad entre en el estudio de la literatura contemporánea, no será Musset uno de los poetas que ménos la deleiten y enamoren. Sentirá palpitar en sus versos el alma de un siglo, y verá con simpatía cómo brillan en sus obras los resplandores de la inspiración. Tendrá flores para su tumba, lágrimas para sus infortunios, indulgencia para sus faltas y profunda admiración para su genio.

RAFAEL MONTORO.



---

# RESPONSABILIDAD É IRRESPONSABILIDAD

## LEGALES DEL PAPA (I)

---

### I.

#### LA LEY ITALIANA DE GARANTÍAS.

¿Son los Papas romanos, segun los principios del derecho moderno, legalmente irresponsables ó responsables? ¿Por qué principios, bajo cuáles condiciones y de qué manera son irresponsables ó responsables? Estas graves cuestiones político-jurídicas preocupan actualmente á muchos pensadores estadistas y juristas. Intranquilizan tambien, como un problema todavía no claramente resuelto, la conciencia y el sentimiento del derecho de las naciones contemporáneas.

Existen muchas dudas sobre si los dos grandes acontecimientos de 1870, la declaracion del nuevo cánon sobre la fé y el papado hecha por Pio IX en union con el Concilio

---

(1) Este estudio de nuestro colaborador en Heidelberg, el ilustre profesor Bluntschli, que tan profunda sensacion está causando en Europa, nos ha sido remitido expresamente por su autor, y creemos oportuno insertar á guisa de nota el prefacio que le acompaña, y donde niega el origen que se le atribuye. Dice así:

„El estudio que ahora publico como folleto salió primeramente en la revista *Die Gegenwart*. Un periódico inglés ha vertido la especie de que ha sido escrito por encargo del príncipe Bismarck. Debo rehusar este honor. Aunque para mí seria de grandísima satisfaccion saber que este mi estudio merecia la aprobacion del Príncipe, debo, sin embargo, declarar que lo he hecho por mi propio impulso y con completa independencía. Soy, pues, yo solo el único responsable. Segun mi opinion, no debe prescindir la ciencia del Estado del exámen y estudio de los problemas que tienen actualidad jurídica. Animado por esto he emprendido este trabajo é intentado aclarar tan importante cuestion.—Heidelberg, 1876. ”

vaticano, y la incorporacion del Estado de la Iglesia al reino de Italia no hacen necesarias ciertas modificaciones y si no las causan en la posicion legal del Papa.

El que intente examinar estas cuestiones debe saber perfectamente que, aunque la investigacion que va á hacer ha de realizarla solo con independenciam científica y desde un punto de vista del derecho, neutral en las cuestiones confesionales, no podrá, sin embargo, ménos de tocar á instituciones religiosas y eclesiásticas, dogmas, opiniones y prejuicios, y que, áun poniendo en esto el mayor cuidado, ha de causar dolorosos sentimientos y apasionadas quejas.

Hace ya mucho tiempo que la ciencia alemana ha abandonado en estas materias el prisma particular de una confesion religiosa. Se ha acostumbrado en sus investigaciones para el conocimiento de las cosas á no inspirarse ni dejarse regir por mandamiento de fé ó autoridades eclesiásticas, sino únicamente por las leyes del pensamiento puro y las reglas de la verdadera observacion de las cosas. Ha dejado así de ser el derecho moderno un derecho confesional. Nosotros, los hombres de ahora, solo tenemos por derecho lo que es reconocido como condicion necesaria y universal, como órden de la vida toda pacífica del hombre, presentándose al propio tiempo con carácter coercitivo. Por esta razon los principios de derecho valen igualmente para católicos y protestantes, para cristianos y judíos. El Estado moderno impone á todos los ciudadanos y á todo el mundo, sin diferencia de religion ni de sociedad eclesiástica, los mismos deberes, y les concede los mismos derechos, extendiendo sobre todos igual proteccion é igual justicia.

Animados solamente de este espíritu, es posible realizar esta investigacion. Y solo desde este punto de vista puede ser cumplidamente examinado.

El primer ensayo, y en verdad muy importante, hecho para resolver este problema, es la ley italiana de garantías de 13 de Mayo de 1871; es decir, la que se hizo pocos meses despues de la secularizacion completa del Estado de la Iglesia y en el primer año posterior á la promulgacion de los cánones del Concilio.

La ley de garantías tiene un doble fin. Por una parte trata de realizar el legado del gran Cavour y de cumplir para Italia su programa de «Iglesia libre en el Estado libre». Por otro lado, trata de tranquilizar al mundo católico por la incorporación de Roma y del Estado pontificio, y de desvanecer los temores de las potencias de que el Papa cayera bajo la dependencia del reino italiano.

Si solo fuera el Papa obispo ó arzobispo de Roma, y estuviera en la misma posición que los arzobispos de Milán, Nápoles, Florencia, etc., todo sería fácil y la cuestión solo á Italia interesaría. No sería una cuestión universal. El Papa, como obispo italiano, sería un súbdito de Italia. Podría aún gozar de algunos derechos honoríficos, pero se vería obligado á someterse á la justicia y al gobierno de su país lo mismo que todos los otros obispos. El derecho privado italiano, el penal, y todos los demás, llegarían hasta él, así como á los otros obispos. No pretendería una posición especial dentro del derecho internacional. A lo sumo se concedería al actual Papa, por recuerdo á sus antiguas dignidades soberanas, como rey en un Estado pontificio, un privilegio efectivo de dignidad soberana. Para sus sucesores en la Santa Sede no existiría ya este privilegio.

Esto no es así en realidad. El Papa ha perdido el dominio temporal del Estado pontificio; pero ha conservado intacta su *autoridad eclesiástica*; es más: ha afirmado con mayor energía su dominio absoluto sobre toda la Iglesia católico-romana. La dignidad del Papa como *Jefe supremo de la Iglesia católico-romana*, no es solo italiana, sino *universal*: está reconocida hoy por todas las Iglesias católico-romanas en todos los países del mundo. Tiene, por lo tanto, un *carácter internacional*, que se determina aún más señaladamente al considerar que es acatada por un gran número de Estados.

Hacemos abstracción aquí completamente de las pretensiones del Papa á un *dominio universal*, que aún en los tiempos de mayor poderío del papado en la Edad Media, no pudo por completo realizarse, y que hoy rechaza decididamente el sentimiento de libertad de los pueblos y Estados modernos, considerándola como pretensión absurda de un clero ansioso de

dominio. Hacemos tambien abstraccion de otra pretension papal, á saber, de la idea vertida por el Papa Pio IX en su carta de 7 de Agosto de 1873 al emperador aleman Guillermo, donde osaba afirmar que el Papa tiene una autoridad espiritual sobre el *cristianismo entero*, y que le pertenecen, no solo los católicos, sino todos los que de cualquier manera han recibido el bautismo. Esta pretension fué tan enérgicamente rechazada por el emperador aleman en su respuesta del 7 de Setiembre de 1872, que no creemos necesario insistir en esta idea del Pontífice romano.

Pero no puede pasarse por alto, ni contradecirse, que así hoy como ántes de 1870, tiene la autoridad del Papa una gran significacion para todas las Iglesias católicas romanas, y por consiguiente, para todas las Iglesias católicas nacionales, para todas las partes del mundo y que los obispos romanos de las diferentes naciones dependen desde 1870 mucho más que ántes del Papa, y que por consiguiente no puede ser indiferente para los Estados que tienen poblacion católica, que mientras se mantenga esta autoridad papal se sometan los Papas al reino de Italia, como súbditos de ese país. Si así fuera, el poder de Italia se extenderia á las otras potencias, y los otros pueblos se verian amenazados por una influencia inconveniente del Estado italiano.

En esto principalmente se funda la exigencia de la *libertad papal* y la exencion que al Papa se reconoce de toda dependencia de un Estado cualquiera.

La ley de garantías trata de responder á esta exigencia. Declara santa é inviolable la persona del Papa y castiga todo ataque ú ofensa á su persona con las mismas penas que á los que se dirijan á la persona real. Reconoce al Papa *hombres soberanos* y la preeminencia habitual ante los otros soberanos católicos; le asegura como dotacion una lista civil anual de 2.225.000 liras; le dá los *palacios apostólicos* del Vaticano y Letran con sus dependencias y colecciones, la villa de San Gandolfo, el privilegio de inmunidad contra todo poder seglar y le promete no disminuir al Papa de ninguna manera el usufructo de estos bienes intrasmisibles, ni áun por expropiacion; rotege la libertad del cónclave en la eleccion de Papa, y aspi-

mismo promete libertad de discusion á los Concilios ecuménicos, respetar la libertad absoluta del Papa en el ejercicio de sus funciones eclesiásticas y la libre comunicacion del mismo con el clero, de cuyo servicio necesita ó que á él se dedica; garantiza á los embajadores del Papa en las potencias extranjeras y á los de estas cerca del Papa los mismos privilegios usuales entre los diplomáticos, asegura al Papa en interés de su libre comunicacion con los obispos y el mundo católico una organizacion especial de correos y telégrafos y renuncia someter á la inspeccion del Estado los establecimientos de instruccion y enseñanza del Papa, destinados á la educacion clerical.

La ley de garantías solo contiene aquellas que se refieren á la libertad papal y á la autoridad eclesiástica. No contiene decision alguna sobre garantías de libertad y seguridad civiles, fuera de las generales de derecho privado y penal y del tribunal de justicia á que está sometido el clero, á pesar de su independendencia de la autoridad seglar en materias de disciplina eclesiástica.

La ley castiga todo ataque ú ofensa al Papa con penas mayores. Pero no tiene solucion para este problema: «¿Qué consecuencias tendria un ataque del Papa al órden del Estado y á la paz pública ó una ofensa al rey inferida por el Papa?» A esta laguna que notamos en la ley se refiere nuestro estudio.

Puede creerse que la inmunidad que reconoce al Papa el espíritu de la ley de garantías, vale tambien para casos que serian de accion criminal si otro obispo se permitiera análogas manifestaciones ilegales. Se perdona al Papa sus protestas violentas contra los «impíos bandidos» que criminalmente le han arrebatado su poder sobre Roma, y se toleran con indiferencia los anatemas y maldiciones que arroja contra los regentes, jueces y legisladores. Los italianos se han acostumbrado ya á no impresionarse de los rayos y truenos del lenguaje de la curia romana y á no tomar muy en sério esas exclamaciones. Los italianos tienen, además, el sentimiento de que han dado á Pio IX un gran disgusto y se deciden á escucharle con calma y paciencia.

Pero si las palabras se convirtieran en ataques efectivos, si

el Papa dispusiera contra el rey un ejército de cruzados fanáticos y lo mandara desde su asilo del Vaticano, si tratara de conquistar con armas extranjeras el dominio perdido sobre el Estado pontificio, se vería entonces cómo no se mantenía el privilegio de inmunidad y la ficción de extraterritorialidad con todas sus consecuencias jurídicas de irresponsabilidad é impunidad. El sutil tejido de las cautelas jurídicas no puede detener las balas de los fusiles ni las de los cañones. En la lucha del Estado por su existencia, debe este tratar hostilmente á todo enemigo que le amenace. La ley de garantía no llega hasta impedir al Estado italiano que ocupe en aquel caso el Vaticano y que haga su prisionero al Papa.

Esta reserva no está consignada en la ley de garantías, como fácilmente puede comprenderse. Ella tiene el mismo valor para la seguridad de los *Estados extranjeros*, pues también los otros Estados tienen perfecto derecho á reclamar que no abuse el Papa de su asilo en Roma, atacando desde ese refugio la paz y órden interiores de aquellos. Todos los Estados están obligados á impedir todo acto hostil, todo ataque al órden de otros Estados, y al mismo tiempo están comprometidos á que no sirva su territorio de refugio á los que intentan perturbar la paz de Estados amigos. Italia no puede librarse de este deber internacional con los privilegios que ha otorgado al Papa. Puede proteger cuanto quiera la libertad del Papa para ejercer su autoridad eclesiástica en actos espirituales; pero no puede, de manera alguna, permitirle que ataque á otros Estados; no puede permitir que la curia romana se sirva del territorio italiano como de una segura fortaleza donde fragüe campañas contra un Estado extranjero que mantiene con Italia relaciones amigables y de paz; no puede tampoco conceder una posición inatacable al cuartel general de ese ejército enemigo. En ese caso sería Italia la responsable de los actos hostiles é ilegales del Papa por la connivencia y protección internacional que le concedería.

## II.

## SOBERANÍA VERDADERA Y SOBERANÍA PAPAL.

La ley de garantías concede al Papa «hombres soberanos,» es decir, le considera del mismo modo que á un príncipe reinante y le da privilegios análogos á los que por derecho político ó internacional suelen concederse como soberanos á las personas reinantes.

La verdadera soberanía es indudablemente un concepto *político* y de ninguna manera religioso ó eclesiástico. Soberanía es el poder supremo del Estado, la más alta dignidad. Se tiene á los monarcas por *personas soberanas* porque se los considera constitucionalmente como los depositarios del poder del Estado y como representantes, y en cierto modo, personificación de la magestad del Estado. Como jefe del Estado pontificio tenia ántes el Papa derecho á esta soberanía; pero desde la secularización del Estado pontificio ha cesado de ser un jefe de Estado y no puede ser considerado como persona soberana en el verdadero sentido de la palabra.

Pero si en los tiempos anteriores á la fundación de los Estados pontificios han tenido los Papas dignidad soberana, y tienen hoy semejante privilegio después de la pérdida de sus Estados, ese derecho y esa concesión no se ha fundado nunca en su posición política, sino en la *eclesiástica*. Como *jefes de la Iglesia* y no del Estado, como *Papas* y no como reyes, reclamaron el primer rango en la sociedad de los príncipes; como jefes de la Iglesia enviaron á las Cortes del mundo sus legados, nuncios é internuncios; de la misma manera trataban en los Concordatos que nunca se referían al patrimonio de San Pedro ni á los habitantes de los Estados pontificios, sino á los derechos y deberes de los delegados de la Iglesia romana y de los católicos. No son los Concordatos contratos entre dos Estados, sino de un Estado con la Iglesia romana.

En el espíritu de los Papas romanos se unieron desde la Edad Media la autoridad eclesiástica con el poder político. La antigua tendencia de Roma al dominio universal se

mantiene viva desde hace mil años en toda la historia papal, y renace constantemente ese deseo al contemplar en Roma los monumentos de las antiguas grandezas imperiales y papales. El mundo actual no permite ya la soberanía universal de los Papas. Y aunque todavía la defienden los jesuitas, no es reconocida por Estado alguno moderno. Los mismos soberanos católicos la consideran como una quimera irrealizable, hija de una fantasía desarreglada y de la ambición clerical.

En cambio, encuentra en el mundo católico y aún fuera de este, cierta aceptación el pensamiento de una *soberanía* eclesiástica y no propiamente dicha. No significa esta soberanía el poder supremo del Estado, sino la *suma autoridad eclesiástica* (*summa auctoritas in rebus spiritualibus* y no *summa potestas*). Esta soberanía sólo tiene un sentido espiritual y es únicamente una dignidad eclesiástica. Esta autoridad, desde luego, sólo alcanza lo que la Iglesia católica, porque se funda en la fé á la Iglesia católico-romana, y no en verdades universales humanas. Y aún dentro de esta Iglesia son diversas las opiniones en materias eclesiásticas. Los Concilios de Constanza y Basilea hacían responsable eclesiásticamente al Papa y dieron una autoridad superior á los Concilios ecuménicos.

El Concilio Vaticano de 1870 ha hecho, al contrario, al Papa infalible también para las cosas de la fé y las costumbres y supeditado los Concilios á la autoridad papal. Mas de esta irresponsabilidad eclesiástica no se sigue nada referente á la irresponsabilidad legal que aquí sólo estamos tratando.

Todas las Iglesias no católico-romanas, las protestantes y las greco-católicas combaten, según su fé, esa autoridad del Papa. Principalmente para hacerse independientes de Roma ó conquistar y sostener la libertad de conciencia y de los pueblos ante la autoridad papal, se separaron estas Iglesias de la romana. La soberanía eclesiástica de los Papas no tiene más valor para estas Iglesias que para otra cualquiera no cristiana. Parece á todas ellas una insensata pretensión.

Si los Estados modernos, y no sólo los que tienen una gran mayoría de población católica, conceden al Papa, como jefe

supremo de la Iglesia, honores soberanos y una posición privilegiada, no lo hacen porque se consideren *obligados* á obedecer su autoridad y á reconocerla para sí. El Estado moderno no depende de ninguna suerte de una Iglesia; su autoridad jurídica y política no le permite ser regido por dogmas religiosos ó eclesiásticos. Ven los príncipes católicos, como tales, en el Padre Santo á su supremo maestro espiritual, y le respetan como al sucesor de San Pedro; mas como *jefes de Estado* no están obligados á concederle ningún privilegio.

La soberanía eclesiástica de que gozan los Papas no es un concepto de derecho político ó internacional, así como tampoco la sentencia de un gran filósofo es la autoridad superior científica. La posición privilegiada y excepcional del Papa, su exención de las autoridades comunes, su inmunidad, la libertad completa de sus funciones eclesiásticas y de su correspondencia, los honores soberanos y privilegios, no son concedidos al Papa por deber alguno de derecho de los Estados, sino sólo honorificando y protegiendo la misión *histórica y universal del jefe supremo de una Iglesia universal*, y para mantener los deseos y creencias del *mundo católico* en una paz universal.

La posición del Papa romano es única en el mundo. Sólo tiene comparación, aunque imperfecta, con la creencia de los budistas en la encarnación de Buda en el Dalai-Lama. Si la irresponsabilidad de los soberanos es casi ya un privilegio, la irresponsabilidad análoga del Papa tiene en mayor grado el carácter de una anomalía.

La misma irresponsabilidad de los *jefes de Estado* no es siempre ilimitada. En muchas cuestiones importantes está sujeta á una verdadera responsabilidad.

Los soberanos son sólo irresponsables según el *derecho privado* en cuanto que no pueden ser acusados en persona ante el tribunal civil, pero son en realidad *efectivamente* responsables en cuanto que puede ser llevada su fortuna como persona jurídica ante el tribunal.

Están los soberanos, según el actual *derecho penal* (en la Edad Media era otra cosa), privilegiados y considerados como

irresponsables al sustraerse á la acción penal por algunos crímenes, y porque se prefiere dejar impunes algunas violaciones del derecho á un proceso penal contra el jefe del Estado, disminuyendo su autoridad y perturbando la tranquilidad pública. Pero el tribunal penal moderno se apodera de los auxiliares del soberano y de los que por su encargo han cometido un acto punible. Además, la ineficacia de ese privilegio se mostraría tan pronto como un soberano confiado en su impunidad cometiera delitos graves. Ningun pueblo libre y civilizado consentiría en su trono á un criminal público. Se le pondría bajo protección considerándole como loco, ó se le quitaría su poder en cualquier otra forma, aunque fuese ilegal.

Una cosa semejante sucede con la irresponsabilidad *política* de los soberanos. Comunmente *se completa con la responsabilidad de los ministros*, sin la cual no puede realizarse ningún acto político. La experiencia de la historia de los Estados europeos y americanos, claramente manifiesta que las reglas de la irresponsabilidad soberana, excepcionalmente, se trasforman en responsabilidad política é histórica, cuando entre el pueblo y el príncipe estalla una grave desavenencia y la lucha de los pueblos, por su libertad ó por su necesario desarrollo, se dirige contra el que tiene la misión de protegerla y fomentarla. El destronamiento de muchos príncipes muestra cuán insegura y peligrosa es la supuesta irresponsabilidad.

Finalmente, el derecho internacional sólo entiende un sentido de responsabilidad de los soberanos, no permitiendo á los tribunales formular quejas contra él, y asegurándole por lo regular, el privilegio de inmunidad y extraterritorialidad. Pero en lo principal, son los Estados y sus jefes responsables, bajo el punto de vista internacional, de respetar la paz de los pueblos y cumplir los deberes internacionales. Cada Estado puede ciertamente, por razones de su seguridad, negar entrada en su territorio á un soberano extraño ó desterrarle cuando abusa del derecho de hospitalidad, exigiendo cuenta á él y á su Estado de la violación de la paz y hasta declarándole la guerra. En ese caso, el soberano que ha ofendido y violado

gravemente los derechos de otro Estado, no está seguro de no perder su trono ni de no ser hecho prisionero de guerra.

Sin embargo, no puede hablarse en todas estas relaciones de una análoga posición excepcional del Papa para la simple aplicación de esta responsabilidad ó irresponsabilidad.

Hay que tener en cuenta, además, las siguientes diferencias:

a) Los soberanos políticos se reconocen *recíprocamente* estos privilegios. El Papa no está en estado de poder garantizarlos á otros soberanos, porque carece de todo poder para ello. Él los pretende exclusivamente para sí y le habian de ser concedidos á él sólo y sin reciprocidad.

b) Los jefes de Estado están por su nacionalidad, como jefes de pueblos con quienes se hallan íntimamente unidos por procedencias, historia, cultura, é innumerables lazos de piedad é intereses, por la constitución jurídica y política además y por sus relaciones con un Estado determinado, en el caso de prestar oído á las opiniones y deseos de sus habitantes. El Papa está fuera de los diferentes Estados extranjeros y de sus poblaciones y corre á lo sumo el peligro de que una población católica se le separe, como sucedió en Inglaterra cuando amenace ó perturbe sus derechos y bienestar.

c) No es posible hacer la guerra al Papa como jefe de la Iglesia. La autoridad espiritual sólo puede ser combatida con éxito por medios espirituales. Él no tiene ya que temer tampoco un destronamiento, sino á lo sumo que se le impida su comunicación espiritual con un país cuya paz y derechos haya perturbado.

### III.

#### EXÁMEN HISTÓRICO.

La posición legal de los Papas ha sido siempre considerada de modo muy diferente en las diversas épocas de la historia papal. La ligera mención de estas diferencias es suficiente para mostrar con toda evidencia la movilidad de estos privilegios.

En los tres primeros siglos del cristianismo no puede hablarse de una posición privilegiada de los obispos romanos.

La Iglesia cristiana no fué en manera alguna considerada como amiga por los Estados romanos imperiales en cuyo seno se desarrolló como un cuerpo extraño y no gozó, por consiguiente, de privilegios de ninguna clase. Fué, á lo sumo, tolerada con desconfianza y con mucha frecuencia perseguida y oprimida por peligrosa é ilegal.

Es muy importante para el juicio religioso de la posición excepcional de los Papas el que el fundador de la religión cristiana, Jesucristo, no protestara en manera alguna contra la justicia política de su época y que no reclamara ningún privilegio, sino que al contrario, se sometiera sin dificultad ninguna al tribunal penal, así el del pueblo hebreo como el del romano. Y estaba Jesús convencido, no solo de su inocencia, sino también de su poder al luchar con el Estado, al acatarlo y pedir auxilios á su padre para triunfar. Reprendió al jóven que sacó la espada—á quien llama el Evangelio Simon Pedro—para defenderle contra los sayones. Tampoco pretendieron del Estado privilegio alguno el apóstol Pedro ni los demás apóstoles y obispos de la comunidad cristiana y pagaron muchos con la muerte su obediencia á la autoridad del Estado y sus tribunales. Esto es una prueba de que la religión pudo fundarse y desarrollarse sin privilegio alguno.

Cuando la Iglesia cristiana fué declarada religión del Estado por el imperio *romano-bizantino*, recibieron los obispos algunos privilegios de los emperadores cristianos. Pero todos permanecieron siempre *súbditos del emperador*. Nadie pensaba tampoco en la irresponsabilidad del obispo romano. Los emperadores se reservaban el derecho de hacer justicia á los obispos en los delitos que cometieran. Muchas veces la hicieron los emperadores con los obispos romanos deponiendo Papas, desterrándolos y condenándolos á graves penas. El emperador ortodoxo Justiniano permitió la acusación del Papa Silverio del delito de alta traición, y este fué depuesto y desterrado en 537. También son conocidos los procesos que el arriano rey de los ostro-godos, Teodorico, tuvo que hacer

á los Papas Simanco y Juan á principios del siglo VI. El juicio del primero, acusado de adulterio, lo dejó al Sínodo romano; el del segundo, lo hizo él mismo por ser de alta traicion, y le tuvo preso en las prisiones del Estado. El papado romano estuvo así más de siete siglos, á pesar de su gran autoridad en la doctrina religiosa, bajo la dependencia absoluta del emperador antiguo, en quien se concentraba toda la soberanía, y que estaba en posesion de la suprema justicia, así sobre la Iglesia y sus servidores, como sobre todos los demás súbditos.

En el tercer período en que con el auxilio de los Papas el imperio romano de los griegos pasa á los reyes germanos, primero á los francos y despues á los alemanes, crece apresuradamente la consideracion de los Papas. Podian los Papas, ahora mejor que ántes, pretender una autoridad eclesiástica igual á la de los emperadores, y tal vez superior. Se encontraban muy por cima de los emperadores en saber y cultura. Los emperadores les concedian con gusto, como á padres de su fé, toda clase de honores exteriores. Todavía, sin embargo, en los primeros siglos siguen siendo los emperadores los soberanos de Roma, y consideran al Papa subordinado en este respecto. Muchos emperadores germanos aplicaron su justicia en Roma á los Papas, particularmente los innovadores del imperio, Carlo Magno y Otto el Grande. El emperador Enrique III salvó al papado de la profunda decadencia en que habia caido por las luchas de partidos de los nobles al juzgar á tres Papas simoniacos y destituirlos.

Solo desde los dias de Gregorio VII y de Enrique IV parece realizarse el sueño papal del imperio del mundo. Solo desde entónces comienza el Papa á tomar en la conciencia general de la cristiandad europea rango supremo y superior al de los emperadores mismos. La resistencia de los alemanes impidió ciertamente que se realizara la monarquía espiritual del universo; pero no era ya posible asegurar el antiguo poder de justicia de los emperadores sobre el Papa. Tuvieron que contentarse los emperadores con rechazar el feudalismo de los Papas; pero eran muy débiles para hacer

valer la superioridad del Estado sobre el Pontífice. Vino entonces á imperar la idea de que era el Papa el *soberano supremo* de la cristiandad, y que todos los demás le debían homenaje. Gregorio VII, Inocencio III, Bonifacio VIII, Clemente V y Gregorio IX anunciaban explícitamente que el Papa es el depositario en la tierra del poder divino, y el que gozaba en el mundo terrestre del poder de Dios. Los príncipes y pueblos tenían que inclinarse ante él, y obedecerle en todas las materias de fé y de costumbres. En este tiempo precisamente en que alcanzan los Papas la cima de todo su poderío, el ambicioso Bonifacio VIII, el autor de la Bula *Unam sanctam*, en la cual se atribuía al Papa la supremacía de los dos poderes, no estuvo seguro de caer en las manos de los caballeros del rey de Francia y de ser hecho su prisionero.

Desde el siglo XV, es decir, desde el nacimiento de las grandes nacionalidades y desde los Concilios de Constanza y Basilea y el Renacimiento, no pudieron los Papas sostener por más tiempo su poderío; su autoridad declina, asciende el poder de los Estados y la importancia de las ciencias profanas. La separación de Roma de los pueblos germanos pone al Papa en completa libertad y al propio tiempo en enemistad con las potencias protestantes, que no reconocen preeminencia alguna ni conceden privilegios á los Papas. Los mismos príncipes y Estados católicos se dan cuenta de su independencia nacional, de su libertad política y no vuelven á pensar en doblegarse á las pretensiones romanas, aunque concedan á los Papas una adhesión respetuosa. Pero este tenía entonces una doble posición como *jefe de la Iglesia* y al mismo tiempo como jefe del Estado pontificio. En este respecto, podía, por consiguiente, esperar de los príncipes protestantes el privilegio internacional de jefe de Estado. Mas por el modo con que estaba unido á pretensiones espirituales solo le fué concedido imperfectamente, al ménos por Inglaterra. Con la formación definitiva de los Estados modernos desaparece al fin esta mezcla, esta confusión. El Estado pontificio fué secularizado primeramente en 1806 y después en 1870 y restituido el papado á su misión eclesiástica. Ya no puede hablarse de la

autoridad política de los Papas ni de su superioridad sobre los demás jefes de Estado. Pónese ahora sólo en cuestión si su alta dignidad eclesiástica exige y merece una particular posición legal.

#### IV.

##### RESULTADOS.

Las consideraciones histórico-fundamentales que preceden nos llevan á las siguientes consecuencias:

1.<sup>a</sup> No hay ningun *deber jurídico* universal, así en el derecho político como en el internacional, que obligue al Estado á conceder al Papa una posición privilegiada de derecho, especialmente los privilegios de inmunidad y extraterritorialidad, ni que le libren de su subordinación constitucional á las leyes del Estado y de su sumisión á la ley común.

Ciertos principios *políticos* pueden hacer, sin embargo, que un Estado sólo ó todos los civilizados en general, atendiendo á las creencias y aspiraciones de los habitantes católico-romanos de su territorio, y por consideración también á la importancia histórica del Papado y á su sentido universal, concedan á los Papas una posición excepcional privilegiada, análoga á los derechos soberanos de que están investidos los jefes de Estado.

2.<sup>a</sup> No es posible una *identidad completa* entre la posición de los Papas y la de los soberanos extranjeros, porque las relaciones son fundamentalmente distintas; se puede, empero, conceder á los Papas, *aproximadamente*, un privilegio parecido para la protección de su libertad y ejercicio de su misión espiritual como jefes de la Iglesia católico-romana, pero sin valor alguno temporal.

3.<sup>a</sup> Así los *principios de derecho como los políticos* están conformes en que los Estados, para guardarse de los pretenciosos ataques y enemistades políticas de los Papas, ponen

como condicion al privilegio que les otorgan que por *su parte han de respetar las instituciones constitucionales de los pueblos y que no han de cometer contra los Estados ninguno de los actos prohibidos como contrarios á la paz por el derecho internacional.*

Si no se cumple esta condicion, todo Estado está autorizado para negar al Papa esa proteccion y quitarle ese privilegio.

4.<sup>a</sup> *Seria lo mejor de todo que se estableciera una inteligencia comun entre todos los Estados cristianos ó los más principales para determinar con más exactitud esta condicion y la manera como habia de ser reconocido este privilegio; y se podria proponer el acuerdo tomado á los Papas en los momentos de eleccion, como antiguamente se hacia con los emperadores romanos en la capitulacion electoral, haciendo así depender el reconocimiento público del Papa como jefe de la Iglesia católica de las promesas que hiciera.*

5.<sup>a</sup> A falta de un convenio está autorizado cada Estado á obrar en este sentido.

6.<sup>a</sup> Aunque la libertad del Papa puede ser garantida en el más ámplio sentido, no puede permitir ningun Estado que se abuse de la inviolabilidad de su territorio en detrimento de otro Estado, dando lugar á que se alteren las buenas relaciones existentes. En este respecto es todo Estado responsable ante los otros, no de otro modo que cuando un soberano destronado quiere renovar las hostilidades desde el territorio de una nacion neutral.

J. K. BLUNTSCHLI.



---

## ORÍGEN Y DESARROLLO DEL HOMBRE. <sup>(1)</sup>

---

### II.

Esta teoría, que tanta importancia ha tomado en los últimos años, era, como los vastos eones de la geología y astronomía, confusamente creída por los antiguos. La primitiva forma de religion fué indudablemente el culto á los antecesores ya muertos; y considerada en este concepto la reverencia rendida al cinocéfalo en Egipto y al mono-dios, Hanuman, en la India, no carece de significacion. El Hanuman indio, en verdad, con la forma de un mono de larga cola, está dotado de atributos enteramente humanos, ayudando con sus cuadrillas de monos á construir el puente de Rama; haciendo la guerra á los demonios de Ceilán, y desempeñando la parte más importante en las leyendas indias. Pero no se supone que esta divinidad semi-simia haya existido ántes que la raza humana, sino que ha sido contemporánea del hombre y ha estado subordinada á muchas divinidades más antiguas; y aunque es posible que la leyenda se derive de alguna creencia del Viejo-Mundo en una descendencia simia, es más probable que, como otras muchas leyendas de divinidades semi-humanas, semi-bestiales, se refiera á una época remota de totemismo. Los poetas y filósofos griegos y romanos parece que no han dejado de tener alguna idea vaga acerca del humilde origen del hombre; y sir Charles Lyell comenta de este modo los versos de Horacio, que empiezan *Quum prorepserunt primis animalia terris*. «Cuando los animales sur-

---

(1) Véase el número anterior, pag. 403

gieron por primera vez de la tierra recién formada, mudo é inmundo rebaño, riñeron, con sus uñas y puños, por bellotas y guaridas, despues con clavas, y, por último, con armas que habian forjado, enseñados por la experiencia. Inventaron entónces nombres para las cosas y palabras para expresar sus pensamientos; despues de lo cual empezaron á desistir de la guerra, á fortificar poblaciones y establecer leyes.» (1) En los tiempos modernos fué lord Monboddo el primero que afirmó abiertamente que el hombre descendia del mono, y fué ridiculizado sin reserva en pago de sus trabajos; y sin embargo, no fué él el único que vió la probabilidad de un origen comun, que algunos se explicaban suponiendo que los monos son hombres degenerados en brutos por sus pecados. Quedaba reservado, no obstante, á Darwin colocar la cuestion á la luz de la ciencia, y no cabe duda de que sus conclusiones están ganando terreno dia por dia entre los grandes pensadores contemporáneos, y que las deducciones del naturalista han sido, por lo ménos, parcialmente confirmadas por los descubrimientos de los geólogos y arqueólogos que han probado la antigüedad y gradual desarrollo de la raza humana. Empieza á comprenderse que la teoría de la degradacion es tan inadmisibile, con respecto al estado de los salvajes modernos, como lo es para los monos, y que cada descubrimiento demuestra más plena y conclusivamente el estado universal de salvajismo del hombre primitivo. Quanto más antiguo sea el depósito que contenga huellas de su presencia, tanto más rudimentarios invariablemente son los trabajos que se descubren. Citemos una vez más á Mr. Pengelly cuando trata de la Caverna de Kent:

«Los hombres del estrato negro tuvieron gran variedad de utensilios. Usaban chuzos, fabricaban cerámica, fundian y mezclaban los metales y se adornaban con cuentas de ámbar. Los hombres más antiguos del terreno de Caverna hacian algunos instrumentos manuales de hueso; usaban agujas y podian producir el fuego, y áun perforaban los dientes de los mamíferos para ensartarlos como collares ó brazaletes, pero

---

(1) Antiquity of Man., pág. 379.

no tenían ni husos, ni cerámica, ni metales de clase alguna. Sus más poderosas armas eran de laminillas de pedernal y cuarzo, muchas de ellas simétricamente formadas y rotas con cuidado; pero parece que nunca se les ocurrió pulimentarlas para hacer mayor su eficacia. Los hombres aún más antiguos de la brecha no han dejado ni un solo objeto de hueso, ni indicación alguna de que conocieran el fuego. Hacían utensilios de nódulos, no ya de planchas, de pedernal y cuarzo; utensilios que eran rudimentarios y macizos, tenían poca regularidad de contorno y estaban toscamente tallados. Si eran ó no capaces estos hombres de Caverna (más rudos según eran más antiguos) de algo superior á su estado salvaje, es cosa que no me aventuraré á decir; pero si fueran los descendientes degenerados de hombres en gran manera semejantes á nosotros en facultades y dones, sus progenitores intelectuales están necesariamente ocultos en una antigüedad mucho mayor que aquella de que hemos estado tratando, y en este caso debemos esperar que más ó ménos pronto se encontrarán en depósitos mucho más antiguos que los que se han encontrado en la Caverna de Kent, un número, una variedad y un estilo de restos de la industria humana que eclipsarán completamente las reliquias humanas de dicha Caverna relativamente rudas, aunque en otro concepto preciosas.

»Cuando esto se descubra, puede esperarse que la ciencia estará pronta á reconocerlas y recibirlas con júbilo, y si nunca hubieran de aparecer puede esperarse igualmente que la ciencia pedirá á los partidarios de la degeneración la explicación del hecho» (1).

Pero habiendo ya encontrado al hombre en las mayores profundidades de la barbárie, aún parecería existir un abismo inmenso entre el último de los salvajes y el primero de los monos, pues ningun mono sería capaz de hacer y usar ni el más rudimentario de los utensilios de la brecha, de la Caverna y del aluvion. Los restos humanos referibles á una antigüe-

---

(1) Memorias de la Institucion de Plymouth, 1875, sobre "Utensilios fósiles de pedernal, hallados en la Caverna de Kent.," por W. Pengelly, miembro de la Real Sociedad de Lóndres etc., etc.

dad remota, han sido, por alguna causa no explicada, muy rara vez descubiertos; pero en cuanto alcanzan los testimonios que dan, tienden á probar que el hombre siempre ha sido hombre, y no un mono altamente desarrollado.

Dos notables cráneos de innegada antigüedad han sido medidos y remedidos por los más eminentes craneólogos. El de Engis, que cree Lyell es el más antiguo de los dos, es de un tipo decididamente europeo, braquiocefálico en su forma é igual en capacidad cúbica á la de muchos individuos civilizados de nuestra época; mientras que el de Neanderthal, el más notable en forma que se ha descubierto hasta ahora, y el más semejante en carácter al del mono, está demostrado por la medida, según todas las reglas, que excede al término medio de muchas razas salvajes, y que es próximamente igual en capacidad al de un europeo moderno. Es muy de lamentar que en ámbos ejemplares falten las quijadas y los dientes, que tanto caracterizan la raza; pero quizá debemos notar las peculiaridades del cráneo de Neanderthal que le hacen tan notable. Estas son: una frente muy baja, estrecha y aplastada, con unos arcos superciliares enormemente desarrollados. Estos son característicos del mono, de que participan en menor grado algunas de las razas existentes, y también unos pocos cráneos de menor antigüedad hallados en varias partes, y especialmente en Borreby, en Dinamarca. Hay también otro distintivo del mono en los huesos descubiertos con este cráneo, que ha atraído últimamente considerable atención, pues aparece en muchos de los esqueletos más antiguos que se han descubierto. Este es un aplanamiento peculiar de la espina ó tibia, llamado platyenemismo; pero no se supone que sea señal distintiva de raza, sino más bien producido por ciertos modos de vida, y aún ahora se encuentra en ciertas razas civilizadas. Aunque pueda afirmarse, por consiguiente, que el hombre corresponde y ha correspondido siempre hueso por hueso con los monos más elevados, ó monos antropoideos, cuya morada está reducida al viejo mundo, difiere, sin embargo, en gran manera de ellos en estatura, en el largo relativo del brazo y pierna y, sobre todo, en la capacidad cerebral. Al remontarnos á las razas puras aborígenes,

que permanecen en un estado de barbarie completa, estas diferencias disminuyen considerablemente hasta que en los australianos, bushmanes, esquimales, andamanesios y negros, encontramos una aproximación gradual á los monos en uno ó varios caracteres, dejando, sin embargo, todavía un vasto golfo entre el último de los hombres y el primero de los monos, que aún cuando respecto al volúmen del cerebro, no es tan grande como el que existe entre el último salvaje y el más civilizado de los hombres, no está, sin embargo, como aquel empalmado por una cadena de innumerables eslabones y graduaciones, sino que permanece separado bien definida é terminantemente. Es imposible predecir si se encontrará alguna vez el eslabon ó eslabones que faltan. Si existen, yacen probablemente en lo más profundo del fango del Océano, y por consiguiente, su descubrimiento es más que improbable, porque al seguir retrospectivamente al hombre hasta su origen, tenemos que imaginar un mundo geográficamente distinto en todo y por todo del que ahora habitamos.

Es evidente que el hombre primitivo en su estado inferior de barbarie, teniendo por únicas armas ofensivas y defensivas los rudos utensilios de pedernal del aluvion y de la brecha, y ayudados probablemente por ramas de árboles, debe haberse arrastrado lentamente sobre la superficie de la tierra, sin poder jamás atravesar el Océano para habitar en las remotas regiones en que ha sido hallado en casi el mismo estado salvaje en que suponen que han estado los fabricantes de los pedernales paleolíticos, por más que hoy por hoy no parece que exista ni una sola tribu tan completamente desprovista de todo conocimiento de las artes de la civilización como parecería estar representado por los utensilios de la Caverna de Kent; pero es un hecho significativo y que hace pensar mucho que algunas de las razas inferiores, tales como los australianos de la costa Nordeste, los bushmanes, los hotentotes y los esquimales del Norte no tienen todavía canoas. Ahora bien; aunque las tres últimas razas hayan llegado á su actual morada, aún en el presente estado del mundo, sin ningunos medios de transporte por el agua, es completamente imposible que los australianos puedan haberlo hecho; de

aquí que para mantener la creencia en la unidad de la raza humana, tenemos que suponer que se han arrastrado á su actual posición con las singulares y antiguas Fauna y Flora de aquella retirada region desde el centro comun, en tiempos en que Australia formaba parte de un vasto continente, despues sumergido. Hay muchos que creen que en este continente sumergido estuvo la cuna de la raza humana; que allí, bajo un cielo tropical ó semi-tropical, ciertas tribus semejantes, pero no idénticas á los presentes monos antropoideos (que debe observarse parecen salir todos de un punto cuyo centro seria ese país sumergido) gradualmente se desarrollaron hasta ser hombres separados de los brutos al principio sólo por un paso, pero avanzando lentamente en las artes que distinguen á los hombres: y que en los australianos vemos los primeros pasos de ese desarrollo que no siguió en ulterior progreso por un aislamiento gradual, consecuencia de la lenta sumersion del continente de que una vez formó parte. Es cierto que el tipo australiano, que es tan prominente en el anormal cráneo de Neanderthal y existe en un grado ménos marcado en los de Borreby, está trazado por Huxley tambien en los antiguos egipcios, y sir Walter Elliot lo encuentra aún existente en los dravidas de la India. Y aquí surge la gran cuestion del origen de la raza. La marcada diferencia entre el negro y el europeo es aparente para cuantos los miren; pero el antropologo no se funda solo en el color de la piel para sus clasificaciones de raza, sino en las proporciones del cuerpo y particularmente en la forma del cráneo. Pareceria como que las razas aborígenes más antiguas están en todas partes representadas por razas pequeñas designadas por Mr. Hyde Clarke como pigmeos, entre los que cuenta á los esquimales de Asia y América, bushmanes de Africa, gongas, mincopies, habitantes de la Tierra del Fuego y otros, entre todos los cuales descubre afinidades de lenguaje que en muchos casos están apoyadas por otros rasgos característicos, no sólo personales, sino de usos y costumbres; pero la cuestion, aunque llena de interés, no ha sido aún resuelta satisfactoriamente. Los craneólogos toman como puntos de partida dos tipos distintos de cráneo: el largo y el redondo, como están represen-

tados respectivamente por el de Engis y el de Neanderthal, y encuentran entre estos, innumerables graduaciones; pero están divididos al presente en cuanto á la antigüedad relativa de los dos tipos. Los dos cráneos antes mencionados prueban la existencia de ámbos en Europa en una época remotísima, mientras que los monumentos egipcios demuestran que hace por lo ménos cuatro mil años estaban tan distintamente marcadas como ahora las varias razas asiáticas y africanas. Refiriéndose á la craneología dice Huxley:

«Trácese en el globo una línea desde la Costa de Oro en el Africa Occidental hasta las estepas de la Tartaría. Al extremo Sur y Oeste de esta línea viven los hombres más dolicocefálicos, prognatos, de cabello rizado y de piel negra: los verdaderos negros. Al extremo Norte y Este de la misma línea viven los hombres más braquiocefálicos, ortognatos, de cabello lacio y piel amarillenta: los tártaros y camulcos. Trazando una línea en ángulo recto ó aproximadamente á esta línea polar, que pasara por Europa y el Asia Meridional hasta el Indostan, resultaria una especie de Ecuador al rededor del cual se agrupan razas claras y oscuras, de cabeza redonda, oval y oblonga, prognatos y ortognatos; pero sin poseer ninguna de ellas los caractéres excesivamente marcados del calmuco ó del negro. Es digno de observarse que las regiones de las razas antípodas son antípodas en clima, siendo quizá el mayor contraste que presenta el mundo, el que existe entre las llanas costas aluviales, húmedas, calurosas, de fácil evaporacion de la costa occidental de Africa, y las áridas, elevadas estepas y llanos del Asia central extremadamente frios en invierno y tan léjos del mar como puede estarlo cualquier parte del mundo. Desde el Asia Central en direccion del Este hácia las islas del Pacífico y sub-continentes por una parte y hácia América por otra, disminuyen gradualmente el braquiocefalismo y el ortognatismo, siendo reemplazados por el dolicocefalismo y el prognatismo; sin embargo en el continente americano (en cuya casi totalidad prevalece en gran proporcion, aunque no exclusivamente, el tipo del cráneo redondeado) que en la region del Pacífico, donde, en el continente australiano y en las islas subyacentes, reaparecen el cráneo oblongo, las quija-

das salientes y la piel oscura, tan distantes en otros conceptos del tipo negro, que los etnólogos asignan á estas gentes el título especial de negritos. El cráneo australiano es notable por su estrechez y por lo grueso de sus paredes, especialmente en la region del arco superciliar» (1).

El espesor de las paredes del cráneo parece ser casi tan gran distintivo de una raza como la forma. Muchos de los cráneos más antiguos conocidos son notables por su espesor, y Herodoto há mucho tiempo notó la diferencia en este concepto entre los egipcios y los persas. Las sorprendentes diversidades de tipos que se han encontrado en el mundo, para las cuales no se ha asignado aún ninguna razon adecuada, han dividido á los etnólogos en dos escuelas: la una que mantiene la unidad de la especie humana y atribuye todas las variedades que se conocen á causas naturales que tienen origen en las diferencias de clima, alimento y modo de vida, actuando á través de inmensos períodos de tiempo, y ayudados por mezclas accidentales; la otra que cree que por lo ménos los tipos extremos, han sido creaciones separadas que se han ido amalgamando gradualmente. Ambas escuelas encuentran obstáculos en sus respectivas teorías: pero, caso bastante singular, Darwin es tan fuertemente monogenista en su creencia, como el mayor porfiador por la verdad bíblica, diferenciándose, sin embargo, en esto: que mientras los ortodoxos atribuyen toda la humanidad á una simple pareja en que brotó la vida por el *fiat* Divino hace unos 6.000 años, Darwin hace á la humanidad producto por seleccion natural, de una tribu de simios altamente desarrollados, admitiendo para su gradual progreso en civilizacion un período casi incalculable. La última parte de la teoría de Darwin puede considerarse confirmada por recientes descubrimientos. La primera no puede ser tan claramente demostrada, aunque es preciso confesar que explica muchos hechos de otra manera inexplicables, en cuanto que da una razon probable para el origen de las distinciones y de razas; porque es fácil comprender que si la seleccion natural fuese lo bastante

---

(1) Huxley's *Man's Place in Nature*, pág. 153.

potente para que antecesores solamente humanos á medias produzcan el hombre, aunque rudo, la misma fuerza en actividad durante edades sin cuento, y ayudada por el clima, suelo y alimentacion, bastaria para producir las variedades que vemos. De todas maneras, aunque muchas dificultades entorpecen el paso de los que creen en la unidad de la raza humana, bien por una creacion única, ó como producto del desarrollo por medio de la seleccion natural, son innumerables las que embarazan á los defensores de la poligénesis; porque nada ménos que una sucesion de creaciones milagrosas podria por esta hipótesis explicar el que habiten en tierras remotas gentes parecidas entre sí, no tan sólo en los distintivos físicos, sino en usos y costumbres, en lenguaje y en creencias míticas, aunque algunas hayan avanzado mucho más que otras en el camino de la civilizacion.

Un ingenioso autor, el difunto Dr. Dominico M'Causlana, en su libro titulado: *Adam y los adamitas*, trata de probar que la misma Biblia viene en favor de las opiniones de los poligenistas hablando en varias partes de otras razas además de los hijos de Adam; y en verdad, muchos pasajes de la Escritura pueden citarse á ese efecto, que tienden, cuando ménos, á demostrar que una variedad de razas ha existido desde los albores de la historia y de la tradicion; pero la creencia en la pluralidad de creaciones humanas es tan opuesta á los dogmas teológicos, como los principios de Darwin y la propension de la opinion científica está al lado de los monogenistas. Dando por sentada, sin embargo, la unidad de la raza humana, queda siempre por explicar la divergencia desde muy en los comienzos, en distintas especies ó variedades.

Los etnólogos han estado muy desacordes en cuanto al número de estas variedades; pero la clasificacion de Huxley parece ser la admitida generalmente ahora.—1. El tipo australoide, que se distingue por la piel achocolatada-oscura, ojos pardo-oscuros ó negros, pelo negro generalmente ondeado, cráneo dolicocefálico estrecho, protuberancias de las cejas fuertemente pronunciadas, quijadas salientes, lábios bastos y nariz ancha. Como ejemplos de este tipo tenemos los australianos y los *coolies* de la India meridional. Los antiguos egipcios tam

bien se aproximaban á este tipo, aunque buenas autoridades sostienen que eran una raza africana modificada. Ya se ha notado la afinidad de los cráneos de Neanderthal y de Borreby con este tipo.—2. El negroide, representado, en primer lugar, por el negro de Africa, entre Sahara y el distrito del cabo, incluyendo á Madagascar. El color de la piel varía entre el bazo-oscuro y el castaño-negro, ojos y pelo negro, este último es siempre crespo y lanoso, el cráneo estrecho, dolicocefálico, los arcos superciliares no son prominentes; prognatos, nariz aplastada y ancha, lábios gruesos y salientes. Variedades.—Los bushmanes del Africa meridional, de pequeña estatura y de color amarillento oscuro; los hotentotes, que se supone son resultado de un cruzamiento entre el bushman y el negro comun; los negritos de las islas de Andaman, Malaca, Filipinas y otras, hasta la Nueva Caledonia y Tasmania.—3. El mongoloide, desde Laponia á Siam, de cuerpo rechoncho, color amarillento-oscuro, ojos y pelo negro, braquiocefálicos, nariz aplastada y pequeña y ojos oblicuos. Los chinos y japoneses, á pesar de ser dolicocefálicos, corresponden en otros conceptos con este tipo; y la peculiar oblicuidad de los ojos, tan fuertemente característica de esta raza, puede verse grandemente desarrollada en la tumba Etrusca del Museo Británico, y puede hallarse trazada en esculturas egipcias y pinturas de los primeros tiempos. Variedades.—Los diakos, malayos, polinesios é indios americanos.—4. El xanchochroideo ó blancos-rubios, altos, piel casi incolora, ojos azules ó garzos, pelo que varia de color desde el pajizo al castaño, y cráneo que varía en cuanto á su anchura. Habitan el Norte de Europa, el de Africa, y hasta el Indostan.—5. El melanochróideo, blancos-oscuros, difieren en la oscuridad de color desde el tinte moreno hasta el de la aceituna, y de pelo y ojos hasta el negro; la caja del cuerpo es más débil y la estatura algo más baja. A esta clase corresponde una gran parte de los keltos y de la poblacion de la Europa meridional, como los españoles, griegos y árabes, extendiéndose hasta la India con grados intermedios. El profesor Huxley dá cuenta del tipo melanochroideo como resultado del cruzamiento de los tipos xanlhocroideo y australoi-

de (1). Pero aunque el hecho de la muy temprana division de la raza humana en varias razas es universalmente reconocido, permanecen siendo un misterio las causas que han contribuido en llevar á cabo esa division. Buckli insiste en la omnipotencia del clima, terreno y alimento para causar las diferencias observadas, y son indudablemente poderosos agentes; sin embargo, al parecer en la actualidad, han perdido gran parte de su poder, aunque exista ciertamente una marcada diferencia entre el anglo-americano y el tipo inglés desde la colonizacion de los Estados-Unidos, como quiera que pueda explicarse; y los ingleses trasportados á las colonias, se hacen más altos y robustos y adquieren mayor cantidad de barba que la que tenian en su país, siendo esto tanto más notable al recordar que en algunos casos, los aborígenes de algunas de las colonias son pequeños y están desprovistos de barba. Que el cambio de alimentos obra poderosamente sobre el cerebro, es cosa muy conocida; pero si produce un efecto semejante sobre el cuerpo, no se prueba tan fácilmente. En los animales inferiores hallamos combinado el mayor tamaño con la mayor inteligencia, en el elefante que es completamente herbívoro; pero no podemos imaginar que el hombre haya llegado á ser lo que es, reducido enteramente á una dieta vegetal; sin embargo, los monos, sus más próximos congéneres, viven de frutas, y por accidente de pequeños insectos. Los naturales de tierras eminentemente fructíferas, no tienen más que arrancar y comer, y las facultades inventivas no están estimuladas por la necesidad. Pero si pudiera probarse con verdad que el hombre salió de alguna forma inferior, es probable que alguna calamidad repentina, haciendo necesario un cambio de dieta, trajera consigo tambien un aumento de astucia con el fin de procurar alimentos, y que así se convirtiera el instinto en razon; de esta manera se convirtió el hombre primitivo en cazador y pescador, y, como lo prueban los restos hallados, era preminentemente carnívoro (2). Desde que

---

(1) Véase la Enciclopedia Británica, nueva edicion. Artículo „Anthropology.“

(2) El Dr. Gerland, en su „Anthropologische Batrage,“ considera la agricultura como el primer paso por el que el hombre salió de un estado semi-

los animales no se dejaron cojer para ser comidos, necesitaron emplearse la astucia y la fuerza para satisfacer el adquirido gusto por el alimento animal, y formaron los utensilios con los cuales pudiérase atacar y vencer á la presa. Indudablemente este cambio en hábitos y en alimentos produciría rápidamente una variación de tipo, especialmente en sus primeras etapas, disminuyendo dicha variación según el hombre se iba acostumbrando á una nueva morada, y á nuevos modos de vida. El proverbio «La necesidad es la madre de la invención,» es la clave del progreso del hombre; en tanto que puede satisfacer sus necesidades sin gran molestia, permanece casi estacionario; pero el frío y el hambre estimulan las facultades inventivas y conducen lentamente á la civilización. Sin embargo, los extremos de calor y frío parecen ser igualmente perjudiciales al completo desarrollo de las energías humanas, y, por lo tanto, los etnólogos consideran como cuna del género humano las templadas regiones de la tierra, y, especialmente, el Asia Central; pero que el hombre existió por todas partes en un estado de barbarie anterior á toda civilización, es un hecho probado por el descubrimiento de huellas de un estado más bajo, aún en los sitios más antiguos de civilización, en rudos utensilios de piedra y hueso: y la notable semejanza que se observa en estos utensilios, sea cual fuere el sitio donde se hallaren, parece probar concluyentemente la unidad de la especie, y también que no había, en ese temprano período, llegado á ser tan marcadamente clasificada en variedades como se ha visto luego que ha sucedido. Parece que va ganando terreno la opinión de que este primitivo tipo era el australiano que, esparciéndose desde un centro, probablemente sumergido ahora, puede encontrarse en muchos de los antiguos resíduos hallados. Considerando la clasificación del

---

simio, considerando que nada que no fuera una provision regular de granos le hubiera elevado de su estado de mono, y así él designa su origen al Asia, hacia el Sudoeste de los Himalayas; y cree que cuando las hordas fueron arrojadas por la necesidad de esta cuna de la humanidad, se hicieron cazadores, perdieron hasta la memoria de agricultura, y degeneraron en salvajes; pero esta idea parece contraria á las evidencias arqueológicas establecidas, y está con trovertida por Mr. Tylor en su útil «revista del libro del Dr. Gerland.» Véase *Academy*, Noviembre 27, 1875.

profesor Huxley de los antiguos egipcios bajo esta direccion de la raza humana, observa Mr. Busk:

«No comprendo que el profesor Huxley diga ó indique que cualquiera de las razas egipcias, de las cuales tenemos algunos medios para juzgar en las estátuas y pinturas, se hayan parecido siempre á los australianos existentes, excepto en el pelo, color achocolatado oscuro, y cráneo dolicocefálico, etc.; pero debia recordarse que las razas de que tenemos algun conocimiento actual deben haberse separado de los primitivos habitantes, á los que supongo intentaba aplicar el profesor Huxley su observacion, por incalculables edades y grandes vicisitudes, viniendo á estar sujetos de esta manera á grandes mezclas de sangre] extraña» (1). Y el coronel Lane Fox, considerando esta cuestion, dice:

«La conexion de raza expuesta por el profesor Huxley ha hallado difícilmente aceptacion hasta ahora; pero, aunque parece chocante á primera vista, cuanto más nos fijamos en los testimonios en que descansa, tanto ménos improbable aparece, mirada á la luz de la cultura relativa. He demostrado en otro sitio cuán íntimamente se corresponden algunas de las armas australianas con algunas de las usadas aún en el Alto Nilo: y la notable semejanza que puede observarse en una clase de vageles (la flota de enea australianas comparada con la flota de papyrus de Egipto), que podian muy bien haber sido usados en atravesar pequeñas distancias de isla á isla de los ahora sumergidos fragmentos de tierra que, se supone, han existido antes en partes del hemisferio meridional, es por lo ménos digna de atencion, entre otras pruebas de la misma naturaleza que debian unirse, aunque admito por completo que no es de un carácter convincente por sí sola (2).

Un hecho curioso que apoya el presunto origen australiano de los egipcios es el uso del *boomerang*, que se supuso durante mucho tiempo haber sido una invencion indudable de los originales de Australia, pero que se ha probado ahora que ha sido conocido y usado por los antiguos egipcios; y se

---

(1) Journal of Antropological Institute, discurso del presidente, pág. 478.

(2) Ibid, Early Modis of Navigation, pág. 415.

puede ver que existen tradiciones de su uso tambien en Escandinavia, donde se dice que el martillo de Thor volvía á su mano cuantas veces lo tiraba, mientras que se supone por algunos que el arma retorcida de Saturno se refiere al mismo instrumento. Aún en América están representadas en las rocas del Perú armas que parecen modificaciones de esta singular invencion; pero si tenemos que suponer que estas y otras varias peculiaridades son restos de una raza original de tipo australiano, es muy evidente que el tiempo que requiere esta ancha dispersion debe ser enorme. Si imaginamos que esta raza ha sido la constructora de los rudos utensilios arqueológicos paleolíticos de la Caverna de Kent, que Mr. Pengelly supone pre-glacial, habria grandísimas razones para creer que pereció completamente en Bretaña durante ese período inclemente, y fué despues sucedida por una raza que se habia modificado un tanto en climas más apacibles, y que se asemejaba más próximamente á los bushmanes y laponeses, habiendo aprendido, no tan solo á hacer utensilios de forma mejorada, sino tambien á guarecerse del frio con vestiduras de piel, y que no carecian de cierto conocimiento de arte, si eran realmente, como es probable, semejantes á la raza que nos ha dejado en las Cavernas de Francia ejemplares de grabados en hueso, grabados como los que ejecutan de la misma manera los esquimales, como demuestra sir John Lubbock en su *Prehistoric Times*. Por comparaciones como estas, de armas, artes, lenguaje, mitos y leyendas, puede irse trazando el paso de las razas de país á país sobre la superficie de la tierra, y pueden probarse varias mezclas que han conducido á grandes modificaciones del tipo original; pero el origen de la primera forma y de las tres ó cuatro variedades más tempranas y marcadas, permanece siendo un misterio que no puede resolverse completamente, aunque se han dado grandes pasos hácia ese fin en estos últimos años. Ya algunos naturalistas franceses imaginan que han descubierto huellas de una forma semi-humana en los estratos miocenos; más sus conclusiones no están aún aceptadas para el mundo científico; pero no debe olvidarse que sea cual fuere la antigüedad de los restos humanos hallados en Inglaterra

y Francia, y que por mucho que se hayan aproximado á la forma piticoide, no es en Europa donde debemos esperar encontrar los más antiguos restos del hombre primitivo, ó pruebas del cambio de una forma más baja en confirmacion de la teoría darwinista; por consiguiente, pareceria recomendable que los naturalistas se dedicaran más asiduamente á la investigacion de tierras orientales, y más especialmente deberia Australia ser diligentemente examinada con el objeto de probar la verdad ó falsedad de la teoría moderna, que hace el tipo australoide el del hombre primitivo.

Sea la que quiera la última decision de la ciencia, el hombre permanece preeminente en el rango de los organismos vivos, y á pesar de algunos ejemplos de decadencia, es aún jóven y vigoroso, destinado quizá á ser el progenitor de un sér aún más elevadamente organizado, capaz de llevar á la perfeccion aquellos trabajos, que son ahora tan solo meras sombras y de desear para sí un destino más brillante que todo aquello que no podemos concebir hoy como posible, puesto que la pasada historia del mundo enseña concluyentemente que el progreso es la irrevocable ley de la naturaleza y que ningun paso dado hácia adelante puede ser perdido en definitiva, aunque algunas veces se oscurezca algun tiempo por pisadas más rudas. Así las civilizaciones, lo mismo que los organismos vivos del pasado, aunque algunas veces en apariencia perdidos, han servido tan solo como bases para formas más perfectas de ámbos, y debemos esperar con fundamento que así continuará siendo en ese apartado porvenir hácia el cual nos dirigimos apresuradamente.

E. C.

(*Westminster Review.*)



---

## DUDAS Y CREENCIAS.

---

Á MI BUEN AMIGO EL POETA PORTUGUÉS SEÑOR COSTA GOODOLPHIM.

Muere el hombre, y en polvo convertido  
Vuelve á la madre tierra:  
Y su espíritu engendra creaciones  
Inmortales, eternas.

---

Es débil y mortal, vive en el tiempo,  
Y su vista contempla,  
Entre el pasar de transitorios hechos,  
Permanentes ideas.

---

Ideas que, cual faros luminosos,  
A lo léjos le muestran  
La perfeccion del cielo que, anhelante  
El pensamiento sueña.

---

Y ese sueño, trocado en desengaño,  
En su dolor engendra  
La inspiracion, que inflama poderosa  
La mente del poeta.

---

Si el progreso es Calvario de la vida,  
Si esa lucha tremenda  
Del bien futuro y del dolor presente  
Es infinita, eterna:

---

¿En dónde está de Dios el poderío?  
¿Dónde su providencia?

¿Será acaso morada de precitos  
La terrenal esfera?

. . . . .  
. . . . .

Léjos, léjos de mí dudas impías:  
Yo veo en mi conciencia  
Al Dios que irradia en vívidos fulgores  
Verdad, bien y belleza.

—

Dios es el ideal no realizado,  
Omnipotente fuerza,  
Que por ley de progreso inextinguible  
Eternamente crea.

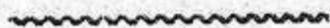
—

Dios es el bien en cuanto siente y vive;  
Él es luz de la ciencia:  
Dios triunfa de la muerte, en la esperanza  
De vida sempiterna.

—

Si murieron los dioses del pasado,  
Jamás muere *la idea*:  
Los orbes rige el ideal divino:  
¡Creo en su omnipotencia!

LUIS VIDART.



---

## ESPAÑA Y LA LIBERTAD

---

OBRA PÓSTUMA DEL CONDE DE MONTALEMBERT.

*Conclusion del extracto.*

### XIII.

No existe un sólo hombre hoy en España que pueda decir: «He sido perjudicado, despojado, encarcelado, desterrado por un jesuita.» Ni aún en el triste y sombrío período de los cuatro siglos últimos, han tenido los jesuitas «una complicidad particular en el mal general.» No conoce el autor un sólo jesuita á quien pueda acusarse de haber explotado en su provecho ó favorecido á la Inquisicion. Muchos, por el contrario, y entre ellos los más ilustres, han sido sus víctimas. Tampoco figura ningun jesuita entre los grandes culpables de la persecucion religiosa. El autor cree conocer la historia de España; pero no sabe si los jesuitas de *La Civiltá* de Roma, que tienen un modo especial de entender la historia, le agradecerán estas afirmaciones. Esos señores son capaces de ostentar como título de gloria lo que el autor considera como sangrienta injuria para los jesuitas españoles, y tal vez estén dispuestos á sostener, si pueden, que ha habido muchos jesuitas verdugos ó, á lo ménos, familiares del Santo Oficio.

Los padres de *La Civiltá* obligan al autor á abrir aquí un paréntesis para consignar que, si bien es hoy, como siempre lo ha sido, abogado de los jesuitas, no los cree á todos igualmente irreprochables. En el momento presente, al hacer un esfuerzo, que tal vez sea el último, en su defensa, necesita formular ciertas reservas. El autor defiende á los jesuitas de

España y de Francia; pero no á los de Roma, que, bajo pretexto de sostener á la Iglesia y á la Santa Sede, «ultrajan »diariamente á la justicia, á la razon y al honor.» No es posible callar ante «los monstruosos escritos de *La Civiltá católica*, »publicados en este año 1868, contra la libertad en general, »y precisamente contra aquellos liberales católicos que, como »el autor, impulsados por la buena fé, han hecho valer y »triunfar en la tribuna parlamentaria el derecho público de »los jesuitas, en nombre de la libertad.»

*La Civiltá católica*, con sus doctrinas, dá á los revolucionarios españoles el derecho de alegar circunstancias atenuantes en su reciente campaña contra la célebre Compañía. Según los padres de *La Civiltá*, la Iglesia no puede coexistir con ninguna de las libertades modernas. Tenia razon Renan, en 1848, cuando proclamaba que la Iglesia «no ha sido ni »será jamás tolerante, y que un católico liberal es forzosa- »mente un hipócrita ó un necio» (a). Cuando el autor pedia para los jesuitas, como para los demás franceses, el derecho de enseñar, *no obraba de buena fé, porque ningun católico liberal puede ser hombre de buena fé*. El autor y los que como él piensan, «son un objeto de desprecio para los católicos no »liberales y para los liberales no católicos» (b).

Por lo visto, para servir bien al catolicismo en la segunda mitad del siglo XIX, no hay nada mejor que la exposicion ante la Europa contemporánea «de todas las teorías y de »todos los ejemplos de persecucion de la Edad Media, justifi- »ficándolos con la aprobacion de algun Papa ó de algun »santo.» Nada más á propósito, verbi gracia, para atraer partidarios á la Iglesia, que el recuerdo de las instrucciones de Pio V á Felipe II, deplorando *la debilidad de este rey en la persecucion de los herejes* (c). Conviene, en sentir de *La Civiltá*, declarar que no hay una sola libertad moderna que no sea perniciosa «y mortal en sus efectos; una peste espiritual »más funesta que la corporal.» Estas afirmaciones se sazonan

---

(a) Palabras de un artículo de *La Civiltá*.

(b) Idem.

(c) Idem.

con citas y disertaciones teológicas, de las que resulta que toda libertad es enfermedad y delirio. No hay una libertad buena y una libertad mala de la prensa, como han dicho los obispos españoles, ni de la conciencia, ni de los cultos; la libertad de la prensa, de la conciencia y de los cultos *son malas* en sí y reprobables en absoluto.

El autor hace observar que cuando reclamaba con otros muchos católicos ante la Cámara de los Pares, ante la de los Diputados y ante la Asamblea nacional, en una campaña de veinte años, la libertad de asociación y de enseñanza para la Iglesia, y especialmente para los jesuitas, fundaba su reclamación en los principios constitucionales modernos y se valía de la libertad de la prensa y de la tribuna.

El virtuoso padre Ravignan seguía la misma conducta, y pedía á los poderes públicos *que la libertad de conciencia fuera una realidad en Francia, como lo era en Inglaterra, en Bélgica y en los Estados-Unidos*. La ley de 1850, que permitió volver á abrir en Francia los colegios de jesuitas, se funda en el texto de la Constitución republicana, que establece «que » todos los franceses profesan libremente su religión, y reciben del Estado igual protección para el ejercicio de su » culto.....» y «tienen el derecho de asociarse y de manifestar » su pensamiento por medio de la prensa, etc.»

Según *La Civiltá*, ni el autor ni sus amigos tenían entonces razón. En buena teología, quien acertaba entonces era Renan, al sostener que el catolicismo, y sobre todo el de los jesuitas, es absolutamente incompatible con la libertad. Pero esto debieron decirlo los jesuitas *entonces*, haciendo saber *entonces* á sus defensores que la libertad es *una peste*, y no reservar su juicio y aprovecharse de esa misma libertad para venir veinte años después á insultarla y á renegar de ella, á la vez que de sus defensores.

El autor ha pasado ya de la edad en que sorprenden la ingratitud y los desengaños, y sin embargo, «al leer tan impudentes palinodias, se le enciende el rostro y se extremece de vergüenza.» El tono «pedagógico é insolente» con que *La Civiltá* habla hoy de hombres dignos, que hace poco tiempo abogaban calurosamente por los derechos de los je-

suitas, en luchas que tal vez pueden renovarse mañana, «es impropio de religiosos y de hombres honrados.»

Tal conducta «podrá ser ortodoxa, pero no es decente.»

Además, es torpe. Si los jesuitas de *La Civiltá* tuvieran, «no ya la política profunda y calculadora que les atribuye el vulgo,» sino algo de buen sentido, no profesarian semejantes doctrinas, ni se crearían tales antecedentes. Debieran aprender en lo pasado, y pensar en lo porvenir. Si los jesuitas hubieran dicho de 1848 á 1858 lo que hoy sostiene *La Civiltá*, ni se les habría permitido volver á abrir sus colegios en Francia, ni un solo soldado francés hubiera ido á Roma á restablecer el poder temporal. Esto en cuanto á lo pasado; respecto de lo porvenir, bien puede profetizarse que más de un jesuita de ámbos mundos habrá de verter lágrimas amargas al encontrar en el camino de la Compañía las páginas que sus cofrades romanos imprimen hoy en su periódico oficial.

¿Cómo pueden admirarse ni quejarse los padres de *La Civiltá* de que los españoles, tres meses despues de tales declaraciones, al proclamar la libertad de cultos, hayan despojado y suprimido á los jesuitas? Han hecho mal seguramente, porque la libertad debe ser respetada, áun en aquellos que no la aman ni la comprenden. Pero en realidad, los *liberalistas* españoles no han hecho más que aplicar las mismas doctrinas de los jesuitas.

«La libertad ha de ser igual para todos. ¡Santa y querida libertad! A pesar de los necios que la maldicen y de los malvados que la mancillan, siempre será el mejor remedio de todos los males, la mejor recompensa de todas las virtudes.» El autor, «aunque se le tenga por un viejo caduco, ó lo que es peor, por tres veces hereje, ha de proclamar la libertad hasta en el último suspiro con un grito de su corazón y de su conciencia.»

Cree el autor, sin embargo, que los jesuitas de *La Civiltá* son meramente *teóricos*, y que puestos en el caso de aplicar sus terribles teorías, ni podrían, ni querrian aplicarlas. En esto se diferencian de los liberales, que profesan en teoría principios excelentes, basados en la justicia y en la humanidad, y luego en la práctica los violan, cuando se trata de

aplicarlos al adversario. El autor tiene la convicción de que entre los padres de *La Civiltá*, á pesar de su celo retrospectivo contra los herejes y los impíos, no hay uno solo capaz de hacer el menor daño á nadie por la mayor gloria de Dios ó del Santo Oficio. Pero es preciso convenir en que han adoptado un singular sistema para servir á la religion y conseguir que la acepte la sociedad moderna. «Presentan á la Iglesia como »si fuera una de esas bestias feroces que llevan los domadores. Miradla, parece que dicen, y comprended lo que quiere, »lo que exige su naturaleza. Hoy está en la jaula, sujeta por »la fuerza de las circunstancias; en este momento no puede »haceros mal; pero tiene uñas y dientes fuertísimos, y sabrá »emplearlos cuando llegue á verse suelta.»

Dicho esto, el autor declara que no por eso deja de ser amigo de la colectividad de los jesuitas y de muchos de ellos en particular. Los jesuitas no han tenido en este siglo entre los laicos un defensor más intrépido, más perseverante, más resuelto ni quizás más eficaz. Esto lo ignoran por lo visto, en la redacción de *La Civiltá: Surrexit novus rex qui ignorabat Joseph*. Pero se decía en los tiempos de Ravignan y de Roothaan, y no lo han olvidado en el campo enemigo. Para los doctores de la democracia francesa, el autor siempre será un jesuita. No se queja y se resigna. Sabe muy bien que si tuviese la desgracia de vivir bastante tiempo para ver el triunfo próximo y pasajero de la demagogia, y un tribunal revolucionario formado por los redactores de *El Siglo* le condenase á sufrir *la justicia del pueblo*, los lectores de ese periódico dirían unánimes: «bien hecho está; un jesuita ménos.»

#### XIV.

Cerrado este paréntesis, «largo, pero oportuno», entra el autor en otras consideraciones de un órden más general, con las que no pretende ciertamente presentar un cuerpo de doctrina, ó una exposicion completa de principios. Estas consideraciones podrian todas resumirse en un consejo que dictan al autor su larga experiencia y su simpatía hácia muchos hombres de bien alarmados y extraviados por falsos profetas

y falsos doctores. Este consejo consiste en abrir los ojos, mirar atrás y adelante y comparar lo pasado con lo presente. Los que esto hagan, exentos de pasión religiosa ó política, verán un contraste digno de atención, el contraste entre lo que ha pasado en 1848 y lo que sucede en 1868.

En todas partes, excepto en aquellos pueblos que eran ya completamente libres, como Inglaterra y Bélgica, la crisis de 1848 ha sido una prueba terrible para los gobiernos, para la sociedad política y civil, para las relaciones internacionales, para la situación relativa de los grandes y pequeños Estados de Europa. En muchos pueblos, y singularmente en Francia, los resultados de la crisis de 1848 han sido funestos. Pero para la religión católica fué ventajosísima, porque le proporcionó muchos triunfos imprevistos, y puso de manifiesto el inmenso progreso realizado desde fines del último siglo en el sentido de la emancipación de la Iglesia y de la extensión de su imperio moral sobre las conciencias.

El clero francés fué popular desde los primeros días de la república de 1848, que trajo la libertad de la enseñanza, de las asociaciones religiosas, de los sínodos y concilios provinciales. Otros resultados produjo además aquella crisis fuera de Francia no ménos importantes, y más estables y duraderos. Las Constituciones proclamaron y garantizaron en Holanda, en Dinamarca, en Prusia, en la Confederación Germánica, la libertad de los católicos. En Austria las leyes de aquella época, si hubieran sido lealmente aceptadas y aplicadas, habrían hecho innecesario el concordato reciente é imposibles las perturbaciones que con él se han producido. La religión no inspiraba en ninguna parte repugnancia; en ninguna parte encontraba resistencia ni hostilidad.

En 1868 todo ha cambiado. El espíritu democrático y revolucionario ha vuelto á ser contrario y hostil á la religión. Donde es más fuerte, toma la iniciativa de la lucha. Donde espera dominar pronto, amenaza. «En los clubs, en los congresos, en París como en Berna, en Lieja como en Ginebra, se oyen contra la religión, y contra la Iglesia católica particularmente, conciertos de invectivas, de maldiciones, de denuncias y de pronósticos homicidas, que dejan muy atrás

»á las medidas de persecucion y despojo del nuevo gobierno español.»

¿Cuáles son las causas de este cambio? Muchas y complejas, y no es posible ni oportuno examinarlas todas en este trabajo. Pero hay una que puede desde luego indicarse. Antes de este cambio ha habido una trasformacion completa en el lenguaje y en la conducta de una parte considerable del público católico. Los periodistas católicos de España, como de otros países, despues de la resurreccion del imperio napoleónico no han dejado un solo dia de proscribir y de negar toda libertad que no fuera la suya propia. Desde 1851 se han roto las tradiciones seguidas por la política y la polémica católica en la primera mitad de este siglo, desde Chateaubriand y O-Connell hasta Lacordaire y Berryer. Hoy se están tocando las consecuencias naturales de este hecho.

El autor, al llegar á este punto, confiesa que en 1851 aprobó y aceptó el golpe de Estado y la dictadura, cometiendo la falta más grande de su vida. Despues de muchas dudas y con mil reservas, participó entónces de la ilusion de la inmensa mayoría de los franceses. Creyó en la necesidad de un golpe de Estado para salvar á la sociedad y á la libertad, que le parecian puestas en peligro por la anarquía. Lo creyó y lo dijo. El autor ha expiado bastante su falta. La ilusion duró quince dias; la expiacion más de quince años, en los cuales ha protestado y luchado sin descanso contra el régimen imperial. Quería una dictadura temporal, un remedio transitorio; nunca pensó que ese remedio hubiera de convertirse en régimen necesario y permanente. Nunca ha admitido ni defendido ninguna de las doctrinas «ciegamente reaccionarias, ó audazmente serviles, que han buscado su arraigo en el nuevo imperio.» «El cesarismo ortodoxo, el fanatismo intolerante, el odio á la elocuencia, á la discusion y á la independendencia parlamentaria, erigidos en teoría política y social, en dogmatismo insolente,» le causaron horror, y no ha cesado despues de combatirlos. El autor ha sido el primero que ha repudiado en Francia «la renovacion de la antigua alianza del trono y del altar, convertida en alianza del cuartel y de la sacristía;» el primero que ha predicho los peligros que debian nacer de

ese régimen, y la inevitable resurrección de las ideas, de las necesidades y de las instituciones, que los amigos del imperio declaraban muertas para siempre.

Después de este acto de contrición, el autor se cree con autoridad para preguntar de qué ha servido el sistema de compresión inaugurado y bendecido por los doctores en teología del segundo imperio. ¿Qué provecho han sacado de ese sistema la religión y la sociedad? A la vez que se imponía el silencio á los defensores de las libertades parlamentarias, se dejaba plena facilidad para publicar periódicos hostiles á la causa católica. El árbol ha dado sus naturales frutos. La diferencia entre los diez y siete años de reinado de Napoleón III y los diez y ocho de Luis Felipe, se comprende comparando los clubs de 1848 con las reuniones públicas autorizadas en 1868. En los primeros, era oído y respetado Lacordaire, con su hábito de dominico. La exaltación del pueblo, vencedor de la monarquía, debía producir naturalmente muchas extravagancias. Pero si los clubs de 1848 eran contrarios al orden público, á lo ménos, nunca ultrajaron á la religión, á la moral, á la dignidad humana.

¡Qué diferencia en 1868! Respétase, ó más bien, se calla el nombre del emperador; pero el de Dios excita clamores salvajes. No se combate sólo á la religión católica ó á los jesuitas, se niega hasta las verdades más elementales y más esenciales del orden intelectual y moral, y esas negaciones se profieren con las formas más violentas de la intolerancia y del fanatismo. ¿Qué ha pasado en estos veinte años? ¿Dónde está *el nuevo Mesías*, ó el Mirabeau, que con sus escritos ó su palabra ha iniciado esas rebeliones y esas amenazas contra la religión? No existe. Lo sucedido es el producto: 1.º De la compresión total de la vida pública en provecho de la política personal del soberano, acompañada ó templada por la licencia impune, exclusivamente, respecto de las instituciones religiosas. 2.º De la complicidad, más aparente que real, pero tenida universalmente por cierta, entre la Iglesia y el cesarismo.

Las manifestaciones contrarias á la religión se han presentado también en Ginebra, en Lieja, en Berna, en todos los

puntos donde se han reunido los llamados demócratas, los filósofos, y á veces los economistas. En todas partes, y en primer término, se votan resoluciones injuriosas y hostiles á la religion.

En Berna se decreta la supresion de la enseñanza religiosa en las escuelas públicas, y como en París, no se respeta más á la libertad que á la religion. El ruso *Bakounine* niega que se pueda ser libre creyendo en Dios, y su compatriota *Wyrouboff* afirma que la libertad de conciencia «no es más que un medio para llegar á la verdad, y luego que la verdad es proclamada, nadie tiene el derecho de continuar profesando el error.» Y véase cómo los extremos se tocan. El profesor de atheismo en un Congreso revolucionario reproduce literalmente la proposicion *El error carece de derecho*, invocada constantemente por los periodistas católicos contra las libertades modernas.

El autor, amigo sincero y obstinado de la libertad, vé en esas manifestaciones (que si le inspiran horror no le causan miedo) las enfermedades y humores inseparables de la vitalidad exuberante de las civilizaciones modernas, y producidas, las más de las veces, por la supresion violenta de la libertad, que es el principal remedio, ya que no el único, para los desórdenes del mundo contemporáneo. No desconoce ni menosprecia el autor ninguno de los principios eternos de la moral social, pero cree que la libertad es indispensable para que esa moral prevalezca y sea respetada. En la convulsion de 1848, los únicos pueblos donde no se alteró el orden ni faltó la seguridad pública, fueron aquellos que tenian de mucho tiempo aclimatada la libertad: Inglaterra, Bélgica, Suecia, Holanda.

## XV.

Todo el mundo (exceptuando los atheos moscovitas y ciertos publicistas católicos) quiere hoy ó promete la libertad. Hay, sin duda, muchos farsantes y muchos hipócritas; ¡cómo no ha de haber falsos liberales, habiendo falsos cristianos! No basta, seguramente, querer la libertad para obtenerla. Para

conquistarla, y, sobre todo, para conservarla, es preciso hacer grandes esfuerzos. Nadie sabe esto por experiencia mejor que los franceses.

Pero, de buena ó de mala fé, el hecho es que los pueblos modernos quieren la libertad y marchan hácia ella con paso irresistible. Más tarde verán si es una realidad ó un fantasma, pero no han de cejar en su propósito. No hay nacion ya que se resigne al antiguo régimen; todas quieren gobernarse á sí mismas, por medio de magistrados ó soberanos responsables y limitados en sus atribuciones.

El antiguo régimen, considerado bajo su aspecto más favorable, no dejaba á los pueblos iniciativa de ningun género. Obedecer y gozar, sin mezclarse en nada, y dirigir sus preces al Dios oficial; esta era la situacion de España, cuando Olivares decia asustado al rey: «No hay hombres;» la situacion de Italia, tal como la hemos conocido en este siglo, y que no hemos de aprobar, por lo que despues hayan hecho Cavour y Garibaldi; la situacion á que habria llegado Francia durante el segundo imperio, si los teólogos políticos hubiesen podido hacer olvidar las tradiciones y principios de 1789. Esta era tambien la situacion de Austria, bajo la larga dominacion de Metternich.

Ante la justicia divina, ningun pueblo merece ser condenado á semejante régimen. Pero, sea ó no justo, ninguno lo acepta con resignacion. Algunos mueren; otros reobran contra su pasado, como Portugal, España é Italia, con tanta mayor violencia, cuanto más violenta y dura fué la compresion. Cítese un solo pueblo, antiguo ó moderno, donde el absolutismo haya dado buenos frutos y logrado sostenerse, ó se haya restaurado despues de caer.

La misma Turquía no quiere ya el absolutismo. Este imperio, terror en un tiempo de los cristianos, se vé hoy minado y atraído gradualmente por la civilizacion liberal. Proclamó y respetó lealmente la libertad religiosa; hoy aspira á la política. El sultan, en su discurso de 10 de Mayo de 1868, dice al Consejo de Estado: «El deber del Estado consiste en garantizar siempre al individuo el derecho á la libertad.» A este punto ha llegado ya el sucesor y representante de Mahoma,

el jefe de cien millones de musulmanes, habituados á inclinarse ciegamente ante el Koran y la cimitarra.

Otra voz más imponente y augusta que la de todos los autócratas debe citar el autor. Berryer, el rey de la palabra, el gran ciudadano, el cristiano grande y humilde á la vez, después de sesenta años de luchar y trabajar por el antiguo derecho, muere con la frente levantada, intrépido, como en los días de sus más brillantes batallas. Desde su lecho de muerte, después de cumplir todos los deberes del católico, escribe á Enrique V, anunciándole «que va á llevar al cielo sus votos, »no solamente por el triunfo del derecho hereditario, sino »por el establecimiento y el desarrollo de las libertades que »necesita el pueblo francés.» ¡Rayo de luz consolador y sublime; sol que, al terminar un glorioso y laborioso día, se presenta, venciendo las tinieblas, para desaparecer en todo su esplendor!

No; Francia no estará siempre privada de la libertad. Cuando sea digna de ella, le bastará un soplo para alcanzarla, y un poco de virtud para firmarla; de esa virtud, gloria de los ingleses y de los húngaros, que consiste en la indomable perseverancia, acompañada de una moderación invencible. Pero, mientras se prepara á reaparecer en Francia, la libertad triunfa ó triunfará en todas partes, más allá del Atlántico como al otro lado de la Mancha, en el Rhin como en el Danubio.

## XVI.

¿Pueden los católicos permanecer hostiles, en el seno de la sociedad moderna, á esa libertad, tan apetecida por los demás hombres?

No habla el autor de la libertad teológica ó dogmática, sino de la libertad práctica, tal como existe en todos los pueblos de Europa y de América. ¿Cuál va á ser la actitud de los católicos? Problema terrible, que el autor no se propone resolver, ni aún plantear. Los hechos lo plantean con imperiosa é invencible elocuencia.

Sea cual fuere la resolución que den á este problema Dios y los pueblos, esa solución trae consecuencias lógicas é in-

evitables históricamente. Si los católicos quieren, ó deben, vivir fuera de la ley comun, serán los ilotas de la sociedad moderna. Podrán repudiar la libertad ó no aprovecharla, pero «en ninguna parte podrán reivindicarla y, sobre todo, conseguirla para ellos solos.» Ya es obra difícil la de reclamar la libertad de enseñanza, de la asociación y de la prensa católica, cuando se declara que esas libertades son *malas en sí*, y se protesta que sólo los católicos tienen derecho á poseerlas, y que sólo por necesidad se aceptan en los demás hombres. Esta pretension despierta la desconfianza y la hostilidad hácia el catolicismo. Supongamos unos viajeros que habiendo caminado juntos, se acercan hambrientos y ateridos á la posada. ¿Qué pensaríamos de aquellos de esos viajeros que, en el momento de entrar, ó antes, tuviesen la feliz idea de decir á sus compañeros: «Todos tenemos hambre y frio; pero sólo nosotros tenemos derecho á comer y á calentarnos ante el hogar. La casa es nuestra; si hoy os dejamos entrar, es porque carecemos de fuerza para impedirlo; pero, en cuanto podamos, os echaremos á la calle?» Esos viajeros quedarían seguramente privados del comun refugio, porque todos los demás se unirían contra ellos. En este ejemplo hay una imágen vulgar, pero exacta, de la situación de los católicos intolerantes é intransigentes.

Esta conducta favorece al racionalismo impío. Si los católicos quieren privilegios, habrá privilegios; pero contra los católicos, para los cuales se hará una excepcion al derecho comun, «motivada y justificada» por sus pretensiones exclusivas.

Todos los perseguidores y calumniadores de la religion católica fundarán sus medidas de proscripción y de confiscacion de la Iglesia en el lenguaje de esos católicos de *L'Univers*, que, despues de alabar al cardenal *Bonnechose* porque ha reclamado la libertad de enseñanza, reivindicán en el mismo número para el obispo de Argel la libertad de predicar el Evangelio á los árabes, y añaden «que Francia ha sido castigada justamente por haber cometido, en 1790, la falta de admitir á los judíos al ejercicio de los cargos públicos.» El arzobispo Manning, que declara en Inglaterra que «la abso-

«luta igualdad en materia de religion es la única política que conviene al imperio británico,» protesta y grita cuando vé que esa misma igualdad se plantea en otros países sometidos hasta hoy á la intolerancia. Hay católicos que rasgan sus vestiduras porque se concede á los judíos en Hungría la igualdad civil y política con los católicos y los protestantes, y encuentran admirable que el bajá turco de Jerusalem ofrezca una escolta y rinda público homenaje á la procesion del Santísimo Sacramento. Hace un siglo, uno y otro hecho eran imposibles; hoy no sólo son posibles, sino inseparables.

Aún veremos durante algun tiempo contradicciones de este género; pero durarán poco. No ha de parecerse siempre la sociedad moderna á los calvinistas ginebrinos, que condenaban á muerte á los que se convertian al catolicismo, y protestaban luego contra la revocacion del edicto de Nantes.

La sociedad no puede perdonar á los católicos que tengan dos pesos y dos medidas. Monseñor de Salinis, en su cínica y demasiado famosa pastoral de 1853 (un mes despues del restablecimiento del imperio), preguntaba: «¿Estamos, acaso, obligados á no aceptar la justicia para nosotros hasta despues de que se haya hecho justicia á todo el mundo?»

«Sí, afirma el autor; estais rigorosamente obligados; sabedlo, obispos y clérigos, religiosos y cristianos; estais obligados, si no por la teología de los casuistas, por la probidad, por la conciencia de los hombres honrados, por vuestro mismo honor, que debe ser cien veces más puro y delicado que el de los demás mortales.» Guizot lo ha dicho con exactitud maravillosa: «El mundo y Dios, si es posible presentir la suprema justicia, son severos para las faltas de los hombres de bien. Estos no deben quejarse de esa severidad, porque los enaltece.»

¡Qué diferencia entre el lenguaje de monseñor de Salinis y el del episcopado francés, en 1847, cuando pedia la libertad de enseñanza! Su espíritu está en la noble frase del obispo de Ajaccio: «No queremos ser libres, sino á condicion de que sea libre todo el mundo.»

Pero se dirá que han cambiado los tiempos, y la Iglesia se

prepara á celebrar un Concilio ecuménico para condenar las ideas y las instituciones del mundo moderno.

¿Hará esto el próximo Concilio? Desde luego debe notarse, como lo ha hecho el obispo de Orleans, que tendrá para su reunion en este siglo maldecido, facilidades mucho mayores que las que tuvo el Concilio de Trento al concluir la Edad Media. Además, serán obedecidas y aceptadas sus resoluciones más pronto que las de Trento; las cuales encontraron gran oposicion en casi todos los Estados católicos. Pero el Concilio venidero no hará ni más ni ménos que el de Trento; no saldrá del dogma y de la disciplina; y aquí no se trata ni de disciplina ni de dogma, sino de política y de historia.

En los cánones del Concilio de Trento no hay una palabra que se refiera á la inmensa y radical trasformacion histórica y política que por entónces se operaba en el mundo cristiano, y que dá al siglo XVI un carácter de transicion que tambien tiene el XIX. Todos los católicos han sufrido esa trasformacion y se han conformado, pasando del feudalismo y de las monarquías de la Edad Media al régimen de la soberanía única y nacional, ejercida en los pueblos germánicos por reyes vigilados y auxiliados por asambleas, y en los pueblos latinos por monarquías absolutas. El próximo Concilio se reune cuando la monarquía no tiene ya en ninguna parte el carácter que recibió ó usurpó en el siglo XVI; cuando la monarquía no es ya más que una pieza en el vasto mecanismo de la democracia moderna. Quiéranlo ó no, los católicos están engranados en ese mecanismo, y el Concilio no les ayudará á emanciparse de él, sino por las verdades y las virtudes eternas aplicables á todos los sistemas de gobierno y á todos los siglos. El Concilio no hará un curso de historia, ni de política, y, sobre todo, «no condenará á los católicos á dar la preferencia á Felipe II sobre Enrique IV.»

No pretende el autor dar lecciones al Papa, ni á los obispos. Pero puede darlas á los publicistas, que no saben más que el autor, que quizás saben ménos; á los periodistas, y aún á los jesuitas, cuando se meten á publicar periódicos. Los doctores de esta especie no son inviolables ni infalibles. El autor empezó siendo periodista, y lo es al concluir su vida, y

considera esta profesion «como la más útil y honrada de todas, cuando se ejerce con fé, y buena fé. Si ésta falta, el periodismo puede ser el oficio más vil y despreciable.» Lo mismo dice de la profesion del soldado, «gloriosa y digna de envidia si se ejerce por el deber y la honra; oficio de bandido y de asesino cuando lo explotan la estupidez y el crimen.» «Por eso repudia toda solidariedad con los delatores, los detractores, los acusadores perpétuos, que hacen del periodismo católico un abuso no ménos peligroso, y más censurable que los que comete la prensa revolucionaria; que pretenden dominar y explotar á la Iglesia, como los demagogos pretenden dominar y explotar á la libertad.» Dios quiera que las futuras generaciones puedan decir con el Apocalípsis: *«Proiectus est accusator fratrum nostrorum, qui accusabat illos die ac nocte.»*

Si el autor tuviese autoridad para dar lecciones á los obispos, y los creyera dispuestos á intervenir en las cuestiones políticas, les pediria que no tomasen por la voz de los fieles la de esos energúmenos, que en ciertos periódicos se complacen en poner á los católicos en una situacion imposible. Les pediria que tuviesen en cuenta los votos y las necesidades de los innumerables cristianos que quieren vivir la vida de su patria y de su tiempo, y ser franceses en Francia, ingleses en Inglaterra, americanos en América. Esos cristianos quieren que no se les haga imposible la vida. No impiden á nadie vivir como en el siglo XII ó XVII, pero desean que se les permita ser hombres de su época en el traje, las ideas, los derechos y las costumbres. No proscriben á nadie, pero quieren no ser proscritos. Pretenden que no se les condene á tener dos morales, una para el confesonario, otra para la vida civil.

Pero el autor no quiere dirigirse más que á los publicistas, «á los escritores pesimistas, oráculos de la desesperacion.» No se atribuye el carácter de profeta; es un cristiano, resignado á la mezcla de bien y de mal que hay en el mundo. «Siempre ha querido y esperado lo que hoy quiere y espera: el imperio pacífico de la fé y de la verdad por medio del respeto recíproco de todas las conciencias; la conciliacion entre lo pasado y lo presente;» la paz y la concordia, que á lo

ménos en teoría, han presidido siempre á la alianza de la Iglesia y del Estado. El autor espera que ese espíritu ha de acabar por dominar en las nuevas condiciones que esa alianza, indispensable é inevitable, hará nacer en la sociedad moderna. El acuerdo entre la Iglesia y el Estado es tan legítimo como necesario; pero sus formas y condiciones han variado y varían continuamente en el tiempo. Las del porvenir serán mejores que las antiguas, aunque nunca podrán llegar á ser perfectas, porque la perfeccion es imposible en el mundo, como lo son todas las soluciones radicales y ciertos soñados renacimientos.

Lo pasado no puede volver. Nuestro tiempo es digno de censura; pero no tanto como suponen ciertas gentes, que se creen superiores á él, y que debieran tener las virtudes de la modestia y de la humildad, tan necesarias en los teólogos que se dedican á la política, y en los políticos que pretenden ser teólogos.

Tres veces ciegos es el que crea que puede restablecerse lo que se ha destruido desde 1789. La historia no nos presenta una sola restauracion verdadera ó completa. Tres ha habido en Francia en este siglo; pero ¿en qué se parecia la vieja monarquía á la de 1814? ¿Y la segunda república á la primera? En nada. En cuanto al segundo imperio, no ha llegado aún el momento de juzgarlo; pero bien puede decirse que en nada se parece al primero.

No aconseja el autor que se provoquen ó aceleren ciertos cambios y reformas; pero despues de realizados, ¿por qué temerlos ó deplorarlos? Respeta la opinion de los adoradores del régimen antiguo; pero les dice: «Ese régimen se ha ido ó se va de todas partes. Está muerto; lloradlo si quereis; el autor no lo llora. La Iglesia no está muerta ni es mortal. La sociedad vive. La Europa vive. Vosotros no estais muertos todavía, y nuestros enemigos viven y quieren vivir, á pesar de vuestras lamentaciones y lúgubres profecías. No seais de esos hombres que no tienen esperanza.» La nueva sociedad, mala ó buena, pero llena de vigor, reemplaza en todas partes á la antigua. Es preciso aceptar este hecho sin desesperarse, porque, si bien todo ha cambiado en las formas exteriores,

el fondo siempre es el mismo, y la misma la humanidad con sus peligros, sus miserias y sus virtudes. Si los cristianos quieren salvarse y salvar á sus prógimos, pueden hacerlo hoy quizás mejor que en ninguna otra época.

Ciertos hombres gritan: «Todo se ha perdido,» cuando no se ha perdido nada. No ha sucedido tal vez lo que esperaban y deseaban los católicos; pero esto no constituye un desastre irreparable. J. de Maistre escribía en 1807: «Mientras he podido, he conservado la esperanza de que los fieles serian llamados á reconstruir el edificio; pero hoy me parece que nuevos obreros avanzan en la profunda oscuridad del porvenir, y que Su Magestad la Providencia dice: *Ecce nova facio omnia.*»

## XVII.

Se preguntará cuál es la conclusion que el autor saca de lo dicho, y responde ingénuamente que ninguna. No pretende constituir un sistema ó una regla absoluta. Le faltan el derecho y la fuerza, y ni el tiempo ni el lugar son propios para tal objeto. En vez de conclusion dará un consejo que ya ha indicado antes, y que la Escritura formula así: *si quis habet aurem, audiat.* Que no se diga de los católicos: *Oculos habent et non videbunt; aures habent et non audient.* Quiere decir esto en lenguaje vulgar, que es preciso abrir los ojos y los oidos, y ver y aprender lo que pasa en el mundo para poder vivir en él. La política es á la vez ciencia y arte. Importa mucho conocer sus principios; la lógica y la moral no deben dejar de ejercer en ella sus eternos derechos; pero la observacion de los hechos es aún quizás más necesaria. Sin los hechos y contra los hechos, nada se puede. Los hay atroces é inícuos como la muerte de Luis XVI ó el suplicio de Polonia, y estos no deben aprobarse nunca. Pero hay otros, cometidos si se quiere con mala intencion, cuyas consecuencias á la larga se hacen inofensivas y hasta pueden conducir al bien. Dios saca el bien del mal, y antes de aceptar ó de repudiar estos hechos, deben estudiarse con calma y resolucion para comprenderlos bien y llegar á la verdad. Y esta verdad es preci-

so saber decírsela á sí mismo antes de pretender decirla á los demás, y es preciso saberla decir, no sólo á los adversarios, sino á las personas respetadas y queridas.

San Agustin habla en alguna parte de la alegría suprema que produce la verdad. ¡Feliz mil veces el que la sirve y defiende! ¡Feliz el que puede decirse ante Dios al declinar de la vida, que declara la verdad, y *toda la verdad*; no una verdad mutilada, disfrazada por el espíritu de partido teológico ó político!

¡La verdad! ¡Dulce es amarla y servirla en la vejez con una pasion más desinteresada que en la juventud! El autor cuando era jóven defendia con entusiasmo aquello que creia justo y verdadero; pero lo hacia pensando siempre en la lucha, en la publicidad y ¿por qué no decirlo? en la gloria. Hoy, en la oscuridad, en la inaccion, en el olvido, sometido á una dolencia implacable, siente que ama á la verdad con más pasion que nunca. La ama por sí misma, *como se ama á una persona*, y le consagrará su último suspiro, su último esfuerzo. A la verdad eterna primero, á la que la única religion verdadera posee y proclama. Despues á la verdad humana, condicion y garantía de equidad en las cosas humanas, que necesita, aún más que la verdad religiosa, ser defendida y entendida por los hombres.

No debe ciertamente desdeñarse lo que ha sido regla, honor y fé de nuestros padres. ¿Quién puede acusar de tal sentimiento al autor, que ha pasado su vida investigando las glorias de pasados siglos, y vengando la memoria de los santos y de los héroes? El autor es ya una ruina, y no ha de negar á las ruinas respeto y simpatía.

Es imposible, sin duda, librarse de cierta tristeza religiosa al contemplar, en lo presente como en lo pasado, las miserias y aberraciones de la humanidad, que se reproducirán seguramente en lo porvenir. ¿Quién puede atravesar la vida sin dolores ni desengaños; sin decirse, como el poeta:

*Sunt lacrymæ rerum, et mentem mortalia tangunt?*

Pero hay dos tristezas. Una viril, otra senil ó pueril. Hay la tristeza que se origina de la naturaleza de las cosas y de la

experiencia de la vida; tristeza propia de las almas puras y honradas, que no desarma al hombre, sino que lo fortifica. Y hay otra tristeza adusta, displicente, que maldice y amenaza; cobarde desesperacion, que degenera á menudo en postracion y muerte, y de la que conviene huir como del fuego.

Si fuera lícito ponerse á sí mismo por ejemplo, el autor confesaria que la nada de las empresas y esperanzas humanas le causa profunda tristeza en todo lo que le es personal. ¿De qué podría hoy alegrarse? Su partido, sus esfuerzos, sus opiniones están hoy vencidos. Y sin embargo, el autor tiene una invencible confianza en lo porvenir. Las luchas, las tempestades, los naufragios mismos de la sociedad moderna le arrancan un grito de esperanza. ¿Quién podrá censurarle por ello? Esa esperanza es completamente desinteresada. Lo porvenir no tiene ilusiones ni probabilidades de triunfo para el autor. Su muerte está próxima; ya no necesita conquistar sufragios ni conciliar partidos. No ha de buscar ahora una popularidad que no ha deseado ni tenido nunca. Hijo de la sociedad antigua, nada debe á la sociedad moderna, de la que nada espera tampoco. Es, pues, desinteresado y sincero al decir su creencia de que el bien ha de vencer, que vence ya al mal, y está resuelto á proclamar esta creencia hasta el último momento, no solo por sinceridad, sino por caridad y amor á sus semejantes y á su posteridad.

El autor ha sido jóven, y se acuerda y siente aún aquellos ardores de sus primeros años, aquellos trasportes de admiracion y de resolucion por el bien, seguidos de abatimiento y de amargura á la vista del mal y de la mentira triunfantes. Sabe, por tanto, cuánto necesita la juventud de una creencia, de una intuicion cierta y luminosa que la ayude á luchar contra las decepciones y los dolores de la vida.

El autor quisiera tranquilizar, ilustrar, fortificar á la juventud. Quisiera inspirarle la confianza y la alegría serena, sin las que no hay accion seria y duradera en la vida humana. Por eso dice y dirá hasta el último momento, que á pesar de las exageraciones y furiosos de los partidos extremos, á pesar de los que predicán á las clases inferiores el ódio y la corrupcion, á pesar de los que para hacernos amar el Papado,

profetizan que Dios ha de servirse de las piedras del Vaticano, para aplastar nuestros hogares y nuestros sepulcros, *el siglo presente vale más que todos los anteriores.*

«No se debe calumniar á nuestro tiempo,» ha dicho el sábio obispo de Orleans. «El espíritu de la época impone á  
»los gobiernos mayor equidad con la Iglesia y destruye las  
»antiguas preocupaciones, que hasta hace poco se oponian á  
»su accion. La Iglesia se regocija de ver en todas partes leyes  
»más justas, medidas ménos opresivas, á los pequeños prote-  
»gidos, á los pobres mejor asistidos, á los esclavos emanci-  
»pados.

»En cuanto al autor, desde su retiro se inclina respetuosa-  
»mente ante lo pasado, pero hace justicia á lo presente y sa-  
»luda á lo porvenir, al progreso verdadero, áun mezclado  
»con errores y extravíos, pero abundantísimo en bienes in-  
»mensos é imprevistos para las criaturas de Dios. Saluda á la  
»reparticion, aún insuficiente, pero más igual cada dia, de los  
»bienes temporales, de la riqueza pública. Vé la arrogancia  
»de los ricos y de los poderosos de la tierra, aún insoportable  
»y odiosa en ciertos casos, pero mucho más contenida y do-  
»mada que en los tiempos de San Luis. Vé á la esclavitud,  
»lote incomprensible de tantos millares de hombres creados  
»á imágen de Dios, abolida en provecho de los negros como  
»de los blancos. Vé á la libertad, aún muy combatida, aún  
»muy en peligro, principalmente por culpa de sus abogados;  
»aún muy atrasada, sobre todo en esa Francia, que hubiera  
»debido ser su cuna y su santuario inviolable, pero segura,  
»muy segura, de triunfar pronto, así en Europa como en  
»América. Vé ya desde ahora las infamias, las persecuciones,  
»las proscriciones en masa, las deportaciones, los actos de  
»despojo, hace poco tan generales y tan aplaudidos ¡ay! en  
»todas partes, rechazados hasta el fondo de Rusia, y con-  
»servados por ese pueblo sólo, en detrimento de la santa é  
»infortunada, pero inmortal, Polonia. Vé á la religion, aún  
»lejos de disfrutar el imperio que le reserva el porvenir, pero  
»mucho mejor conocida, mejor amada, mejor servida que en  
»los tiempos anteriores al actual. Contempla, en fin, con ad-  
»miracion á la humanidad en su conjunto, bien lejos aún

»de lo que debe y puede ser, pero ménos explotada, ménos  
»oprimida, ménos ultrajada, ménos corrompida que en todos  
»y en cualquiera de los pasados siglos.

»Los que vivan verán. El autor tiene por indudable y por  
»indubitado el hecho de que el mundo religioso y político  
»vale más en 1868 que en 1800, más ciertamente que en 1700,  
»y probablemente más que en 1600. No vá más allá, para no  
»tener que hacer un curso de historia, y deduce que el  
»siglo XX valdrá por lo ménos tanto como el XIX. Por eso  
»se prepara á morir, repitiendo con Horacio, citado y purifi-  
»cado por el conde de Maistre:

»*Spem bonam certamque domum reporto.*»

25 de Diciembre de 1868.

Nuestros lectores conocen ya por el anterior extracto, que hemos procurado hacer con exactitud completa y severa imparcialidad, la última obra del ilustre, religioso y honrado conde de Montalembert. En uno de los números próximos, cumpliendo el compromiso que hemos contraído al empezar la publicacion del extracto, expondremos nuestra leal y humilde opinion sobre esta obra notabilísima, cuyo autor nos inspira, aún en aquellas ocasiones en que nos parece que se equivoca, viva simpatía y profundísimo respeto.

GABRIEL RODRIGUEZ.

---

# LA CLAVELLINA AZUL.

POEMA.

Á MI AMIGA LA SEÑORITA DOÑA MARÍA DEL PILAR RÁNCEL.

## CANTO PRIMERO.

LAS FLORES PASAN.

### I.

Treinta años tiene, y dé hastío  
se muere el pobre baron;  
es de noche, siente frio,  
arroja al fuego un tizon  
y exclama:—¡Qué desvarío!  
mi frio es del corazon.  
Pues murió cuanto he amado,  
nada me queda que hacer  
sino vivir del pasado.—  
Abre luego un *secreter*,  
saca un libro encuadernado,  
y así comienza á leer:

### II.

«La he visto, y al mirarla frente á frente  
he temblado de dicha y de dolor;  
estaba escrita en su mirada ardiente  
mi sentencia de amor.»

### III.

«Ella miró; yo la ví.  
¿Me amas? mi voz preguntó;  
si su voz dijo que no  
su mirar dijo que sí.  
Desde entónces aprendí  
que son pueriles enojos  
sufrir por dos lábios rojos  
que al pecho causan agravios;  
que á veces niegan los lábios  
lo que confiesan los ojos.»

## IV.

«Como en uno se juntan los colores  
en la paleta que el pintor prepara;  
cual dos notas que forman un suspiro  
robado á un arpa.

Cual dos olas que rien y se chocan  
y en una se confunden y se enlazan,  
así cuando nos vimos se juntaron  
nuestras dos almas.»

## V.

«*Marzo catorce.* Del color del cielo  
era el traje de seda que hoy vestia,  
y negro cual sus ojos era el velo  
que sobre el rostro el viento removia.  
La he mirado en silencio, y he sentido  
su mano que en mi brazo descansaba;  
despues miré el azul de su vestido  
que al gemir de la seda se alejaba.  
Despues..... Cuando perdíase en el valle  
con breve paso y gracia peregrina,  
por el color y la esbeltez del talle  
me pareció azulada clavellina.»

## VI.

Al llegar aquí el baron,  
llevó con triste ademan  
una mano al corazon  
y dijo:—De aquel volcan  
aún siento la combustion.—



## CANTO SEGUNDO.

LAS HOJAS SE MARCHITAN.

## I.

¿Quién cuando niño en apacible otoño,  
corriendo por los valles,  
no vió las nieblas que en girones cruzan  
los verdes prados al morir la tarde?

¿Quién no vió del vapor en los reflejos  
lagos, torres, ciudades,  
montes de nieve, gasas gigantescas  
y ejércitos de sombras sepulcrales?

Se corre en pos de la ilusion, se llega,  
y todo es sombra y aire;

se sigue, y á la espalda y á lo léjos  
surge otra vez la perseguida imágen.

## II.

El baron pretendia  
no mirar el fantasma del pasado  
que en el fondo de su alma aparecia;  
y cuanto más huía,  
por la distancia más hermozeado,  
más plácido y feliz le sonreia.

## III.

Y murmuraba el baron  
con infantil sencillez:

—La amé con tanta pasion,  
que mi pobre corazon  
no puede amar otra vez.

## IV.

Y un dia en que besaba delirante  
un papel y unas flores que guardaba  
como únicos recuerdos de su amante,  
con tristeza exclamaba:

—¿Qué me queda de aquel sueño de amores?

Una página escrita,  
una flor ya marchita,  
un recuerdo que vive de dolor.

Tambien junto á las tumbas nacen flores;  
tambien las tumbas inscripcion reciben;  
tambien recuerdos de las tumbas viven;  
tambien murió mi amor.

## V.

Despues, con la audaz bravura  
de la fiebre ó la locura,  
se avalanza sobre el pliego,  
sonrie con amargura,  
lo rompe y lo arroja al fuego.  
Y no teniendo valor  
de condenar á la flor  
al castigo del papel,  
el cerrado mirador  
abre y la arroja por él.

## CANTO TERCERO.

## INVIERNO.

## I.

Se engaña quien imagina  
desarraigar la pasión  
que en el corazón germina.  
¿Quién arrancará la espina  
sin que muera el corazón?

## II.

Después del día aquel, ¡cuántas veladas  
absorto y delirante  
pasaba imaginando que en la lumbre,  
que un infierno pequeño parecía,  
la carta de su amante  
rota y quemada súbito surgía!  
Y unas veces, cual rauda meteoro  
que los espacios cruza en noche oscura,  
como en lluvia de luz, de amor las frases  
con asombro veía  
escritas en el aire, en letras de oro;  
y al saltar una chispa que fulgura,  
imaginaba en loco desvarío  
leer un *yo te adoro*  
y ver escrito en fuego un *Cárlos mio*.  
Y al recordar sus dichas amorosas,  
veía en los fantásticos encajes  
de ráfagas y luces caprichosas  
surgir y deshacerse los paisajes.  
De la ceniza en la nevada cumbre  
la casa de María;  
allá lejos los bosques y collados  
al reflejo de aurora que la lumbre  
con luz de rosa envía;  
la llama sobre el leño ennegrecido  
ondula como diáfana corriente,  
y de un valle de fuego en la vertiente  
tiembla una sombra, cruje un estallido,  
y el admirado amante en su embeleso  
ve en la sombra la falda de un vestido  
y oye en la leña el estallar de un beso.

## III.

Por eso en esta ocasión  
dijo otra vez el barón:

—Con tan loca insensatez  
la amé, que no sin razon  
pienso que mi corazon  
no puede amar otra vez.

## IV.

Y no pudiendo olvidar  
la carta y la flor azul,  
dejó su casa y su hogar  
y no paró de viajar  
desde Madrid á Stambul.

## CANTO CUARTO.

## PRIMAVERA.

## I.

El cielo estaba azul, el sol ardia,  
la brisa murmuraba;  
todo sobre la tierra sonreia:  
era Abril que llegaba.  
Del estanque en las olas  
rielaba la luz del firmamento,  
y en sus aguas hundian las corolas,  
azotadas del viento,  
azules campanillas,  
y flores amarillas  
y rojas amapolas.  
Florecian la zarza y los espinos  
que se extienden á un lado en los caminos,  
y las verdes laderas,  
y el almendro, y el árbol del amor:  
y trepaban ligeras,  
los troncos de los sauces y los pinos,  
altas enredaderas  
que abren al viento su morada flor.  
Todo sobre la tierra sonreia:  
la brisa murmuraba,  
el cielo estaba azul, el sol ardia:  
era Abril que llegaba.

## II.

Decian en el zaguan  
los criados del barón:  
—Baja el coche á la estacion  
y á las nueve llegarán.

## III.

—En los dos años que ha faltado usía  
nadie ha entrado hasta aquí.  
—Está bien. Vete. En tan hermoso dia  
bello estará el jardin.

. . . . .  
. . . . .

—¡Qué miro! ¡Oh Dios! ¿La flor marchita y lácia  
que aquel dia arrojé,  
prendió, y subiendo en ondulante gracia  
en mi balcon se vé?

## IV.

Preocupado y sombrío  
penetró en la habitacion;  
mas, realidad ó extra vío,  
oyó decir: ¡Cárlos mio!  
con acento de pasion.

Volvió espantados los ojos,  
vió en el suelo los despojos  
de sus memorias escritas,  
y dijo lleno de enojos:

—¡Conciencia, por qué me gritas!

## V.

«*Marzo catorce.* Del color del cielo  
era el traje de seda que hoy vestia,  
y negro cual sus ojos era el velo  
que sobre el rostro el viento removia.  
La he mirado en silencio y he sentido  
su mano que en mi brazo descansaba;  
despues miré el azul de su vestido  
que al gemir de la seda se alejaba;  
despues..... Cuando perdíase en el valle  
con breve paso y gracia peregrina  
por el color y la esbeltez del talle  
me pareció azulada clavellina.»

## VI.

Rompió el papel el baron  
cuando acabó de leer,  
á tiempo que en el salon  
entró una hermosa mujer.

Miéntas se oyó en el zaguan:

—¿Para curar el *esplin*,  
los nobles de España irán  
á enamorarse á Berlin?

## CANTO QUINTO.

### LAS FLORES VUELVEN.

#### I.

Cuenta la historia que despues del dia  
en que volvió el baron en compañía  
de la Vénus prusiana, que es su esposa,  
ya no volvió á acordarse de María.

#### II.

Mas cuando llega la estacion hermosa  
en que la tierra cúbrese de flores,  
hasta el balcon se suben columpiando  
largas enredaderas,  
que en florecer son siempre las primeras  
de las brisas de Abril al soplo blando.  
No son lilas, ni lirios, ni abedules,  
no son sino pequeñas campanillas  
de cálices azules,  
que nacieron de aquellas florecillas  
lanzadas al espacio  
por el hastiado dueño de un palacio.

#### III.

Sus recuerdos de dichas y de amores  
imaginó el baron  
arrancar, arrojando aquellas flores  
por encima del hierro de un balcon.  
Mas vano afan; las flores arrojadas  
brotaron en el suelo de un verjel,  
y sus pasiones yertas y apagadas  
de nuevo un dia fueron evocadas  
y nacieron en él.

Del corazon la eterna primavera  
ignoraba el baron, y en su quimera,  
por no poder amar huyó á Stambul;  
y el dia en que volvió regenerado  
adorando á una hermosa compañera,  
imágen de su amor resucitado,  
vió en su balcon la CLAVELLINA AZUL.

RICARDO BLANCO ASENJO.

---

## UN ACONTECIMIENTO MUSICAL.

---

### REPRESENTACION DE «LA HIJA DE JEPHTÉ» EN EL TEATRO REAL.

Poco más de dos años hará que un jóven compositor, recién salido de las aulas del Conservatorio, se dió á conocer por sus producciones musicales, dirigiendo en nuestro primer teatro lírico la obra que destinó al certámen del premio de la Academia de Bellas Artes en Roma, creada por el gobierno de la república, y con la cual alcanzó el honroso puesto que hoy ocupa en la capital de Italia.

Este jóven compositor era Chapi; la ópera laureada *Las Naves de Cortés*. Entónces la prensa toda y el mundo *dilettanti*, preocupado con aquel suceso, vió en este primer paso de la carrera artística del jóven alicantino todo un porvenir musical para nuestra pátria, tanto más necesitada de su regeneracion, cuanto que por desgracia son muy raros los que persiguen con constancia y fé un ideal ó cultivan el arte con inteligencia y entusiasmo.

El que esto escribe, al dar cuenta de este suceso, decia entónces en un periódico literario: «*Las Naves de Cortés* descubren en el Sr. Chapi un pensamiento tan puro, unas miras tan elevadas y un concepto tan perfecto de la mision y papel del arte musical contemporáneo, que faltariamos á nuestra conciencia si, al trazar estas líneas, no consignásemos aquí todo el valor é importancia de esta produccion artística; que ha de formar época seguramente en los anales del drama lírico en España.» Hoy se nos dá á conocer Chapi con una nueva produccion, y lejos de ver defraudadas nuestras esperanzas, perdidas nuestras ilusiones, sin fundamento los auspicios que entónces se hicieron, *La Hija de Jephthé*, estrenada el 12 de Mayo último, ha venido á confirmar elocuentemente cuanto del jóven laureado de Roma dijo la prensa y el público pensó al escuchar su primera partitura, mereciendo así mismo la más favorable acogida y los aplausos de cuantos aman el arte y saben recompensar dignamente á los que le profesan.

Hé aquí el *Acontecimiento musical* que sirve de epígrafe á nuestro artículo, y cuya trascendental importancia para el arte en España merece meditarse seriamente, ya que por desgracia tan escasos se muestran aquellos en esta como en las demás esferas que el arte pueda manifestarnos. Tal es el objeto al cual vamos á consagrar nuestras consideraciones, un tanto inoportunas quizá para despertar interés en nuestros lectores, olvidados ya de *La Hija de Jephthé* y

hasta de su autor, pero no por esos inconvenientes, tratándose de un asunto que tan directamente afecta á nuestra cultura nacional, ni ménos necesaria para dejar sentada como se merece, la reputacion de un artista tan modesto como aprovechado, y merced á cuya laboriosidad y talento ha podido conjurar los grandes obstáculos que, desde que llegó á Madrid, se opusieron á la libre manifestacion de sus facultades artísticas.

Nuestros lectores habrán leído ya la crítica que toda la prensa ha hecho de la nueva produccion del Sr. Chapi. Tanto por esta como por la impresion que sintió el público en sus dos representaciones en nuestro real coliseo, habrán seguramente deducido el valor musical de *La Hija de Jephthé* y formado el juicio más ó ménos aproximado conforme á estos datos. Atentos hoy nosotros á cuanto en este sentido se ha dicho y se ha escrito, de casi todo lo cual dista mucho el concepto que antes de la representacion, en la representacion y despues de la representacion habiamos formado, porque si no veiamos en ella un modelo de arte, veiamos sí sus gérmenes, y en estos gérmenes, frutos exuberantes para el porvenir; distantes igualmente en nuestros juicios y apreciaciones, lo mismo de los pesimistas que la censuran con acritud, porque no ven en ella páginas como las de Meyerbeer ó Gounod, que de los apasionados que la consideran intachable ó sin defectos, y poniéndonos por último en el punto de vista que juzgamos único y necesario para su recta apreciacion, trataremos de esclarecer la verdad poniendo de relieve tanto sus bellezas como sus defectos, para que así nuestros lectores puedan formar una idea, si no completa y exacta, todo lo justa y aproximada por lo ménos que sea posible. La crítica debe de ser seria y reflexiva si ha de ilustrar y persuadir; hacerla de otra forma y con otros fines, es oscurecer la verdad y extraviar la opinion.

### I.

Entre los múltiples aspectos bajo los cuales puede considerarse *La Hija de Jephthé*, aparece como primero y capital á nuestro espíritu el que se refiere al género de composicion ó sistema musical adoptado por el Sr. Chapi, aspecto que por ser á nuestro modo de ver en este momento el más importante y á la vez el que más elocuentemente determina el valor artístico de toda la partitura, vamos á darle la preferencia exponiéndole á nuestros lectores antes de analizar el contenido de la composicion musical.

Bajo este punto de vista la obra del Sr. Chapi ha merecido, y con razon, los plácemes, no tan solo de los inteligentes, sino tambien de los verdaderos aficionados, que ven en aquel otro discípulo más de su *escuela* predilecta, hoy seguida por la mayor parte de los artistas extranjeros que desean entrar en las corrientes modernas y construir sobre las últimas conquistas de la música las concepciones del porvenir.

De cortas proporciones, aunque superiores sin duda á las de *Las Naves de Cortés* y desarrollada con más amplitud y libertad, la nueva obra que nos ocupa revela ya una tendencia fija y determinada hácia la realizacion de las teorías de la escuela militante en Europa, cuyas simpatías no trata de ocultar el señor Chapi por más que muestra alguna inclinacion á entrar en las últimas doctri-

nas musicales. Con este decidido propósito y sin abandonar un momento aquellos procedimientos que usaron los grandes maestros, la obra se desenvuelve y marcha sin decaer un momento dentro precisamente del *sistema armónico* de la escuela de Meyerbeer, adoptada y consagrada por el *dilettantismo* ilustrado; este sistema que determina hoy el movimiento y el espíritu musical de nuestra época y que, relacionando los dos grandes principios, que desde hace tanto tiempo vienen luchando en el campo de la música, ámbos exclusivistas y contrarios en sus teorías, ha dado por resultado un principio superior armónico, merced al cual han venido á desaparecer los dos opuestos ideales de pasados tiempos.

Este carácter predominante de la ópera de Chapi, que ha dado motivo á censuras, un tanto ligeras, de la crítica, y á injustificadas reconvenciones de ilusos escolásticos, tiene su esplicacion natural y lógica, y prueba, contra esa misma crítica, que no es la originalidad el deseo que ha animado á nuestro jóven compositor al dar forma musical á *La hija de Jephthé*. Chapi se encuentra precisamente en ese *período crítico* de la vida artística, en que la fantasía no obra con absoluta y entera independencia, ni la concepcion aparece con propia y libre individualidad: en ese *momento* en que toda creacion tiene que ir revestida necesariamente de un carácter imitativo, como resultado de las circunstancias históricas en que nace y se desenvuelve ante el espíritu. Jóven aún, por más que su talento y cultura musical sean todo lo grandes que queramos suponer y los medios de ejecucion tan extraordinarios como se puede imaginar, Chapi no debia, ni podia tampoco, sin traspasar las leyes de la vida espiritual, manifestarse en *La hija de Jephthé* con toda la personalidad, con toda la independencia propia y característica de edad y esperiencia superiores; ni mucho ménos emancipado y libre del que pudiéramos llamar *molde y tipo*, reconocido y consagrado por el gusto musical contemporáneo. *La hija de Jephthé*, por tanto, más bien que como revelacion artística del génio personal de su autor, donde veamos como fotografiado su propio carácter y su individualidad musical, debe considerarse como el estado actual de su espíritu, como el grado de su organizacion para la música, como la síntesis, en fin, de su extraordinaria cultura artística. Tal es la situacion del discípulo predilecto del Sr. Arrieta, respecto de su última concepcion musical. Consecuente en estos principios y dentro de este mismo carácter, que dejamos señalado, como distintivo peculiar del organismo lírico de *La hija de Jephthé*, el artista concibe y desarrolla su obra, cumpliendo con todas las condiciones exigidas por la estética y conforme á los principios del drama lírico moderno. Fundida íntimamente con el asunto ó pensamiento poético, esencialmente descriptiva y apropiada á la letra, de la cual no aparta la vista el compositor, llena de dificultades técnicas de todo género, y abundante en bellezas melódicas, rítmicas y orquestales, la música toda nos ofrece un interés vivísimo, siempre creciente, cuyo carácter parece revelarnos el empeño que ha puesto su autor por mostrar, no tanto sus indisputables facultades artísticas en lo que al compositor y al armonista se refiere, cuanto su poderosa intuicion musical y decidida aptitud para el arte.

Sin ocultarnos sus instintos y tendencias, así como su claro concepto de los fines que la ópera debe realizar para llegar al *ideal* que hoy se presiente-

Chapi no pierde jamás de vista el asunto ó el pensamiento que motiva la acción dramática. Sabe á dónde va y lo que hace, y como tiene conciencia de ello, no se aparta un punto del camino que se ha trazado, lanzándose por *extraviadas* sendas, para halagar con efectos de relumbron al público ligero ó distraído, ó sacando resortes vulgares, ya gastados y de mal gusto en esta época. Más sério que todo eso, más concienzudo y severo consigo mismo, el Sr. Chapi ha querido prescindir de vanos aplausos en muchas ocasiones y ha sabido sacrificar un gusto, pueril y ridículo despues de todo, á la satisfaccion real y completa de verdadero artista. Otros harian otra cosa y seguirian otro procedimiento. Chapi cree en la religion del arte, y, consecuente con su creencia, profesa sus dogmas y practica sus principios.

En este concepto, y aun á riesgo de disgustar á muchos, el compositor, siguiendo las ideas de Platon sobre la belleza, léjos de abandonarse á los impulsos de su fantasía, de suyo peligrosos en este género de composiciones, traza cuadros con vigor y magestad, y presenta los personajes con colorido y carácter, pero siempre con la verdad que la escena dramática exige y sin faltar á los principios que el arte señala á la ópera moderna. Porque es preciso tener en cuenta que lo bello musical en el drama lírico, más que en el efecto parcial acústico, producido por una série de *melodías sentimentales* de más ó ménos gusto y accesible al oido, se realiza en un resultado complejo, determinado por la mayor armonía posible del libro con la música, de la belleza poética con la belleza musical, del canto con la orquesta, de los elementos armónicos con los melódicos, del pensamiento, en fin, con el corazon y el sentimiento. Estas son las condiciones que hoy demanda nuestro tiempo al compositor, y los principios á que debe subordinarse el drama musical, condiciones que, en nuestro concepto, ha tratado de cumplir el Sr. Chapi en su *Hija de Jephthé*, no sin correr gravísimos riesgos, dadas las desventajosas circunstancias del libreto del Sr. Arnao. Si, conforme á estos principios que el jóven compositor español ha seguido en la nueva partitura, ha llegado ó no al objeto que se ha propuesto, y dentro de este sistema ha obtenido el resultado apetecido, realizando con él todas las condiciones que hoy se exigen en el teatro, ó por el público, no es este el momento oportuno para que nosotros lo digamos.

De todos modos, el Sr. Chapi, al emprender este camino y entrar de lleno en los nuevos procedimientos, *no por amor propio, ni para escalar y dominar de un salto todos los lugares del arte*, que esto no cabe en él, sino por ineludibles exigencias de su conciencia ilustrada, ha demostrado, á pesar de cuantas censuras se le han dirigido, que tiene condiciones, por lo ménos, para continuarle y ánimo para proseguir hasta su último término aquel ideal. Sabe lo aque es el arte, y lo que en arte han hecho todos los génios musicales; conoce lo que queda por conseguir despues de los modelos que nos ha dejado el primer reformador del drama lírico de nuestro siglo y de los que hoy contemplamos de las glorias musicales de nuestra época; lo demás es muy secundario y el tiempo se lo resolverá fácilmente al jóven autor de *La hija de Jephthé*.

Hechas estas ligeras consideraciones generales, que son la síntesis de la obra musical, vamos ahora, para completar nuestro estudio, á decir cuatro palabras sobre las partes que contiene y el valor estético de todas ellas.

## II.

Prescindimos desde luego del poema *La hija de Jephthé*, cuyo valor estético y literario es tan problemático, y empezamos por el análisis musical, que es lo que aquí procede y nos interesa. Tiene la *partitura*, si mal no recordamos, seis números correspondientes á otras tantas situaciones capitales que el poeta ha tratado en su *libreto*, y se inicia su asunto con un ligero *preludio* orquestal, ajustado perfectamente á las proporciones del drama. Este *preludio*, que es esencialmente descriptivo, constituye tambien uno de los períodos mejor desenvueltos y más bellos de la obra. El compositor parece que ha querido en él darnos una idea del carácter severo y religioso del pueblo de Israel con todos aquellos bellísimos diseños, llevados en la orquesta por las *familias instrumentales* más delicadas y que con más propiedad expresan aquel sentimiento, combiniándolas con tanta discrecion, y disponiéndolas de una manera tan bella para la expresion de las ideas musicales, que se hace simpático desde luego y predispone favorablemente á la audicion de la ópera. Sin hacer pausa, ni notarse apenas la transicion, entra á reforzar la orquesta, desenvolviendo el tema principal, en el cual se hallan contenidos todos sus elementos siguientes, un *coro* de jóvenes israelitas de un perfume oriental perfectamente marcado y bien sentido, tan puro y delicado en su *melodía*, como rico y nutrido en armonías vocales é instrumentacion. El excesivo número de versos que el poeta ha puesto en esta como en las demás partes del drama, hace que resulte un poco pesado para el público, ya fatigado, como es natural, de ver al coro diez minutos en escena. Por lo demás, su corte es elegante como composicion, y nada deja que desear en cuanto al colorido. El pequeño *recitado* de Leila, el *andante* y el *coro* que alterna con éste, brillan, más por sus detalles de composicion, que por la unidad del conjunto. Haciendo alarde de un conocimiento poco comun de los resortes de la orquesta y de los efectos de rara sonoridad, el Sr. Chapi ha preferido dar toda la importancia dramática á los instrumentos, dejando al cantante casi reducido al carácter declamador y expositivo en la accion dramática. El elemento vocal, cuya inportancia en esta parte no puede desconocerse, carece, sin embargo, de efecto saliente, resultando lánguido al final, por más que el compositor haya empleado todos los recursos del arte.

La entrada de Ruben en escena indicada en la orquesta con un *ritmo* precipitado, de un gusto dudoso por cierto, prepara un larguísimo *duo* cantado por Ruben y la hija de Jephthé, que trae inmediatamente á la memoria otro muy notable de cierta ópera predilecta de nuestro público. La *frase* es muy cortada, la melodía, aunque no muy brillante, es apasionada y no carece de efecto musical, distinguiéndose todo el trabajo orquestal, tanto por su riqueza de formas, como por el desenvolvimiento de la frase. El *allegro* con que termina el *duo* está en relacion y observa todas las condiciones de la factura reconocida; no es de un gran efecto escénico ni arrebatada al público; pero tampoco tiene nada de vulgar ni presenta ese estilo estrepitoso y de mal gusto que es tan frecuente en algunos maestros. Por lo demás, el músico en este *duo*, aprisionado y reducido por el libretista á un triste papel, despues de hacer esfuerzos supremos, tocando cuantos resortes dramáticos le suministra la orquesta, no ha llegado á

conseguir sino un éxito regular para el público. Un lejano toque de trompetas anuncia la llegada del ejército victorioso de Jephté, y pone fin al insípido coloquio de los dos amantes. El drama llega á su punto culminante, bajo el punto de vista musical, con la gran *marcha é hi no*, que empieza á desarrollarse al entrar en escena los soldados del juez de Israel. Amplio y elegante el motivo de la marcha, llevado por el metal en su principio, adquiere extraordinarias proporciones despues en la orquesta y concluye de un modo admirable envuelto en la masa coral. Esta pieza, que ha sido justamente considerada como la perla de la partitura, y que realmente no tiene precedente en la historia de nuestra música nacional, ha puesto á Chapi, no solo á la altura de un maestro compositor, sino tambien de un verdadero artista que siente el arte y la belleza y sabe realizarla ante el público. Es preciso, para formarse una idea de este período musical, oírle en el teatro y fijarse detenidamente en todos los detalles de instrumentacion y armonía. Juegan tres poderosos elementos en esta escena: la banda militar, que inicia la *marcha*; el *coro*, que canta el *himno*, y la *orquesta*, por último, que, con todas sus *familias*, armoniza y desarrolla los *motivos* de la *banda* y el *coro*, formando un magnífico conjunto, cuyo *crescendo*, de una gran intensidad dramática, provoca indefectiblemente los aplausos del público.

Entra un nuevo personaje en escena, Jephté. No tiene más que un pequeño *recitado*, que es distinguido y de no escaso mérito, dada la dificultad que estos elementos del drama ofrecen hasta á los más hábiles compositores; pero el señor Chapi ha sabido dar un carácter tan severo á la melodía de Jephté, que con solo una pincelada nos hace conocer toda la austeridad bíblica del personaje.

La escena en este momento presenta un magnífico cuadro de grandísimo efecto plástico. El pueblo de Israel va á celebrar el triunfo de Jephté sobre los ammonitas. Entónces Chapi, tocando nuevos resortes, como el que persigue su ideal con fé y entusiasmo, desarrolla esta escena con un *bailable* lleno de gracia y originalidad. Conocedor de la importancia que hoy tiene el baile en el drama musical, Chapi no podia ignorar tampoco toda la belleza que su concurso habia de prestar al espectáculo para pasarle por alto en ocasion tan oportuna. La música de este *bailable* es rara y caprichosa y, sobre todo, de un tinte muy adecuado y característico. Su gusto oriental, recuerda el arte hebraico con tal espresion, que insensiblemente aparecen á nuestra fantasía aquellas fiestas sagradas del pueblo israelita, consignadas en el Viejo Testamento, donde el baile y la música unidos constituian su fiesta predilecta. Ritmo, instrumentacion y desarrollo musical formarian en este *número* una página musical de primer órden, si el compositor hubiese limitado sus proporciones extraordinarias. El empleo de las arpas y panderas, instrumentos peculiares de aquella época, acusan claramente en este momento que Chapi no descuida ni áun los detalles más insignificantes que puedan contribuir á la verdad de la accion como elemento primordial artístico en este género de composiciones. Con tales circunstancias el éxito de esta pieza no podia ser dudoso para el público, que la acogió con las mayores muestras de entusiasmo.

El drama toca á su cúspide terminada esta escena. La fatalidad va á cumplir su destino al aparecer Leila, que corre presurosa á abrazar á su padre. Esta

página musical, que comprende hasta la terminación del *concertante*, está escrita con más inteligencia que arte y llama más la atención por su ciencia, que por el efecto estético que produce. Sin embargo, los sentimientos que se agitan en todos los personajes, el conflicto que surge ante la realización del voto de Jephthé, hecho á Dios por el triunfo del pueblo de Israel sobre los amonitas, el fuego de encontradas y opuestas pasiones, las circunstancias críticas del padre de Leila en frente de dos deberes sagrados, que necesariamente debe cumplir, el religioso y el moral; el dolor de Ruben ante la pérdida de su prometida Leila, la resignación de esta con su suerte fatal, la consternación y el sentimiento del pueblo, que vé ahora toda la verdad de aquel sueño que les refería la hija de Jephthé, todo este cuadro admirable, en fin, digno del pincel bíblico de Miguel-Angel, ha encontrado los más brillantes colores en la paleta del compositor, y es, sin disputa, uno de los más acabados de la partitura, que hace honor á Chapi, tanto por la inteligencia con que están tratadas las masas instrumentales y vocales, como por los vastísimos conocimientos que supone el desarrollo de tan complicada y difícil situación. Sin esas proporciones colosales y sin la maravillosa arquitectura de los grandes conjuntos que constituyen en un génio ilustre, primer músico de historia, lo verdaderamente típico de sus más sublimes concepciones, pero rico en detalles musicales de todo género, este *concertante*, tanto por el desarrollo de su complicado pensamiento como por el orden y armonía de sus partes, bastaría para acreditar dignamente á su autor, si ya no se hubiera conquistado un puesto envidiable entre los compositores españoles.

Quédanos, para concluir este pesado análisis, la última escena de la obra, de la cual daremos cuenta en breves palabras. Tiene lugar el desenlace dramático: Jephthé, cumpliendo su voto, se decide á sacrificar á su hija, víctima destinada á la satisfacción de tan impía promesa; el pueblo, compadecido, se interpone en el momento de levantar el puñal el juez israelita, y en tono suplicante le pide deje á Leila su vida dos lunas por lo ménos, para prepararse á la muerte y hacer penitencia. Entónces Leila, arrojada á los pies de Jephthé, que le pide cariñosa su paternal bendición, parte para el desierto, despidiéndose con lágrimas en los ojos de Ruben y sus amigas, y exhalando el último y eterno *adios* á su querida patria. La escena, como se vé, no puede ser más interesante ni más dramática, aún sin faltar á la verdad histórica. Y el músico, dicho sea en honor de la verdad, de tal modo lo ha comprendido así, que ha hecho una de las piezas más acabadas y de mejor efecto de toda la obra. Sin que en rigor pueda decirse que es original, Chapi la desenvuelve con una discreción y novedad que seduce y agrada extraordinariamente. Es sencillamente una especie de *romanza*, reforzada despues con el coro y armonizada por la orquesta. La *melodía* es distinguida y de un esquisito sentimiento, y se destaca perfectamente en medio de los dulces *acordes* de las masas, produciendo el conjunto un efecto dramático-musical, que el público queda agradablemente impresionado y conmovido. Las justas proporciones de este final, la manera de conducirlo, tanto en lo que se refiere al conjunto como á las partes, y al elemento vocal como al instrumental, su dibujo, en fin, y su colorido en íntima relación con el pensamiento poético, hacen, repetimos, de esta pieza, no la mejor bajo

el punto de *vista científico*, pero sí la más interesante y de mejor efecto para el público, estéticamente considerada. Si Chapi en este momento no tiene el mérito de la libre inspiración, del propio pensamiento musical, de la originalidad, en fin, tiene en cambio el de haber sentido toda la belleza poética de la situación dramática, ofreciéndonos un cuadro en forma musical de una gran frescura y carácter y un final, sobre todo, digno del arte que por medio del sonido tiende á expresar las más sublimes manifestaciones del sentimiento.

Hé aquí, en resúmen, todo lo que, como resultado de su audición, hemos encontrado en *La hija de Jephthé*.

Como pueden ver nuestros lectores, la *partitura* tiene sus lagunas, y lejos de cumplir con todas las exigencias escénicas y musicales, aparece ante el espectador con defectos que no es posible ocultar. Sin embargo, estas lagunas y estos defectos son de tal naturaleza, que no tienen en este caso importancia, y si algo prueban, es más bien favor al músico, puesto que estriban precisamente en el exceso de música, lo cual es un signo de laboriosidad, que honra sobremanera al Sr. Chapi.

De todas maneras, nosotros nos felicitamos, y felicitamos igualmente al jóven pensionado, por *La hija de Jephthé*.

La obra no es un modelo, pero es un punto de partida luminoso, que es preciso reconocer para el porvenir.

El arte musical español cuenta ya una página más que añadir á la historia del dramalírico en nuestra pátria, página que no vacilamos en afirmarlo: con sus defectos, que sin duda los tiene, aunque no tantos como algunos han querido suponer, hace honor al Sr. Chapi, que tan dignamente ha respondido á las esperanzas halagüeñas que nos hizo concebir en sus primeros trabajos musicales. *La Hija de Jephthé*, incompleta y hasta falta de unidad si se quiere en su conjunto; escasa de inspiración y de períodos brillantes; más rica en instrumentación y armonía, que en elementos melódicos que puedan seducirnos y conmovernos; ménos admirable por el arte con que está concebida que por la ciencia con que ha sido desarrollada; de más valor, en fin, considerada como obra destinada á un certámen escolástico que como obra escénica y teatral, esta producción tiene el mérito indisputable de su factura, el mérito de su composición, sin que nadie pueda negar en su autor grandes aptitudes y no pequeños medios para llevar la música dramática española por el cauce que en nuestra época han entrado ya las demás nacionalidades musicales de Europa.

Chapi, no hay que dudarle un momento, tiene verdadero espíritu artístico, posee una instrucción nada comun y una noción clarísima del arte que profesa. Unido todo esto á su incansable laboriosidad y constante estudio de los modelos, de esos sublimes modelos que tanto en literatura como en arte es preciso consultar, porque constituyen un cánón necesario en toda manifestación estética, el porvenir musical de Chapi está sin duda asegurado. Hoy le falta experiencia, es jóven y no conoce aún esos resortes escénicos que son, por decirlo así, el gran secreto del artista; está cohibido por mil fuerzas de todo género que no le dejan desenvolver libremente sus concepciones ni desarrollar todo el génio poético y musical que hoy lleva en su espíritu. El día en que libre de todas estas trabas siga el espíritu independiente de los grandes

maestros, y penetrado de la elevada mision que tiene que cumplir, se deje llevar por su propia inspiracion, por su propio génio, ese dia, repetimos, que corresponderá al nuevo período de la vida artística de Chapi, aparecerá su personalidad, y con su personalidad su carácter y sus propias obras.

Esperemos tranquilos ese dia que ha de llegar seguramente, y entre tanto dejemos meditar á Chapi, como los grandes génios de la música hicieron en los primeros años de su vida; alentémosle manifestándole los verdaderos ideales del arte, esos ideales que han producido creaciones como *El Profeta* y *La Africana* de Meyerbeer, *Lohengrin* y *Rienzi* de Wagner, *Fausto* y *Romeo* de Gounod, y estamos seguros que sus creaciones alcanzarán un puesto digno en el porvenir. Chapi, nos consta, trabaja y estudia sin descanso, revolviendo cuanto hay de notable en literatura y arte en los archivos de la capital del orbe católico; sabemos, aunque no nos honramos con su amistad, lo que piensa en materias de arte musical y los estudios á que con preferencia se dedica; vemos en su última partitura cuáles son sus instintos y sus aficiones predilectas en orden á la composicion y desarrollo del drama musical, y esto nos basta para esperar con confianza los resultados de su talento.

No se arredre ni se detenga en la senda que ha emprendido, por grandes que sean los inconvenientes que salgan á su paso, é insuperables los obstáculos que se opongan á la libre manifestacion de sus aficiones artísticas, que grandes é insuperables los tuvieron tambien Beethoven, Gluk y Ricardo Wagner, y, sin embargo, salieron triunfantes de la reaccion y el ultramontanismo musical.

Realizar el arte por el arte mismo, sin miras externas de ningun género, y cumplir con todos sus principios para elevarse á las últimas regiones de la estética y hasta las más sublimes concepciones de la armonía; relacionar en la música la verdad con la belleza, de tal modo que el pensamiento poético tenga transparencia en el pensamiento musical; llevar á cabo, en fin, el sistema armónico comenzado por el sublime Meyerbeer y desarrollado por Ricardo Wagner en sus teorías sobre el drama lírico en lo que tiene relacion ó es compatible con los últimos adelantos estéticos; hacer, en una palabra, de la ópera un espectáculo sério, sin otro fin que el que el mismo arte demanda, tal es la sagrada mision del verdadero artista, y el deber que tiene que cumplir con las exigencias de nuestro tiempo.

Inspirado en estos principios, y siguiendo este camino el Sr. Chapi, no lo dudamos, tendrá que sufrir en nuestra patria las consecuencias que arrostraron y sufrieron aquellos génios que son la admiracion de los tiempos presentes, siendo el escándalo en los pasados; pero al realizarlos así en el gran pensamiento que hoy preocupa á la España musical, al llevarlos á la ópera española, *quid desideratum* del mundo filarmónico, sin contemporizacion ni condescendencia de ningun género, hará un servicio al arte, que el arte le premiará en el porvenir, y la historia de nuestra música nacional sabrá consignarlo gloriosamente en sus anales.

JOSÉ ESTÉBAN Y GOMEZ.

17 de Mayo 1876.

---

## REVISTA CRÍTICA.

---

Terminaron en el Ateneo los debates de la Sección de Literatura, con un erudito discurso del Sr. Menendez Rayon, otro muy notable del Sr. Reus, joven que inauguró su carrera oratoria bajo los mejores auspicios, y un notable y elocuente resúmen del Sr. Canalejas, que merece particular mención.

Inútil sería encarecer la elegancia de la oración pronunciada por el señor Canalejas, porque de todos son conocidas las dotes de hablante que le caracterizan, á todos deleitan sus atildadas y cultas producciones. Algo se va contagiando, sin embargo, del peculiar estilo de los académicos que, si es castizo y elegante, suele pecar de artificioso y amanerado; y no poco privó de espontaneidad y verdadera elocuencia á su discurso este contagio, de que debieran preservarle su buen juicio y delicado gusto. Pero este defecto no basta á despojar al trabajo del Sr. Canalejas de su indudable mérito ni impidió que el auditorio lo acogiera con señalada complacencia y aplauso merecido.

Pero si no escatimamos alabanzas á la forma del discurso del Sr. Canalejas, no podemos ser tan pródigos de ellas por lo que al fondo toca, pues no es posible aceptar las optimistas afirmaciones que encierra, el total desconocimiento de la realidad presente que en él domina y el empeño (ya señalado por nosotros en otra Revista) de llevar la ciencia y el arte por extraviados caminos, nada conformes con las exigencias y necesidades de la época.

Para el Sr. Canalejas, como para los Sres. Montoro, Valera y Reus, no existe decadencia en el arte dramático, por más que de continuo la declaren el clamor de poetas y críticos, la fatiga y cansancio del público, y la simple observación de notorios y repetidos hechos. Llevando sus miradas á pasados períodos, recreando el ánimo con la contemplación de la época romántica, olvida el Sr. Canalejas el hecho actual; no vé al teatro caminar sin ideal ni rumbo, en manos de poetas de escaso número ó de extraviados y funestos géneos, y no atiende al divorcio creciente entre la vida de nuestra sociedad y la escena que debiera reflejarla. Fíjase en épocas pasadas y funda en ellas asertos optimistas; pero no ve el momento presente en que ya no llenan la escena con su robusta inspiración Ayala y Tamayo, García Gutiérrez y Nuñez de Arce; en que un bastardo romanticismo, basado en el efecto más que en la idea, precipita al teatro por temerosos abismos; en que la comedia se trueca en sermón insípido ó farsa chocarrera; en que no hay obra alguna que responda á las exigencias de la época ni tenga la menor relación con lo que sienten y piensan los hombres del siglo XIX. Guiado por aficiones idealistas y románticas, dominado por un optimismo injustificable, enamorado de un misticismo vago y nebuloso, en pugna con las corrientes más vivas y poderosas

del pensamiento moderno, empeñado en una obra de reaccion filosófica y literaria que no se explica en sus condiciones y carácter, el Sr. Canalejas niega la evidencia, desconoce los hechos, cierra los ojos á la luz, y en medio de la decadencia afirma la prosperidad, y en medio del descreimiento, del positivismo y del pesimismo desesperado y sombrío, entona himnos á grandezas y magnificencias que solo en su mente existen y juzga que vivimos en el mejor de los mundos posibles, entre raudales de fé, de esperanza y de poesía, cuando por todas partes resuena el estrépito de los ideales que se derrumban, de las creencias que se extinguen, de las esperanzas que se desvanecen, de las ilusiones que sucumben.

¿Dónde vive y de dónde sale el Sr. Canalejas? No hace mucho tiempo que pregonaba como novedades y señalaba como dogmas del racionalismo contemporáneo las vagas y desacreditadas teosofías de Hegel, Vera y Schleiermacher; en fecha reciente afirmaba la arbitrariedad del albedrío, precisamente cuando todos los defensores de semejante teoría la abandonan, ó al ménos la atenúan; hoy, cuando el realismo impera en todas partes, menos en España, le hace cruda guerra y canta las glorias trasnochadas del romanticismo; y á la vez afirma que nunca la fé religiosa alcanzó mayor fuerza y desarrollo que en estos momentos, en que por todas partes arrecia la tormenta de la incredulidad, cada dia aumenta el descrédito de las teosofías filosóficas y solo queda un refugio para la fé en los santuarios de las Iglesias tradicionales. Volvemos á decirlo: ¿de dónde sale y en dónde vive el Sr. Canalejas?

Pero si no hay decadencia en el teatro, lo que en él existe debe parecer óptimo al Sr. Canalejas, y si no todos, alguno de los géneros que hoy campean, debe ser, á su juicio, inmejorable. ¿Cuál de ellos será? ¿Por ventura el drama romántico-efectista de Echegaray y Balaciart? ¿Acaso el drama pseudo-histórico y novelesco de Retes y Echevarría, el drama lírico de Sanchez de Castro ó el drama realista de Gaspar? ¿Satisfarán al Sr. Canalejas en el terreno de lo cómico la comedia moral y burguesa de Marco y Larra, ó la comedia de enredo de Pina Dominguez, ó la comedia *soi-disant* aristocrática de Blasco? ¿Cuál de estos géneros cuadra á las exigencias del Sr. Canalejas?

Creemos que ninguno. El Sr. Canalejas, que con tanto y tan merecido encomio cita á nuestros grandes dramáticos contemporáneos que ya no existen ó han enmudecido, no puede comparar estos géneros bastardos con la comedia que crearon Breton de los Herreros, Ventura de la Vega, Rodriguez Rubí, Eguilaz y Serra, con el drama histórico que concibieron Hartzenbusch, Florentino Sanz, Zorrilla, García Gutierrez y Nuñez de Arce, con el drama social y psicológico que cultivaron con éxito feliz, combinando en acertada fórmula la tradicion romántica y la tendencia realista, Tamayo y Lopez de Ayala. Y si esto es así, si esa gloriosa tradicion ha quedado rota, si esos ingenios no tienen sucesores, si el teatro camina sin idea y sin rumbo en pos de lo desconocido, ¿cómo afirma el Sr. Canalejas que la decadencia no existe y que estamos en la más deliciosa de las situaciones?

¿Será acaso que el Sr. Canalejas, que no há mucho decia que Shakspeare pintó al hombre como es y Calderon al hombre como debe ser, mira con regocijo la restauracion romántica, considerándola como el *pendant* de la restauracion mística é idealista con que sueña? Podrá ser; pero si en eso piensa el

Sr. Canalejas, ¿por qué no es lógico, como ya le hemos dicho, y proclama una restauración *completa*, dejándose de escarceos germánicos y volviendo á la fuente en que se inspiraba Calderon y con él toda la poesía de aquellos tiempos? Si tan místico, religioso, romántico é idealista se ha hecho el señor Canalejas, ¿por qué no vuelve al seno del cristianismo tradicional, y mejor aún de la Iglesia católica, único ideal en que caben ya esos misticismos y esos idealismos que tanto halagan al docto académico? Si tal fuera su posición, comprenderíamos sus críticas, sus censuras y sus afirmaciones; en otro caso no logramos hacernos cargo de los móviles á que obedece y del fin á que se encamina el Sr. Canalejas.

Con respecto á la cuestion del teatro oficial, el Sr. Canalejas lo defendió con sólidas razones, desbaratando los argumentos del Sr. Montoro y probando cumplidamente que el teatro oficial en nada se opone á los principios de la escuela liberal.

\* \* \*

Esta quincena ha sido fecunda en producciones literarias, algunas de verdadera importancia que examinaremos con el posible detenimiento.

Dignos de mencion son los *Estudios económicos y sociales* del Sr. D. Gumerindo de Azcárate. Compónese este libro de trabajos ya publicados en diferentes épocas y dedicados á esclarecer graves problemas de la ciencia sociológica, y singularmente de la economía política. El Sr. Azcárate es una de las inteligencias más abiertas, tolerantes y simpáticas con que cuenta la escuela krausista, y en sus escritos no se hallan el áspero dogmatismo y la forma anti-literaria que suele advertirse en los trabajos de dicha escuela. Fiel á las tendencias armónicas y conciliadoras de esta, procura el Sr. Azcárate resolver con fórmulas amplias y razonables los problemas que estudia, dando á la economía política verdadero carácter científico, despojándola de miras estrechas y tratando de convertirla en verdadera ciencia social. Estos generosos propósitos, la reflexion y maduro exámen con que trata las cuestiones, la erudicion de que hace gala, el espíritu imparcial y solemne en que se inspira y la claridad del lenguaje que emplea, son cualidades que enaltecen al Sr. Azcárate y que dan singular valor á su libro, muy digno de la atencion de los que á este linaje de estudio se consagran.

Al Sr. Azcárate (en colaboracion con el Sr. Innerarity) se debe tambien la traduccion de la importante obra de Lord Mackenzie sobre el derecho romano, comparado con el de las provincias unidas de la Gran Bretaña, trabajo utilísimo, adicionado con la parte relativa al derecho español y comentado por los traductores, que han prestado un buen servicio con su publicacion.

Tambien deben señalarse la traduccion del quinto tomo de los *Estudios sobre la historia de la humanidad*, de Laurent, que acaba de publicarse, y la del tomo segundo de la *Historia de la antigüedad*, de Máximo Duncker, hecha directamente del aleman por D. Francisco María Rivero. Merecen elogio los que con estas versiones contribuyen á dar á conocer en España obras importantes del extranjero, promoviendo la pública cultura y sacando á nuestra patria del aislamiento intelectual en que ha permanecido tanto tiempo.

\* \* \*

*Ultimos amores de Lope de Vega revelados en cuarenta y ocho cartas inéditas y varias composiciones suyas*, se titula un libro, lujosamente impreso y adornado con un hermoso retrato de Lope, admirablemente grabado al agua fuerte por el distinguido artista Sr. Maura, libro que ha causado profunda impresion en los círculos literarios, dando lugar á los juicios más contradictorios.

Resulta de los documentos contenidos en este libro y procedentes del archivo del señor conde de Altamira, que en los últimos años de su vida, cuando ya pertenecía al estado eclesiástico y contaba cincuenta de edad, tuvo Lope adulterinos amores con doña Marta de Nevares Santoyo, esposa de Roque Hernandez de Ayala, y la cual es la María Leonarda á que dedicó sus novelas, y la Amarilis que celebró en sus versos. Hecho semejante, hasta ahora oculto por el celo de los poseedores del secreto, hace poco favor á Lope, por más que procure atenuarlo el colector de las cartas; y no es maravilla, por tanto, que á muchos haya escandalizado la publicacion de estas como atentatoria á la fama del fénix de los ingénios, y aún como ataque á las glorias de la patria.

No participamos de esta opinion ni hallamos justificadas tales censuras. La biografía es una rama de la historia, y en ella no es lícito sacrificar la verdad á consideracion alguna. Por otra parte, los grandes hombres tienen el privilegio (no sabemos si funesto ó favorable) de no poseer vida privada, y no sería justo exceptuar á los literatos de la ley á que se someten los políticos, máxime cuando las interioridades de su vida pueden contribuir, como en este caso acontece, á explicar sus producciones literarias.

Además, ¿qué pierde Lope de Vega, como poeta, con estas revelaciones? ¿Deja de ser escritor insigne porque se revelen sus flaquezas? Y sus errores mismos, ¿no constituyen una dramática historia y aparecen dolorosamente expiados por las desgracias que le ocasionaron, señaladamente por la ceguera y locura de su amante, y la deshonra del fruto adulterino de sus amores?

No gozaba de opinion de santo Lope de Vega, y nada se revela en este libro que pueda asombrar á los que conocian su carácter y vida. Antes resulta tan digno de compasion como de censura, y acaso con la publicacion de estas cartas pierden su exageracion los rumores á que daba origen la existencia de tales documentos. Explícanse, además, merced á ellas, no pocas de sus obras (la comedia titulada *La viuda valenciana*, las églogas *Amarilis* y *Filis* y otras producciones), y si pierde como hombre, aún en esa correspondencia se quitaba su fama de discreto y elegante hablista. Muéstrase, además, con esto cuán profunda era la corrupcion de costumbres de aquellos siglos, que suelen encomiarse como modelos dignos de imitacion, y adviértese cuánto han ganado en pudor la sociedad, en moralidad el clero y en decoro los literatos. Nada, pues, se ha perdido con esta publicacion; complétase con ella la biografía de Lope, sin menoscabo de su gloria literaria; hállase la clave de muchas de sus obras; ofrécese á curiosos y eruditos documentos importantes, y escritos elegantes y discretos, y ha prestado, por tanto, un servicio á las letras y á la historia el colector anónimo que, desafiando infundadas preocupaciones y vanos escrúpulos, ha dado á la estampa la peregrina y dramática historia de los últimos amores de Lope de Vega.

\* \* \*

*El amor y el matrimonio* se titula una novelita de costumbres dada á la estampa por el Sr. D. Ricardo Orgáz, en la cual ha intentado su autor, con buen acuerdo, ensayarse en el género de novelas psicológico-sociales que cultivan en Francia escritores insignes y que en España comienza ahora á ser estimado. Por desgracia, el Sr. Orgáz ha imitado en demasía á sus modelos franceses, inspirándose en las doctrinas antisociales y en los extraviados idealismos que les caracterizan, y escribiendo una producción artificiosa, inverosímil y contraria á la sana moral, y digna, por tanto, de severísima censura.

Una mujer soñadora, romántica y despreocupada, y un hombre indefinible, sensual é idealista á la vez (caractéres ámbos poco verosímiles y vaga é imperfectamente dibujados), contraen matrimonio. Viciado su corazón y pervertida su inteligencia por cierto idealismo romántico é histérico que á la larga cae en sensualismo cínico y procáz; penetrados de la inmoral idea de que el deber y el amor son incompatibles, de que el matrimonio es insufrible yugo, prosáica institución y preocupacion funesta, tras sinsabores y luchas precipitadamente descritos por el autor, conciertan indecoroso pacto, por virtud del cual sus lazos quedan temporalmente rotos, y ámbos autorizados á buscar libremente su felicidad, sin respeto á la opinion ni á las costumbres. Consumada la separacion, llegan á encontrarse un dia; pero por un conjunto de circunstancias á cual más inverosímiles, trátanse y se enamoran sin conocerse, ni áun verse la faz, entablado unas relaciones pseudo-románticas, que á la postre terminan en torpe (y en su intencion) adúltero consorcio; de que es fruto una niña. La perversion de sus inteligencias les hace hallar en el amor ilícito placeres que no gustaron en el honesto, y su preocupacion llega á tal punto, que cuando se conocen truécase en disgusto y hastío su pasion, y ya, resignados á vivir matrimonialmente por consideracion á su hija, son tan desgraciados como fueron felices en sus extraños amores. Tal es la inverosímil concepcion del Sr. Orgáz, muestra tristísima de cómo extravian á las mejores inteligencias los anti-sociales errores de la literatura francesa.

Prescindiendo de lo inverosímil de la fábula y de lo mal trazado de los caractéres, dejando á un lado las peligrosas máximas que abundan en la novela, sus digresiones interminables y casi siempre inútiles, su escaso interés y lo desigual de su estilo y lenguaje, á veces elegantes y gratos, á veces incorrectos y descuidados, no es posible dejar sin protesta ni correctivo el escaso respeto que el Sr. Orgáz manifiesta á los principios de la moral y á los fundamentos sociales, ora narrando con singular desenfado los más escabrosos episodios, ora defendiendo con valor y aplomo dignos de mejor causa teorías perturbadoras que no son en puridad otra cosa que la apoteosis del amor libre.

¿Es por ventura el ideal del Sr. Orgáz la heroína de su novela, mezcla absurda y extravagante de un histérico idealismo que en nada sólido ni racional se funda y de un desenfrenado sensualismo que la lleva á los más cínicos alardes de despreocupacion y desvergüenza? ¿Entiende el Sr. Orgáz que el vínculo matrimonial debe sustituirse por fortuito consorcio, libre de todo deber, y disoluble siempre que se extinga el sensual capricho ó el fantástico y vaporoso sueño que lo formó? ¿Cree que la virtud, el honor, la castidad, el decoro, la fidelidad conyugal, la santidad del lazo, el deber, son palabras vanas y pre-

ocupaciones necias, y que el amor fantástico, liviano y caprichoso, es el único fundamento de la familia? Pues si tiene la desgracia de pensar así, debió abstenerse de dar á la estampa tales pensamientos, debió tener en cuenta todo lo que puede haber de perturbador y funesto en su novela, toda la responsabilidad que le cabe por difundir tan peligrosas doctrinas.

No es él el único por desgracia. Cunde mucho ese idealismo corruptor, originado por vanas aprensiones subjetivas, por aspiraciones vagas é incoherentes, por una completa ignorancia de la naturaleza humana, por un olvido lamentable de las santas leyes del deber. Confúndense el tranquilo afecto, santificado por la moral, único que debe existir en el matrimonio, con el arrebatado é irracional erotismo que forjan imaginaciones calenturientas; estimase traba insoportable el deber que la sociedad, la razon y la misma naturaleza imponen; júzgase que el placer es fin exclusivo de la vida y que á él ha de sacrificarse todo, incluso lo más alto; búscase la poesía en vanos ensueños y hállese la prosa en todo lo que es racional y sensato; por lamentable extravío parece apetecible lo prohibido y pecaminoso é insoportable lo lícito y honesto, y por tales caminos se despeñan de consuno el corazon y la mente, viniendo á la postre á parar ese idealismo malsano en torpe apoteosis del escándalo y del vicio. Tal es el espíritu de la novela francesa, llamada psicológica, sin duda porque desconoce la psicología, y social porque mina las bases de la sociedad; tal es tambien el espíritu de la novela del Sr. Orgáz, que en mal hora importa en España un género funesto, imitando sus defectos sin lograr asimilarse sus bellezas, y malgastando su indudable talento en escribir obras, cuya lectura debe ser fruto prohibido para todos los que en algo estimen los fueros de la virtud y el bienestar de la sociedad.

\* \* \*

Excitado el Sr. D. Joaquin Martin de Olías por la invasora política ultramontana y ganoso de volver por los fueros de la libertad y de la civilizacion, desconocidos y negados por los defensores de la teocracia, ha escrito un libro titulado: *Influencia de la religion católica, apostólica, romana en la sociedad española*, en el cual traza un cuadro histórico de nuestra sociedad, mostrando el funesto influjo que en ella han ejercido el fanatismo y la supersticion y criticando acerbamente las doctrinas contenidas en la Encíclica *Quanta cura*, en el *Syllabus* y en las Constituciones del Concilio del Vaticano, para concluir afirmando la necesidad de separar en España la Iglesia del Estado y de romper abiertamente con el catolicismo.

De acuerdo con el Sr. Martin de Olías en reconocer la funesta influencia del ultramontanismo en nuestra patria, no lo estamos igualmente con sus soluciones, que se nos antojan poco políticas y difíciles de realizar. Destruir el catolicismo en un país latino, donde ningun otro culto podrá sustituirle jamás, es empresa sobre imposible peligrosa; pues las muchedumbres no pueden vivir sin idea religiosa sin grave peligro y daño para ellas y para la sociedad. Urge, sí, emancipar el Estado de la opresion teocrática, dar sólidas garantías á la libertad religiosa y científica y resistir con mano fuerte las exigencias ultramontanas; urge trabajar por liberalizar el catolicismo y por secularizar todas las instituciones; pero no es prudente ni político ponerse en

pugna con creencias y sentimientos dignos de respeto y que no tienen sustitucion posible. Tampoco conduce á nada la separacion de la Iglesia y el Estado en pueblos como el nuestro, como no sea á dar á la Iglesia armas poderosas de dominacion, como son la absoluta libertad y la gloria del martirio; la proteccion y el régimen de las regalías son la política más hábil, más conservadora, más provechosa á los intereses de la libertad, y más compatible con el respeto debido á los sentimientos de nuestro pueblo. La libertad de la Iglesia seria funestísima; y los ataques rudos é intemperantes al dogma y al culto no lo son ménos. La escuela á que pertenece el Sr. Olías ha cometido en estas materias graves errores, tantos al ménos como la contrária; y es ya hora de pensar en que esos problemas se resuelvan con maduro juicio y sano sentido político. Por eso nos parecen desacertadas las soluciones del Sr. Olías, y contraproducente é impolítico el tono de su libro, lleno de ataques intemperantes contra la religion y escrito con una virulencia anti-clerical, más propia de un progresista de 1834 que de un demócrata conservador de 1876.

El prólogo y las notas del Sr. Castelar escritas con la delicadeza que le es característica y con cierto misticismo, que no lo es ménos, forman extraño contraste con el violento y apasionado escrito del Sr. Olías.

\*  
\* \*

Terminaremos esta Revista haciendo honorífica mencion de las siguientes publicaciones: *No-vísimo diccionario festivo*, escrito en verso, con bastante grajeo, por el Sr. Ossorio y Bernard (en colaboracion con el malogrado escritor D. Rafael Tejada y Alonso Martinez); *A Associaçao*, curioso y erudito estudio sobre las asociaciones portuguesas, debido al reputado escritor lusitano Costa Goodolfin; *Juan Howard*, noticia biográfica de este célebre reformador, uno de los iniciadores de la reforma penitenciaria, folleto escrito en galano estilo por D. Javier Galvete; *Estudios sobre Bancos territoriales con la parcelacion del territorio*, por D. Vicente Isbert y Cuyás y las traducciones del folleto de Laveleye sobre el *Porvenir religioso de los pueblos civilizados*, por el señor Galvete, y de unos *Bosquejos históricos* de Mr. Guillaume, por el señor Omblaga.

\*  
\* \*

Acaso extrañará á nuestros lectores que no contestemos aquí al violento y personalísimo artículo que nos dirigió *El Solfeo* por nuestros ataques á ciertas afirmaciones del Sr. Pí y Margall; pero la circunstancia de haber sido denunciado y condenado nuestro colega por algunas observaciones de carácter político de dicho artículo explica suficientemente nuestro silencio. Conste, sin embargo, que nunca fué nuestro ánimo mortificar al Sr. Pí y Margall, cuyas prendas personales estimamos, sino protestar contra la reaparicion de doctrinas y aspiraciones que consideramos funestas para la libertad y para la pátria.

M. DE LA REVILLA.

Madrid, 15 de Junio de 1876.

Director y propietario: JOSÉ DEL PEROJO.

Madrid, 1876.—Imprenta de M. G. Hernandez,  
San Miguel, 23, bajo.